

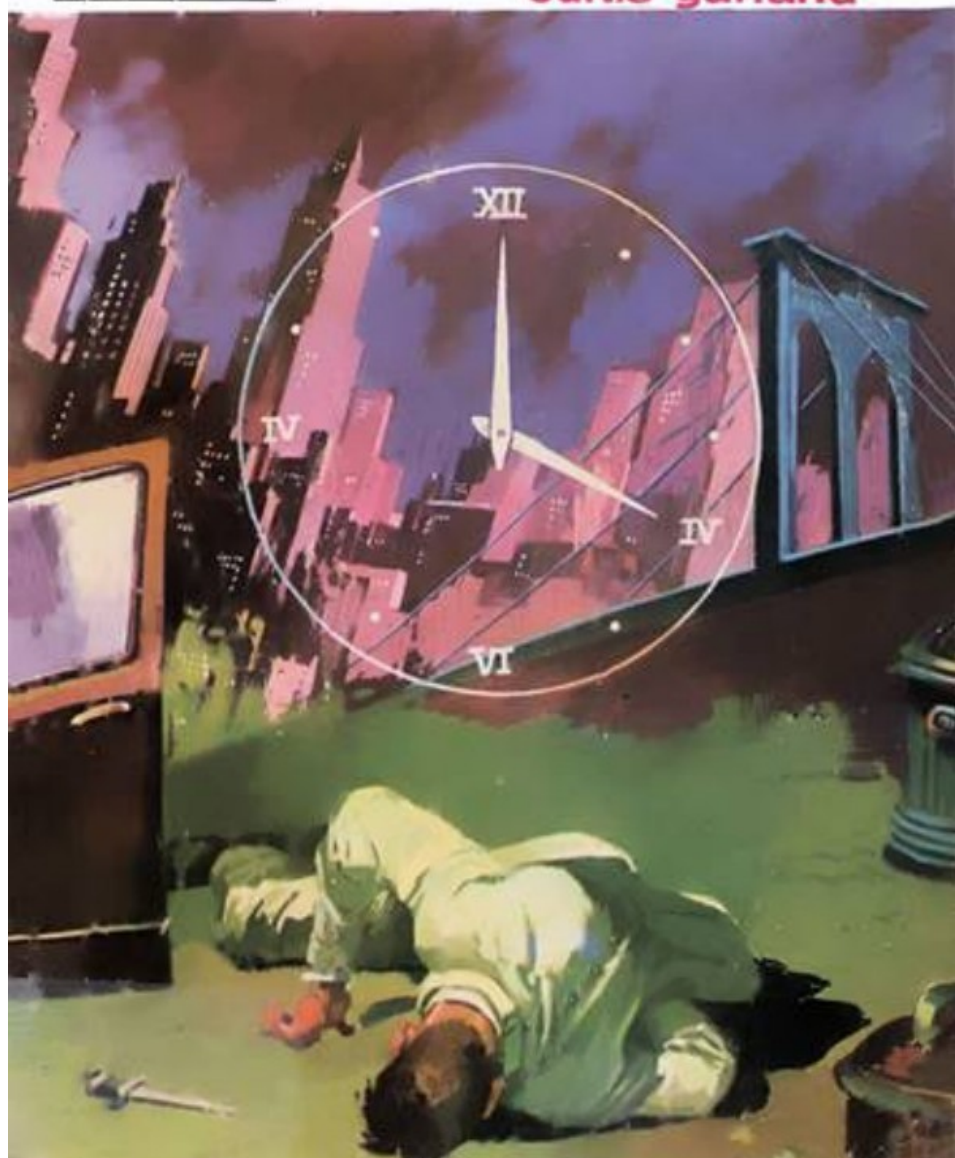
30 SILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

pasaje hacia la noche

curtis garland



PASAJE HACIA LA NOCHE

PR Nº 476

Autor: Curtis Garland

UUID: ac417416-33fb-4e3d-bf74-176d3bdcf5b3

Generado con: QualityEbook v0.78

PRIMERA PARTE

NOCHE

Capítulo Primero

ÉL

—¿FURIOSO, MATT? ¿Por qué motivo?

Era cínico. Tremendamente cínico. Eso hubiera sorprendido a cualquiera. A cualquiera que no conociese bien a Alexis Caddox, naturalmente. Conociéndole, no podía extrañar nada de eso. Y Matt Lester le conocía muy bien.

—¿Aún lo preguntas, Alex? —fue la seca respuesta de Lester.

Caddox no siguió la conversación enseguida. En vez de eso, pareció meditar una respuesta aceptable, o bien estudiar el punto de vista de su visitante, declaradamente hostil.

Se frotó él mentón, afilado y con aquel hoyo profundo en el centro de la barbilla. Era de anchas facciones no exentas de cierta distinción, fríos ojos azules, cabello castaño muy claro, largas y bien recortadas patillas. Figura elástica, enjuta, indiscutiblemente correcta dentro de su smoking, sencillo y costoso a la vez. En el dedo meñique, en su mano zurda, un diamante muy limpio, montado en platino. En su ojal, una gardenia.

Se decía que Caddox regalaba joyas a sus amantes. Él rara vez las lucía. En estos años, nada en él parecía haber cambiado. Todo seguía aparentemente igual.

Todo, no. La chica ya no era la misma, ni posiblemente serían menos de una docena las que mediaban entre uno y otro momento,

en el paréntesis de siete años. Entonces, Matt recordaba borrosamente que la chica de turno era pelirroja y esbelta. La de ahora era muy rubia, muy artificiosa y muy opulenta. Las modas cambiaban. Los gustos de Caddox, también.

Ella llevaba tanto oro encima, que parecía un muestrario de joyería costosa. Pulseras, cadenas, reloj, sortijas, medallón, pendientes, alfiler... Mucho oro, y todo él bien ostensible. Era joven, como ocurría siempre con las amiguitas de Caddox. Llamativa, ligera, frívola, sensual y llena de encantos físicos. Lo de siempre también.

Le miraba con cierta curiosidad, mientras hablaba con su amante. Era la femenina complacencia en ver a alguien en inferioridad ante su protector. Las ropas fuera de moda, el aire vencido y cansado de Matt Lester... La hembra sin demasiados escrúpulos, gozaba con situaciones así. Y en su raquílica mentalidad, el tirano cobraba dimensiones extraordinarias, que colmaban su soberbia y su altivez. También eso era lo de siempre, en estos casos. Matt, ni siquiera se molestaba por ello. Para él, aquella rubia, de opulencias muy notables, estaba a millones de años luz de su sensibilidad.

Caddox le había ofrecido, en silencio, un cigarro. Un buen habano, de su estuche de lujo, solare la mesa del despacho. Matt lo rechazó. Caddox, encogiéndose de hombros, tomó uno para sí, le cortó de un tajo de sus dientes la punta, y lo encendió con parsimonia. El humo azulado dispersó un aroma suave y viril por la estancia.

Luego, muy lentamente, los ojos azules de Alexis se fijaron en Matt. Sus labios modularon las palabras, tras quitar con parsimonia el cigarro de entre ellos:

—Dices que estás furioso, Matt —recitó, cadencioso—. Y pareces muy seguro de que yo conozca tus motivos. Sin embargo, lamento no entender una palabra. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

—Creí que lo sabías. Creí que no habías olvidado estos siete años. Y lo que ha sucedido. Lo que me ha sucedido a mí.

Fumó otra vez, con calma. Su voz continuó inexpresiva, solemne, apacible:

—No lo he olvidado, Matt. Yo no olvido nunca nada. Sabía que ibas a regresar un día. Sólo que no pensé que fuera hoy.

—Ellos fueron misericordiosos. Redujeron la pena. Ni siquiera diez años, como dijo el juez. Siete. Buen comportamiento y todo eso.

—Debí suponerlo —suspiró Caddox—. Oí algo sobre tu actitud en una revuelta de presos. Evitaste que se fugaran. Cooperaste con los celadores, y todo se arregló. Los presos te hubieran linchado, de no ser porque, al mismo tiempo, ya alguien se había ido con el «soplo» al alcaide, y, de realizarse la evasión, todos hubieran sido acibillados sin compasión. Tú evitaste ambas cosas: la posible fuga, y el seguro matadero de presos. Ellos incluso te estuvieron agradecidos. Y el alcaide te recomendó para una reducción importante en tu pena.

—Estás muy bien informado, Caddox. Todo es cierto. Eso me valió tres años de perdón. Y el respeto y amistad de mis camaradas. No traicioné a nadie, no fui con «soplos», como hacen otros. Sencillamente, evité la fuga por mis propios medios. Y les salvé la vida a un puñado de ellos. Ya tenían las ametralladoras a punto en el patio. Por cierto, Caddox, se supo quién era el «soplón». Un día se fue abajo, desde la galería de las celdas de la cuarta planta. Nadie supo cómo fue...

—Sí, esas cosas ocurren en todas las prisiones, con tipos así. Supongo que se mató...

—Supones bien. Ya conoces el código para los traidores.

—¿Qué vienes a darme a entender con eso? —se irritó, de repente, Alexis—. Yo no te traicioné.

—No dije eso —sonrió Matt—. Hablaba de..., de los compañeros de la prisión.

—Al diablo con eso. Sé lo que sientes. Imaginas que te engañé y te entregué a los polizontes, ¿no es cierto?

—No sé. Tú estarás mejor enterado.

—Oh, Matt, trata de entender. Nunca fuiste un angelito. Ninguno lo somos. Pero yo no te hice nada feo.

—¿Quién lo hizo, entonces?

—¿Cómo puedo saberlo? Fue todo muy..., muy oscuro. Sólo que la policía te tenía ganas. Especialmente, el sargento Murdock. Ahora ya es teniente, ¿sabes? Bien, Murdock no era buen amigo tuyo. Esperó pacientemente a tener algo contra ti, y lo utilizó a fondo. ¿Por qué no le pides cuentas a él?

—Alguna vez lo haré. Pero él, después de todo, es un policía. No importa que sea un sucio y asqueroso bastardo. Pero tiene una placa y cobra del Gobierno. Eso debe bastar a veces, por lo que se ve. Tú, Alex, no eres un policía. ¿Por qué me entregaste? O, al menos, ¿por qué me dejaste en la estacada?

—Matt, no hice nada de eso, te lo juro. Era..., era un feo asunto. No podía mezclarme en él. Murdock me tenía más ganas aún que a ti. Si me ponía a ayudarte, él me echaría los perros encima. Después de todo... un homicidio es un homicidio.

Hubo un silencio. Lester afirmó despacio, endurecida la mirada:

—Sí, Alex. Un homicidio es un homicidio. Pero yo no lo cometí. Yo no maté a Nick Hammer. No lo hice. Y pagué por ello.

—Nadie sabe aún quién le mató, si no fuiste tú. ¿Cómo puedo saberlo yo? ¿Cómo arriesgarme por ti ni por persona alguna, sin pruebas rotundas que afirmen mi posición ante la ley?

—Eso es muy cómodo, Alex. Siempre al margen. Siempre que sean los demás quienes paguen... Tú no lo sabías, pero había alguien que sí lo sabía. Alguien que estuvo conmigo en las horas del homicidio, que pudo probar mi coartada...

—¿Quién?

—Ella, Alex.

—¿Ella?

—Sabes a quién me refiero: Lena... Lena Vaughan...

—Lena Vaughan... ¿Ella sabía...?

—No te hagas de nuevas, Caddox. Puedes engañar a los demás, pero no a mí. Lena estuvo en mi compañía durante aquellas horas cruciales. Supongo que siempre lo supiste.

—¿Yo? ¿De qué estás hablando?

—Sí, Lena era tu..., tu amiguita oficial. Te irritó que yo le gustase más que tú, que prefiriese mi afecto a tu dinero y protección. Por eso me dejaste en la estacada, ¿no es cierto? ¿Qué le dijiste a ella? ¿La obligaste a callar, a mentir incluso, para que pagase en prisión el delito de quitarte a tu amiguita?

—Matt, estás diciendo tonterías —los ojos de Caddox brillaron duramente, y encajó las mandíbulas, dirigiendo una mirada de soslayo a la rubia exuberante de turno que, de súbito, había empezado a sentir muy especial interés en la charla de ambos hombres. Rápido, Alexis Caddox se encaró con ella—: Julie, es

mejor que te largues ahora. Estamos hablando de cosas confidenciales.

—Pero, Alex, cariño, yo prefiero quedarme y...

—¡No te dije qué prefieres tú, sino lo que prefiero yo! —aulló Alex—. ¡Vete de aquí ahora mismo!

La rubia Julie salió a disgusto del despacho, no sin mirar coléricamente a su protector, y algo más indefinidamente a Lester, en quien sostuvo la mirada justamente hasta cerrar tras de sí la puerta, con un seco chasquido.

—Veo que prefieres discutir esto a solas —rio Matt agriamente—. Te aseguro que tu Julie me deja indiferente por completo. No voy a robarte otra amiga ahora. Me bastó con Lena..., porque la quería. Llegué a enamorarme de ella, Alex.

—Vete al infierno, Matt Lester —se enfureció Caddox—. Tus sentimientos amorosos me tienen sin cuidado.

—A mí, no. ¿Dónde está ella ahora?

—Oh, Matt, parece que no vives en el mundo. Han pasado siete años. ¿Qué sé yo sobre el paradero de Lena?

—Quiero saber dónde encontrarla, Alex. En eso, tú puedes ayudarme.

—¿Qué esperas? ¿Reanudar el viejo idilio ahora, como en los folletones pasados de moda? ¿Supones que ella te ha estado esperando como una ingenua de película?

—No supongo nada. Quiero verla, eso es todo.

—Lo lamento. No puedo ayudarte.

—Tú nunca puedes ayudar a nadie. Todavía no me has contestado sobre lo que antes te pregunté. ¿Cómo convenciste a Lena para que entonces declarase contra mí, y no existiera prueba alguna a mi favor, para eludir la sentencia?

—Yo no tuve nada que ver en eso. Sería cosa de Lena. Ella no quiso comprometerse, eso fue todo.

—Eras tú quien no quería comprometerse, Alex. ¿Seguro que no mataste por ti mismo a Nick Hammer, y me echaste luego encima el sambenito?

—Estás rematadamente loco, Matt. Sólo se te ocurren disparates. Si yo hubiera hecho eso, no necesitaría buscar un gorrión para la jaula. Sencillamente, nadie hubiera sido acusado del crimen. No, no maté a Hammer, si es eso lo que te tortura en estos momentos.

—Para la justicia, yo sigo siendo un asesino, Alex. Sólo que pagué. Pagué en pocos años, porque un abogado listo pudo convencerles de que en la lucha con Hammer hubo legítima defensa por parte de su asesino. No fui yo, pero me servía a mí para eludir la cámara de ejecución, y eso ya fue algo. Me agarré a eso como a un clavo ardiendo, porque en realidad no tenía otra cosa a la que asirme. Mi deuda está liquidada con la sociedad. Pero vaya donde vaya, seré Matt Lester, el hombre que asesinó a otro hombre.

—¿Qué pretendes ahora, después de tanto tiempo? ¿Saber quién lo hizo? ¿Eso te reportaría alguna ventaja, borraría esos siete años perdidos en una penitenciaría?

—No. Pero el desquite tiene buen sabor. Debe tenerlo. Alex. Yo pagué por algo que no hice. Sería muy justo que ahora apareciese quien realmente lo hizo, y pagara también. Sin embargo, no he venido exactamente a eso.

—Entonces... ¿a qué, Matt? ¿Quieres volver conmigo, trabajar aquí, como entonces?

—No.

—Va a ser difícil encontrar ocupación. Yo trataré de olvidar los viejos tiempos, tus galanteos con Lena y todo aquello, para darte un empleo. No será de los mejores ni de los mejor retribuidos, pero tú eres un chico listo y pronto te pondrás al día, pudiendo ganar más, ascender por tus méritos... Esto es como volver a empezar. Resulta crudo decirlo así, pero es la pura verdad, tú lo sabes.

—Claro que lo sé. Aun así, no quiero trabajo tuyo.

—Te repito que tus antecedentes van a cerrarte muchas puertas. No abundan los empleos. Hay gente parada, hay dificultades en muchos sectores...

—No me importa. No trabajaré contigo.

—Piénsalo. Quiero ayudarte. Te concedo un día para que lo pienses, Matt.

—No.

—Eres un grandísimo bobo. Toma, te daré algo de dinero. Ve y cómprate algo. Viste mejor, come por ahí, elige un alojamiento decente, eleva tu moral... —rebuscó en su bolsillo. Extrajo un rollo de billetes. Contó hasta diez de veinte dólares y los tiró sobre la mesa, ante Matt. Sonrió, guardando el resto del dinero—. Te lo descontaré poco a poco, cuando estés ya más adaptado...

—Guárdate tu dinero, Alex —apartó vivamente Matt Lester los verdes, crujientes rectángulos de papel, con un ademán seco, casi violento—. No he venido a pedir limosnas.

—Pero posiblemente necesites de ese dinero. No tienes medios de abrirte paso ahora, al regreso de un paréntesis así. No trates de ser un héroe. Los héroes sólo sirven para ilustrar páginas de libros bobalicones, que los jóvenes devoran como un tóxico. En el mundo, los héroes nunca llegan a nada.

—Respeto tu criterio, pero no lo comparto. Ni quiero compartir tu dinero, Alex —la voz de Matt era fría, casi cortante—. He vuelto, y quiero arreglármelas por mí mismo, para volver a mi sitio dentro de la sociedad y del mundo. Es posible que sólo busque a Lena. Pero también podría suceder que me dedicara a buscar de igual modo al que mató a Nick Hammer. No quiero tener que dar cuentas a nadie, ni estar obligado con persona alguna. No, Alex. Quiero ser independiente, hacer lo que me venga en gana. De otro modo, pensaría que aún estoy prisionero en aquel lugar, cumpliendo una segunda condena, todavía más cruel que la anterior.

—Matt, eso puede ser peligroso. No le gusta a nadie que la gente regrese para meterse en sus asuntos. No vale la pena que te tortures con lo que ya pasó, y que por esa misma razón no puede ser cambiado. Escucha, cabezota obstinado. Puedo darte un buen sueldo mensual, y devolverte la fe en ti mismo y en los demás. Vuelve por aquí dentro de tres o cuatro días. Si necesitas algo más de dinero, lo pides y yo te lo proporciono. Luego, empiezas a ganarte la vida y puedes llegar a un puesto brillante.

—No, gracias —rechazó, rotundo, Matt, y su nuevo empujón a los billetes, los hizo revolotear por el aire, en torno a Alexis Caddox, hasta que algunos se posaron incluso en sus zapatos, como hojas caídas de un árbol demasiado verde para su otoño. La voz helada de Lester continuó—: Quédate con todo. Con tu dinero, tu empleo y tu compasión. No necesito nada de eso. Ahora no necesito a nadie. Soy libre. Y quiero seguirlo siendo.

—¡Matt! —la voz abrupta de Alex le detuvo junto a la puerta de salida. Un tono colérico, furioso inclusive, hizo áspero el timbre de aquellas palabras—: Matt, no te estoy pidiendo que tomes esos billetes y que vuelvas aquí por trabajo, entiéndelo de una maldita vez por todas. Te estoy ordenando que lo hagas.

—¿Tú? —se volvió Matt ligeramente, mirándole por encima del hombro con sarcasmo—. ¿Tú me obligas a mí ahora?

—Es lo que estoy haciendo, Matt. Te di una orden. Coge esos billetes. Vuelve esta misma semana. Cuenta con un trabajo. Es todo lo que tienes en la vida.

—¿Y si lo rechazo? —rió extrañamente Matt—. ¿Y si te digo a todo que no?

Los ojos de Alexis Caddox se entornaron. Hubo en ellos un centelleo frío, peligroso, amenazador. La voz, al brotar de sus labios, era tan helada como la expresión de aquellas pupilas:

—Si dices que no, Matt Lester, tendrás que atenerte a las consecuencias. Serás un muerto de hambre, te arrastrarás por las calles de esta ciudad pidiendo ayuda en vano..., y terminarás otra vez en el mismo sitio donde terminaste.

—Todo eso... ¿forma parte de una amenaza, Alex?

—No, no. Sólo te advierto, Matt. Es una sana, una leal advertencia...

—Lo entiendo. Sí, entiendo muy bien las leales advertencias del leal amigo Caddox... —una risa hiriente, sardónica, escapó de labios de Matt—. Pero aun así, mi respuesta es la misma: no.

Llegó a la puerta, la abrió. Se filtró en la estancia el eco de la música rítmica de allá abajo, en la sala del club nocturno. Caddox apretó con fuerza la superficie de su mesa de trabajo. Algún billete suelto crujió bajo sus uñas crispadas.

—Es un error, Lester —dijo roncamente—. Un torpe error tuyo... que puedes pagar muy caro.

La puerta se cerró de golpe. Nadie contestó a su última advertencia. Matt Lester se había marchado.

Caddox resopló, dejándose caer en el asiento. Furiosamente, contempló en silencio la puerta cerrada. Luego, estiró la mano hacia el teléfono. Lo alzó. Marcó un número interior.

Una voz respondió inmediatamente:

—¿Dígame, señor Caddox?

Alexis comenzó con voz escueta, fría:

—Un hombre va a salir ahora del As de Trébol. Es Matt Lester. Un viejo amigo, que se ha vuelto ahora algo peligroso. Ocupate de él.

—Sí, señor. ¿Con los colaboradores habituales?

—Sí, hazlo a tu modo. Eso es cosa tuya.

—Entendido. ¿Debemos... eliminarlo?

—No hace falta ir tan lejos. No. Sólo un escarmiento... Pero que resulte un duro escarmiento...

—Claro, señor Caddox —rio la voz—. Será como usted desea...

Caddox sonrió a su vez, y colgó sin añadir más. Luego, contempló detenidamente el teléfono, como si tuviera dudas sobre alguna cosa. Finalmente, se inclinó otra vez, y marcó un número de línea exterior. Cuando tuvo la conexión telefónica establecida, se expresó lenta y gravemente:

—Soy Caddox. Necesito hablar con Lena. Sí, con Lena Vaughan... Si ella no está, será mejor que se ponga Adam... Es urgente, sí...

Y esperó. Una vaga sonrisa de complacencia flotó en sus labios. Matt Lester se había empeñado en hacer las cosas a su modo. Bien. Ahora, era él quien las hacía según su estilo.

Lo sentía por Matt. Sólo por él...

Capítulo



SIGUE ÉL

NO pudo hacer nada por defenderse.

Nunca se puede hacer nada en momentos así. Matt Lester conocía los métodos de aquella gente, pero no esperó que ello sucediera tan pronto. Y cuando sucedió, no podía evitarlo. Sencillamente, era incapaz de evitarlo. Y aunque hubiese presentido lo que iba a ocurrir, tampoco hubiese tenido medios para oponerle resistencia.

Tal vez le habían seguido desde que abandonó el As de Trébol. Tal vez estuvieron esperándole pacientemente, en el exterior del bar donde tomó algo caliente y recuperó fuerzas con un sandwich económico. Tal vez hicieron todo eso. Lo cierto es que cuando Matt llegó justamente a aquel pasaje solitario, ellos dieron señales de vida.

En seguida se dio cuenta Matt de lo que sucedía. Y de lo que iba a suceder, que era lo peor.

Uno de los hombres aparecía por el extremo de la calleja hacia donde él caminaba. Otro llegaba a espaldas suyas, caminando como

si pasara al azar por allí.

Matt se puso en guardia. No podía ser casual. Estaba seguro de que no era casual. Aquel pasaje desierto, silencioso, donde se alineaban cubos de basuras, cajas de envases de cervezas y de leche, junto a la puerta del almacén de algún establecimiento que daba su fachada al lado opuesto. Aquel lugar, poco o nada frecuentado por la noche, era un buen sitio para una emboscada.

—Fui un necio —masculló entre dientes—. ¿Por qué me metí yo por aquí?

Ya era tarde para rectificar. Lo cierto es que se había metido por allí, y eso era lo que contaba ahora. Había hecho eso en forma instintiva. Los viejos tiempos no se olvidan fácilmente. Había recorrido esos lugares muchas veces. Siete años atrás, por supuesto. Pero para la memoria, para el recuerdo, para revivir un momento, unas costumbres, unos hábitos, siete años no son nada. Veinte, tampoco lo hubieran sido, Matt estaba seguro de ello.

Aquel pasaje le llevaba entonces a un lugar cercano, el Ambassador's Club. Por supuesto que distaba mucho de estar a tono con el nombre. Ambassador's... Eso hacía reír a veces a Matt. Era un garito con todas las de la ley. Y casi siempre al margen de la ley, con mayúscula. Un sitio divertido, alegre, frívolo y poco recomendable. Pero, en el fondo, era un buen lugar para él y los que eran como él. No debía estar lejos de allí, si es que aún existía, cosa que Matt dudaba mucho.

Y por esa malhadada costumbre de acortar la distancia hasta el club..., había vuelto a entrar por aquel pasaje. Instintiva, mecánicamente. Por rutina. Una rutina perdida durante casi noventa meses. Una rutina que, asombrosamente, se mantenía fija en el recuerdo, en los hábitos, en los movimientos puramente reflejos.

Ahora, aquellos dos hombres... Uno atrás, otro delante. Uno cerrándole la salida; otro, la entrada.

Miró atrás de reojo. Era alto, fornido, musculoso y fuerte, sin duda. Siempre lo eran los gorilas. Miró adelante. Enjuto, de poca estatura, muy delgado, muy moreno al parecer. Una luz lejana reverberaba en su pelo muy negro y rizado. Acaso era latino. «Griego», pensó Matt. A Caddox siempre le gustaba rodearse de griegos. Nick Hammer, Stefanopoulos, tantos otros... El propio

Caddox era de origen grecochipriota. Le gustaba verse entre compatriotas.

Acaso el hombre moreno sería más vulnerable. Pero no debía fiarse. Cuando Caddox lo enviaba, era por algo. Nunca se equivocaba en cosas así.

Estudió los flancos. Nada. Muros de ladrillo, ventanas cegadas, escaleras de incendios demasiado lejos de su alcance. Aun corriendo hacia ellas, no las alcanzaría a tiempo.

Llegó el momento límite. No podía avanzar más. Ni sus contrarios tampoco. Tenía a menos de dos yardas a su espalda al hombre fuerte. A dos yardas ante él, al individuo de pelo rizado. Era moreno. Los ojos destellaban, negros y redondos como los de las víboras.

—Hola, Matt —saludó el hombre pequeño y delgado.

Y Matt se estremeció. Recordó quién era, al oír su voz. El siempre recordaba a la gente por sus voces, tenía un oído muy agudo.

—Skyros... —murmuró—. George Skyros...

—Vaya, me recuerdas bien —rio la voz del otro—. Tienes buena memoria, muchacho. Lástima que no tengas también buen juicio, sentido común y todo eso.

Matt se quedó callado. Skyros. Estaba algo más viejo. Pero era el mismo, en lo demás: moreno, enjuto, frío... y cruel. Sobre todo, cruel. No necesitaba para nada ser aparentemente fuerte y musculoso. Dominaba el judo. Y también otra clase de lucha, algo que llamaban kárate, y que no se podía apenas utilizar legalmente, porque eran llaves mortales todas ellas. Pero Skyros las había utilizado. Era un asesino, sin derramar una sola gota de sangre. Un golpe seco..., y bastaba.

Ahora, George Skyros tendría ya treinta y dos o treinta y tres años. Pero no podía haber cambiado. Los hombres como él nunca cambian.

—¿Te han enviado a matarme, George? —preguntó glacialmente Matt.

—Qué tontería —rio entre dientes Skyros—. No vale la pena afrontar una acusación de homicidio, muchacho. No eres nadie. Sólo que Alex quiere persuadirte de algunas cosas que parece no entendiste muy bien. Shuster se ocupará de ello, si no te importa.

Sería mucho peor para ti que fuese yo quien lo hiciera, ¿no te parece? A lo mejor, aun sin desearlo, te quebraría el pescuezo o te paralizaría el corazón. No, no, será mejor que lo haga Shuster. Sé buen chico y no pongas problemas.

Shuster debía ser el otro. Matt miró de soslayo. El gorila rudo, brutal, violento, de rostro macizo y expresión indiferente, estaba junto a él. Se estremeció. Tenía puños macizos, como martillos.

—Supongo que no hay otra elección —murmuró.

—No —negó Skyros—. No la hay, Matt.

Lester vaciló. Aquel salvaje le trituraría sin compasión. Skyros, si él le forzaba, le administraría golpes científicos, fríos e inexorables. Más dolorosos y crueles que ningún otro. Y, posiblemente, uno de muerte, definitivo.

Luchar contra Skyros era inútil. Podía vencer fácilmente a cualquiera. Luchar contra Shuster, era relativamente fácil. Matt tenía confianza en sus músculos, por mucho que los hubiera oxidado la prisión. Pero en cuanto opusiera resistencia, intervendría Skyros. Era mil veces más peligroso que un fusil ametrallador en manos de un pistolero profesional. A él no le hacían falta armas de fuego ni hojas de acero bien afilado. Le bastaban sus manos, como instrumentos de muerte segura.

—Conforme —aceptó Matt—. Pega, Shuster. Pero tú, Skyros, dime qué pretende Caddox con esto.

—No me lo dijo —sonrió el griego—. Tú debes saberlo bien, muchacho. De todos modos, puedes preguntárselo después, cuando Shuster haya cumplido con su tarea. Te aseguro que no queremos matarte ni dejarte malherido. Sólo se trata de un recuerdo, de..., de un cariñoso escarmiento para que te olvides de rebeldías infantiles. Anda, Shuster, empieza. Ya sabes cómo has de hacerlo.

—Sí, griego —asintió la voz ronca, abrupta, del hombre de los puños demoledores. Miró a Matt con una sonrisa estúpida, de escasa inteligencia, como podría dibujarla un boxeador «sonado», en un rostro deformado por los golpes—. Yo sé cómo he de hacer estas cosas...

Se acercó a Matt Lester con cierta complacencia, como si aquello fuese algo que llenara su instinto vocacional por completo. Y tal vez era así después de todo, pensó Matt, mordiendo sus labios para no perder el control de sí mismo y correr un riesgo mucho mayor.

Sabía que ahora, ni siquiera una promesa de rectificación, una frase de humildad y obediencia al omnímodo Caddox, resolvería cosa alguna. Ellos eran esbirros, llevaban una orden por cumplir, y la cumplirían por encima de todo. Después, Matt podría hacer lo que quisiera. Pero no antes. Eran los métodos de Caddox.

Matt cerró los ojos al recibir el primer impacto.

Fue algo instintivo, en cuanto el puño de Shuster volteó en el aire. Luego, recibió el mazazo.

Sintió crujir todo su rostro, desde la nariz hasta el mentón, y sus sienes parecieron tamborilear, sacudidas por un movimiento sísmico interior. Algo caliente escapó de sus fosas nasales violentamente, y dio un gusto salobre a sus labios.

Un segundo mazazo le vino de través, y le volvió el rostro, levantando su cuerpo del suelo, y lanzándolo contra las hileras de cubos de basura, que tintinearón estrepitosamente, como campanas desafinadas, para terminar con el estruendo de una de las tapas rodando por la calle.

Matt se sentó en el suelo húmedo, maloliente, y se frotó la mandíbula y el pómulo derechos, donde había estallado la dinamita de los nudillos de aquel salvaje. Gimió entre dientes, sin preocuparse por la sangre que manchaba sus ropas y manos, fluyendo de nariz y boca. Lo peor era el dolor de sus huesos torturados.

Shuster se vino hacia él y le alzó con facilidad, utilizando un solo brazo. Dedos gruesos, como tubos de acero, aferraron sus ropas, levantándole hasta la altura misma del rostro aplastado, ancho y brutal del gorila de Caddox. Recibió una nueva coz bestial en plena cara, y Shuster le soltó, dejándole tambalear hacia atrás, dando bandazos por el centro de la callejuela.

Fue derecho hacia él y, sin darle tiempo a recuperar totalmente el equilibrio, le machacó el hígado y el tórax con dos golpes secos y contundentes de sus puños. Matt volvió a voltear su cuerpo en el suelo, esta vez volcando uno de los cubos de desperdicios, sobre los cuales terminó, como en un improvisado y fétido lecho, ligeramente más blando que el asfalto negro y brillante por la humedad.

No terminaba ahí el juego. Matt sentía todo su cuerpo apabullado, sus huesos doloridos, sus músculos lacerados, y su rostro lleno de sangre, lo mismo que su camisa y su americana, e

incluso parte de su pantalón. Pero Shuster tenía instrucciones de ir más lejos, evidentemente. O el salvaje se había cegado con su tarea, sin darse cuenta de lo que hacía. Pero ése no debía ser el caso porque Skyros, frío y dueño de sí, presenciaba la escena, sin intervenir para nada en ella.

Otra vez levantó Shuster a Matt del suelo. Y otra vez le dirigió el impacto al rostro, a placer. Pero esta vez, el gorila tuvo una sorpresa.

Matt amagó el golpe con una sorprendente finta de su cuello, que desvió ágilmente la cabeza. Al mismo tiempo, y ya en el aire su cuerpo, en vilo por la acción de Shuster, le clavó a éste las rodillas en pleno vientre, con toda la fuerza y contundencia de que se sintió él capaz.

Shuster acusó el golpe. Se encogió repentinamente, con una crispación de dolor en el rostro. Dolor y asombro, en realidad. Su mano soltó a Matt, y éste le aplicó dos secos impactos al hígado, poniendo en ello todas sus energías y decisión.

Fue muy eficaz. Shuster reculó, estupefacto y sin aliento, repentinamente pálido, boqueando. Matt se encaminó de nuevo hacia él, dispuesto a continuar la lucha, decidido ya a cualquier cosa menos a permitir pasivamente que aquella bestia siguiera triturándole a placer.

Pero George Skyros estaba allí para algo. En cuanto Matt pasó al contraataque, su voz sonó cortante, helada:

—Lester, no hagas eso. No te resistas, o será peor para ti.

Ya Matt estaba lanzado a la ardorosa pugna, ávido de jugar su propia baza y no entregarse dócilmente al enemigo. En vez de aceptar el consejo, giró el rostro hacia su enemigo, y replicó, virulento:

—No voy a dejarme vapulear, Griego, si es eso lo que esperáis de mí. Se acabó el juego. Matadme, si queréis. Pero si a mí me es posible, seré yo quien os mate a vosotros.

Shuster trataba de volver a la carga. Matt se limitó a dispararle un uno-dos vertiginoso, que derribó nuevamente al bruto contra la pared de ladrillos. Allí se quedó, aturdido y vacilante.

Matt trató entonces de eludir a Skyros y evadirse de la embestida, huyendo hacia la salida del callejón. Sabía que era inútil enfrentarse a un luchador como el Griego, capaz de matarle de un

solo impacto de sus manos.

Pero Matt no había contado con la terrible agilidad de los hombres que, como Skyros, practican karate o cualquier otra técnica de lucha oriental a muerte.

El Griego se limitó a saltar de repente, en sentido horizontal. Su cuerpo describió una zambullida perfecta en el aire... y se aferraron sus manos a un saliente de uno de los muros, una barra de hierro que debió pertenecer a algún toldo ya arrancado de allí.

—¡Aup! —gritó ásperamente Skyros.

Y se lanzó, en un volteo impresionante, sobre el hombre en fuga. Cayó justamente sobre Matt, con sus piernas en flexión. Y los pies describieron, con la misma agilidad que si fuesen manos, dos movimientos veloces, secos, tajantes, terminados en el cuello de Matt.

Cayó Lester al suelo como fulminado. Era igual que si un cable de alta tensión hubiera pegado un latigazo contra su piel. Skyros cayó en pie, junto a él.

Todavía, Lester forcejeó en el suelo, vacilante, y trató de incorporarse. A Skyros le bastó con inclinarse y dar un golpe seco en su nuca. Matt cayó de bruces, sin saber más.

Shuster se recuperaba ya, mascullando juramentos horribles y soeces, llamando abruptamente a su enemigo, para seguir la lucha. Skyros se acercó a él.

—¡Imbécil, pudiste haber recibido la mayor paliza de tu vida, si yo hubiese dejado a Lester seguir! ¿Es que no tienes cerebro, maldito idiota?

—Él..., él me cogió desprevenido... —se quejó Shuster—. Parecía, primero, tan dócil...

—Bien, deja de disculparte. Ahí lo tienes. Termina de una vez.

—Sí, Griego —y los pequeños ojos de bestezuela del esbirro de Caddox, brillaron malignamente al fijarse en el adversario exánime. Se movió hacia él, balbuceando con torpeza—: Seguiré hasta terminar...

—Espera aún —le reprendió Skyros—. No quiero un cadáver. Para eso, me hubiera bastado con darle yo el golpe de otra forma. Quiero que esperes a que se recupere ligeramente, y le vapulees entonces. Nada serio ni peligroso, entiéndelo. Hazle sufrir, que sienta dolor y se retuerza, pero nada mortal. Ahora, ve allá. Es tuyo.

No olvides las órdenes.

Shuster asintió, con su torpeza habitual. Llegó hasta donde yacía Matt Lester. Esperó. Cuando hubo algún movimiento en el cuerpo tendido sobre el asfalto y las basuras, descargó un puntapié salvaje contra su costado. Rio, divertido, al oír el gemido de Matt y observar su convulsión.

Luego, lo levantó con una de sus manazas. Y reanudó la paliza concienzudamente. Esta vez, sin dejarse sorprender. Sin darle a Matt la menor oportunidad.

Cuando hubo terminado con él, solamente sonó en el callejón la fría voz del Griego:

—Ya basta. Deja a Lester. Es suficiente.

Shuster no parecía dispuesto a ello. Aún descargó dos patadones en la cabeza y costillas de Matt. El cuerpo se revolcó en las basuras, como un pelele, como una piltrafa, igual que una basura más. Sin dar señales de vida o de sensibilidad.

—¿Oíste, estúpido? —se irritó Skyros, aferrando un brazo de Shuster de tal modo, que inmovilizó al bruto—. Se acabó. Vamos ya.

—Sí, sí, Griego... —afirmó con aire de imbecilidad, de complacida ferocidad, el gorila de Caddox—. Vamos ya. Ese tipo recibió lo suyo. Vaya si lo recibió...

Los dos se alejaron. El cuerpo de Matt, en el callejón, continuó sin moverse, sobre un pestilente amasijo de sangre, humedad y detritus malolientes...

* * *

—Le dieron una buena paliza, Lester.

Matt no contestó enseguida. Estaba intentado recuperarse, intentando pensar.

Todo eso era difícil. Muy difícil. Recuperarse... Pensar...

Había sido como volver de una tumba. O poco menos. Al principio creyó que estaba muerto. Veía las cosas, las personas, pero no podía moverse, no podía quejarse, hablar o expresarse. Después, de repente, su cerebro había estallado.

Había sido como un clarinazo horrible de dolor, como una ruptura de las paredes de su cráneo, dejando entrar el dolor a raudales, inundando todos los rincones de su cabeza, de sus sentidos, de sus centros nerviosos, de su sensibilidad abotargada

poco antes.

Y entonces sí que había gritado. Había aullado, se había convulsionado como un tigre a quien marcasen con un hierro candente. Después, aun en medio de ese espantoso dolor general, envolvente e intolerable, había tenido cierta noción de que las cosas iban mejor, y no iban a seguir golpeándole.

Ahora, la voz insistía, monocorde:

—Casi le matan, Lester. Fue una paliza tremenda.

—Lo sé —gimió, entre sus labios cortados, tumefactos, abultados y sangrantes—. Lo sé mejor que nadie...

El que hablaba apareció ante él, surgiendo de su derecha. Matt ya había creído identificar su voz. Siempre las voces... Ahora, viendo su rostro, lo recordó perfectamente, y supo que estuvo en lo cierto. Era él. Solo que ahora no llevaba uniforme, como entonces. Ni galones de sargento.

—Neil Murdock... —musitó—. Sargento Murdock...

—Teniente —le rectificó él con sequedad—. ¿Me reconoce, Lester?

—Usted ha visto que sí, sarg..., teniente. La gente no cambia tanto en siete años, lo tengo comprobado.

—Es cierto. Usted tampoco ha cambiado. Lo reconocí enseguida.

—¿A pesar de la paliza?

—A pesar de la paliza. Tal vez sea porque la última vez que lo vi, también iba algo... deformado.

—Era distinto —encajó Matt las mandíbulas, y eso le provocó un dolor que fue como un taladro eléctrico, perforándole el cráneo—. Entonces me pegaron ustedes. La policía, Murdock. Para interrogarme. Su famoso «tercer grado»...

—Teníamos que hacerlo —se encogió de hombros el teniente—. Usted era un asesino, y no quería confesar.

—Nunca confesé.

—Nunca confesó, es cierto. Pero era culpable. Y pagó por ello. Ahora que ya cumplió sentencia, ¿admite que asesinó a Nick Hammer?

—¿Qué más da ya todo eso? —se lamentó Matt, de mala gana. Sin tocar ninguna parte de su cuerpo, sin intentar siquiera apoyarse en sitio alguno, simplemente a pulso, se incorporó del suelo maloliente de la calle, y la lámpara del policía, proyectada sobre

ellos dos, desde la mano del agente de uniforme, se quedó con el chorro de luz muy bajo, iluminando desperdicios, sangre y asfalto mojado. Y las puntas de los gastados zapatos del teniente Murdock.

—¿Cree que puede incorporarse, Lester? —dudó el policía.

—Lo hice ya, ¿no es cierto?

—Pero, ¿resistirá en pie?

—Lo estoy intentando —se apoyó en los ladrillos de la pared, y se quejó entre dientes. Sólo entonces descubrió que un tacón de zapato masculino le había dejado su marca violácea, de herradura, sobre el dorso de esa mano. El dolor era horrible. Pero soportó en pie, con la cabeza baja, cayendo sus cabellos húmedos de sudor contra su frente y ojos.

Murdock se acercó despacio a él. Sus pasos resonaban huecos en el callejón. La luz de la lámpara del policía de servicio siguió al teniente hasta posarse en Lester, que pestañeó, deslumbrado.

—¿Qué ha ocurrido aquí esta noche, Lester? —preguntó abruptamente Murdock.

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Alguien le ha machacado hasta casi dejarlo muerto ahí. Y usted dice que no lo sabe.

—Es cierto. Me atacaron por sorpresa. No vi nada.

—Miente. Tiene sangre en los nudillos desollados. Golpeó a alguien antes de caer.

—Si es así, no lo recuerdo.

—Lester, ¿quién o quiénes fueron? —se irritó el teniente—. Le estoy haciendo una pregunta, y le exijo una respuesta.

—Murdock, ¿desde cuándo se preocupa usted de mí y de mis problemas?

—Desde que ha dejado de ser un recluso y ha vuelto al mundo. Usted es ahora uno de mis problemas, Lester. Uno más entre tantos otros.

—¿Problema? ¿Por qué diablos soy yo un problema para usted?

—Todos lo son. Todos los que son como usted. Asesinos, tahúres, granujas, ladrones, atracadores... Escoria, Lester. Carne de prisión o de horca. Todos crean dificultades, al volver. Son iguales o peores que antes. Y siempre vuelven al mismo sitio de donde salieron.

—Eso es una tontería. No pienso volver jamás. Una vez pagué la novatada. No volverá a suceder, Murdock.

—Claro que sucederá. Sucede siempre. Ya están marcados. Es un estigma sobre ustedes. Como la marca del ganado. Pertenecen a la celda, al presidio. Y vuelven a él, porque es su destino.

—Es un modo de pensar muy cruel y poco humano, Murdock. No da usted oportunidad a nadie, ¿no es cierto?

—No se les puede dar oportunidades. Todos ustedes son lo mismo. No quieren rectificar. Juran rehabilitarse, y caen en los mismos delitos. Prometen ser mejores, pero empeoran y se revuelcan más en el fango.

—¡Ya basta! No tiene derecho a hablarme así. No tengo deuda alguna con la sociedad. Era inocente de un delito, y me condenaron por él. ¿Qué más quieren ustedes de mí?

—Yo sólo quiero que me diga la verdad: ¿quién le golpeó? ¿Por qué ha ocurrido todo esto?

—Le repito que lo ignoro. No vi a nadie, no entiendo nada. Su tarea es averiguarlo, no esperar que yo lo descubra por mí mismo.

—Lester, escuche esto —Murdock adelantóse, hasta encararse con Matt, muy cerca sus rostros. Bajo el ala del sombrero flexible, los pequeños ojos oscuros le taladraban, hostiles. Entre sus labios, colgaba la boquilla con un cigarrillo apagado. Tenía una fea expresión de ira y de hostilidad—. Acaba usted de salir de la prisión hoy mismo, y ya está creándose problemas. Ha vuelto a la ciudad, y lo primero que hace es mezclarse de nuevo con sus amigos del hampa. No sé las razones de que le hayan dejado la cara hecha un mapa, y el cuerpo magullado, de la cabeza a los pies. Pero sí sé que es peligroso que usted vuelva a mezclarse con sus antiguos compinches, y empieza ya la danza con violencias y todo eso. Sé lo que ocurre luego. Usted guarda silencio, respeta el código de esa gentuza, y se toma la justicia por su mano. Cualquier día, a Caddox o a otro le rebanan el cuello, y yo no tengo más que ir a buscarle a usted y llevármelo arrestado, acusándole de asesinato. ¿Es eso lo que quiere?

—Yo no he nombrado a Caddox para nada. Ha sido usted quien lo ha hecho.

—¡Infiernos, ya lo sé! Pero Caddox está tras todo esto. Usted no conoce a nadie más. Ni nadie más querría vapulearle a usted de este modo, apenas abandonó la prisión. Nick Hammer era buen amigo de Caddox, ¿no?

—No sé nada de eso. Nick Hammer y Caddox terminaron en mi vida. Todo terminó para mí, teniente. Dese cuenta de ello, y déjeme en paz. No sé quién me pegó. No le diré nada más.

—¿Es su última palabra?

—¡Sí! Y olvídense de mí, de una vez por todas.

—Olvidarme de usted... —Murdock sacudió la cabeza, con malévola expresión—. No, Lester. Eso le gustaría a usted, pero yo sé la clase de pájaro que es. Una vez pude con sus trucos, y le hice pagar por todo. Pero no es suficiente. No me siento feliz, viéndole a usted aquí otra vez, libre y dispuesto a seguir su carrera de bribón sin escrúpulos. Ahora soy más fuerte que antes incluso, Lester. Soy un oficial de policía. Sección de Homicidios. También me ocupo de ataques y violencias como la de esta noche aquí. Por ello, cuando mis agentes le identificaron al hallarle en el callejón, me llamaron a mí para que me personara aquí. Lester, puedo hacerle mucho daño ahora. Más que antes, incluso. Y se lo haré, si no prefiere irse lejos, y dejar este asunto en mis manos, de una vez por todas.

—Ya le dije lo que sé. Y lo que pienso. No tiene derecho ninguno a obligarme a nada. Soy un hombre libre, Murdock. Si me odia, tendrá que comerse su odio, porque yo no pienso darle motivos para que me eche el guante otra vez. Es más, no me resigno a los años perdidos. Pienso saber, de una vez por todas, quién mató a Nick Hammer. Y cuando sepa eso, exigiré al Estado lo que es mío; siete años de vida, de libertad, de condición humana digna. ¿Podrán ellos dármelos, Murdock? ¿Podrá alguien devolverme todo eso alguna vez?

—Lester, usted está loco, si espera que yo me crea eso. No creo nunca a los tipos de su calaña. Le ofrezco un trato, el único entre nosotros: lárguese a otra ciudad, lejos de aquí. Elija cualquier otro sitio para vivir. Antes, haré que le curen concienzudamente en un buen hospital, le darán ropas y algún dinero de los fondos de caridad para las personas desplazadas y en rehabilitación, y haré arrestar a los que le golpearon. Usted gana mucho así. Me pierde de vista a mí, tiene ocasión de encontrar trabajo en cualquier sitio bueno, y rehace su vida, lejos de Caddox y de los demás. ¿Qué me dice a todo eso?

—Parece muy interesado en que me largue, Murdock. ¿Tanto

asco le doy? ¿O es que me tiene miedo?

—¿Miedo yo? ¿Por qué había de tenérselo, Lester?

—No lo sé. Lo parece. Quiere enviarme lejos. Quiere deshacerse de mí, a toda costa. Tiene que tener sus motivos para ello.

—Los tengo. Pero no son los que imagina. No le temo. Ni a usted ni a nadie. Es usted quien debe temerme a mí. Sólo le estoy ofreciendo una oportunidad de ser mejor de lo que es y de lo que fue. Está en sus manos la elección. Quédese en esta ciudad, y terminará arrastrándose otra vez entre la basura de sus viejos camaradas, hasta que caiga de nuevo en el delito, y nadie le libre entonces de su destino. Vamos, hágalo así. Estoy esperándolo. Si eso es lo que prefiere, allá usted, Lester. Es dueño de jugar con su vida y con su libertad. Pero no dirá que no le advertí a tiempo.

—Le doy las gracias por ello. Usted está muy equivocado conmigo, sin embargo. Seguiré viviendo en esta ciudad. Y no voy a volver a prisión, ni siquiera por algo que no haya hecho, como sucedió la vez anterior. Ahora ya no me cogerá nadie desprevenido ni confiado. No tengo fe en nadie, no creo en persona alguna de las que me rodean. No seré engañado de nuevo, teniente Murdock. Usted se quedará con las ganas de meterme de nuevo en el cepo. Y ahora, déjeme en paz de una vez. No tiene derecho a molestarme ni a torturarme más.

—Muy bien. Ya le dejé —señaló, burlón, hacia la salida de la callejuela—. Siga su camino, Matt Lester. Y sígalo con fortuna, si ello es posible. Va a necesitarla en lo sucesivo, créame.

—¿Qué va a hacer? ¿Será como un lebel tras los pasos de la pieza? ¿Va a vigilarme día y noche, va a espiar mis sueños, mis movimientos en la cama mientras duermo, para poder caer sobre mí como un perro de presa? ¿Es eso lo que intenta hacer?

—No será necesario tanto —rechazó con vivacidad el oficial de policía—. No, Lester. No necesitaré vigilar sus sueños y ver si se despierta gritando, porque la conciencia le atormenta. No. Usted mismo, lentamente, vendrá a mí. Le daré cuerda, mucha cuerda. Y usted mismo se ahorcará con ella, esté bien seguro.

—Teniente, parece usted un hombre enfermo —Matt se estremeció, mirándole con horror—. Enfermo de odio, de insano placer, de maldad contenida. Parece estar gozando de antemano con mi holocausto. ¿Por qué? ¿Por qué me ha llegado a aborrecer

tanto, Murdock? Es posible que no me tema, pero odiarme... sí que me odia. Y con toda su alma, se le ve en los ojos, en la expresión de su rostro, en el tono de sus palabras...

Neil Murdock, teniente de la policía en la actualidad, antiguo sargento, de cuando Matt Lester fue a prisión por siete años, afirmó con voz ronca:

—Sí... Sí le odio, Lester. Le odio como jamás nadie pudo odiar, y como jamás persona alguna llegará a ser odiada. Y sin embargo, nunca sabrá el porqué de mi odio. Nunca lo sabrá, maldito sea...

Matt retrocedió lentamente, tambaleante. Ahora fue él quien, instintivamente, sintió miedo hacia el oficial de policía. El miedo a lo desconocido, a lo ignorado, pero que uno sabe que existe y que, a la larga, termina por aniquilarle a uno, a poco que la suerte le acompañe.

Agarrándose a las paredes de ladrillo del callejón, Matt se apartó de Murdock, del policía con la lámpara eléctrica, de las basuras y del suelo mojado con sangre.

Retrocedió, hasta hallar la salida del callejón. Y entonces echó a correr.

Echó a correr como si huyera de alguna visión pavorosa. Atrás, a sus espaldas, Murdock soltó una seca, áspera carcajada. Una carcajada que rebotó en los muros de ladrillo, como si tratara de perseguirle.

Matt Lester siguió corriendo, ahora por aceras más amplias, entre gentes que iban y venían, sin acordarse siquiera del lamentable aspecto de sus ropas, sucias de polvo, de basuras, de humedad y de sangre.

La gente le miraba, alarmada, pero él no se dio cuenta. Siguió a la carrera, contra dirección de los peatones que venían hacia él, sin importarle si tropezaba con alguno o hacía detener a alguna dama con gesto de horror ante su apariencia toda y, sobre todo, ante su rostro hinchado, sangrante y tumefacto.

Pero en el fondo, Matt Lester sabía que era una carrera estúpida, una fuga inútil y sin sentido. Porque no sabía de qué huía, ni hacia dónde podía huir. Lo que sí sabía es que, a fin de cuentas, todo ello resultaría estéril.

Lo que sí sabía es que la fuga era imposible. Aunque no tuviera nada de qué huir.

Capítulo



ELLA

SE alejó el taxi. Encontrábase muy sola en la ciudad. Las calles amplias, desiertas casi por completo, los luminosos y los escaparates, los coches a buena velocidad, las luces de alumbrado, la boca de acceso a la estación ferroviaria de cercanías...

Y por encima de ella, el cielo. Un cielo salpicado de estrellas y de nubes por partes iguales. Y alrededor, la noche. La noche por doquier. La noche, como un cerco invisible e impenetrable. La noche...

Caminó, apresurada. En un portal, una prostituta se abrazaba a un joven de uniforme. Más allá, otra empujaba las vidrieras de un bar ruidoso y repleto de humo y música de gramola, moviendo sus nalgas con agresividad.

No era una zona respetable de la ciudad, ni mucho menos. Pero tampoco tenía dónde elegir. Cualquier sitio era bueno para ella. O malo, según se mirasen las cosas.

Algo más allá, el esqueleto metálico y rectilíneo de un edificio en construcción. Ante una tapia inmediata, un enorme cartelón,

iluminado por un foco:

«En construcción. Edificio Archer. Oficinas y negocios.

Uno de los mejores de la ciudad.

Informes; Sycomore Parkwav, 1247.»

Elevó la mirada. Uno, dos, cinco, diez pisos... Y aún no habían rematado la obra. Los huecos en cada planta, eran como nichos sin cuerpos. Se estremeció, mirando, inquieta, alrededor. Un automóvil se había detenido suave, lentamente, allá en la esquina inmediata. Un hombre asomó al exterior y pareció mirarla. Ella se asustó.

Pero después, el coche rodó de nuevo, a mayor velocidad, y dobló una esquina cercana, sin que el hombre volviera a asomar. Ella se tranquilizó, y siguió andando, hasta detenerse debajo del gran anuncio del edificio en construcción. Grúas, poleas y mezcladoras de cemento permanecían inmóviles, como monstruos informes de metal, dormidos en la noche.

Caminó, medrosa, sintiendo repiquetear sus tacones en el asfalto. ¿Adónde ir ahora? ¿A quién pedir dinero, alojamiento, una cama, una habitación, algo que comer al otro día?

Si al menos pudiera recurrir a su familia...

Pero sabía lo que ellos harían. Lo que habían hecho ya una vez: llamar a los psiquiatras y a los enfermeros. Fingir que estaba loca, hacerla internar en un sitio abominable, donde era falso que la atendieran para sanarla, y donde lo único que hacían era drogarla para hacerla volver realmente loca.

Su tío Harold, su primo Simon, Betsy, la esposa de él... y Vincent. Los cuatro buitres. Vincent era quizá el mejor de todos. Pero ni siquiera en él podía confiar. Era su fortuna la que querían, y nada corrompe a la gente más que el dinero. Ni siquiera Vincent movería un dedo por ayudarla, porque él sabía bien que eso significaría perderlo todo, volver a la miseria, con Leilah Ross como única y legal propietaria de su dinero.

No, no podía recurrir a nadie, no conocía a nadie. Ahora mismo, en alguna parte de la ciudad, el doctor Strauss la haría buscar, desesperado, rabiosamente. Ella podía decir muchas cosas sobre los métodos de aquel médico..., si es que alguien se prestaba a creerla. No es fácil que nadie crea en un evadido de una clínica para enfermos mentales. Especialmente, si acusa a su médico. Es tan fácil hablar de manías persecutorias, obsesiones, deformaciones mentales

y todo eso...

De repente, ella giró la cabeza. Miró a la calle desierta, a la amplia acera sin gente, con la cruda luz del foco de las obras como un manchón radiante entre penumbras. Más allá, el parpadeo rojo del luminoso de un bar, dos rectángulos de vidrio iluminado debajo, un lejano eco de música de discos...

Tal vez había sido imaginación suya, pero le pareció que sonaban unos pasos en esa dirección. No era posible, porque no había nadie a la vista. Debía tener mucho cuidado con su imaginación, con sus terrores. Era mala cosa empezar a sentirse perseguida, vigilada, cuando nadie había en torno suyo, que justificara ese temor.

Dio unos pasos más, calle adelante, buscando al azar algún sitio abierto donde poder tomar un café y un sandwich, antes de lanzarse a la larga aventura nocturna de buscar un sitio seguro donde dormir.

Insensiblemente, llevada por aquel instintivo temor que la invadía, aceleró en su ritmo, hasta caminar con rápidos pasos, si bien no tenía prisa por llegar a ninguna parte.

Se detuvo, de repente. El corazón palpitaba con fuerza. Estaba segura, esta vez. Con auténtico terror, giró la cabeza. Encontraría a alguien tras ella, porque ahora no tenía duda alguna: habían sonado pasos a su espalda. Pasos rápidos, suaves, ahogados.

Respiró hondo. Un escalofrío que había empezado a subir hacia su nuca, se disolvió en la espina dorsal. No había nadie. Absolutamente nadie.

Sólo la calle, la luz, el edificio en construcción, la larga tapia inmediata, sin duda para el terreno destinado a zonas verdes... Nada más. Nadie, excepto ella misma.

De nuevo el miedo, el terror insensato y sin justificación. Se censuró a sí misma por todo ello. Se prometió no volver a caer en la fácil tentación del terror, de la inquietud, de la angustia latente, de la inseguridad en sí misma, en su actual situación, virtualmente sola en medio de una ciudad, rodeada por cientos de miles de seres ajenos a sus problemas, a su angustia, a su tremenda soledad, a sus peligros y temores.

Dio unos pasos más, con renovada confianza, con tal firmeza y seguridad ahora, que los tacones presionaron con energía y seco

golpe el asfalto de la ancha acera alumbrada solamente a trechos. Ya llegaba al final de la larga tapia que se iniciaba en el anuncio iluminado de la casa en construcción, y concluía en una farola de mercurio, fría y brillante, y en los indicadores del cruce de ambas calles. Algo más allá, junto a una boca de riego, un perro husmeaba, curioso, y terminó por mirar hacia ella y emprender un trotecillo presuroso, calle abajo, cruzando la calzada.

De repente, se detuvo la joven. ¿El perro la había mirado a ella... o a alguien que quedaba fuera de su campo visual, a la vuelta de la esquina donde terminaba la tapia?

Otra vez aquel inexplicable terror. Otra vez la inquietud. De nuevo, el frío indefinible y sutil del pánico, haciendo erizar el tenue vello de su piel, y poniendo escalofríos en su nuca.

—Es una estupidez —musitó—. No debo dejarme ganar por el pánico, por todas esas ridículas ideas... o terminaré loca. Realmente loca, como todos ellos quieren verme...

Irguió la cabeza, decidida. Avanzó. Un paso, otro, otro. Y llegó al final de la acera; al final de la tapia. Al final de la manzana.

Entonces emitió el agudo, largo, estremecido grito de horror.

Entonces justamente, cuando en la misma esquina de la manzana en construcción, entre las tablas abiertas de la cerca, emergió un hombre, plantándose ante ella, cerrándole el paso.

Un hombre que, sin duda, había caminado todo ese tiempo paralelo a ella, al otro lado de la tapia. Un hombre que le impedía seguir adelante. Un hombre que la miró fijamente, un hombre que habló con tono frío, helado, implacable:

—Buenas noches, señorita Ross. Al fin la encuentro, ¿eh?...

Era él.

Era Scholl, el enfermero.

* * *

Scholl...

Y su mirada. Sobre todo, su mirada. Sus ojos brutales y fríos, fijos en ella. Scholl, con una cruz de esparadrapo sobre sus cabellos. Con una expresión de odio tremendo e implacable.

Scholl, un enfermero cruel y violento, espoleado ahora por el rencor, por la ira. Y por las órdenes recibidas, sin duda alguna. Scholl, que iba a vengarse por fin de la burla en el sanatorio, del golpe recibido, de todo lo que ella le hizo, tras el engaño.

Y estaba allí ahora. Frente a ella. Erguido, sólido, macizo. Con una máscara helada por rostro, con el más despiadado rictus imaginable.

—Usted... —jadeó ella, con un escalofrío—. Oh, no, Dios mío...

—Señorita Ross, no tema —habló glacialmente él—. No va a volver al sanatorio, si es eso lo que teme. No he venido para llevármela, créalo... Oh, no, nada de eso.

Parecía sincero. Eso era lo terrible. Si era realmente sincero, si decía la verdad, si no había ido en pos de ella para recluirla de nuevo..., ¿a qué había ido?

La respuesta era demasiado atroz, demasiado espeluznante. Y lo peor era que la joven la conocía de antemano, podía responder con escalofriante seguridad.

Scholl había ido a matarla. Estaba allí para eso.

La tensión dura y áspera de su boca, el brillo metálico de sus ojos, la crispación instintiva de sus manos, como dos zarpas enguantadas, colgando de sus largos y férreos brazos, caídos a ambos lados de su musculosa figura, como podrían estarlo los de un simio ávido de sangre y destrucción...

Todo en Scholl denotaba la siniestra misión para la que había ido en pos de la pista de la fugitiva. Todo era indicio evidente, terrible, estremecedor, de que Leilah Ross, al fin, había llegado a su destino. La fuga, la ciudad, la noche, todo terminaba allí.

En Scholl. En la Muerte.

—No puede hacerlo... —gimió Leilah, exasperada, iniciando el retroceso—. No puede hacer tal cosa...

—¿Qué es lo que no puedo hacer? —sonrió extraña, malignamente, la faz implacable del enfermero—. Vamos, vamos, señorita Ross. Usted sabe que yo puedo ahora hacerlo todo. Absolutamente todo. Estamos solos usted y yo. Solos en esta calle, en este distrito... Y aunque no estuviéramos solos, aunque alguien transitara ahora por aquí, ¿de qué podría servirle? Soy enfermero, pertenezco a un centro psiquiátrico..., y usted es una fugitiva del establecimiento. Ni siquiera tiene documentación. Pero yo sí la tengo. Tengo sus documentos, Leilah Ross. Puedo demostrar que está usted loca. Llevo el certificado del doctor Strauss, que así lo diagnostica y confirma. No tiene escapatoria, y lo sabe. Como sabe que, ciertamente, no pienso llevarla de nuevo a la clínica. No, no irá

allí. Va a dejar de sufrir. Dejará de sufrir, por fin...

—¡No, no! —chilló ella, angustiada, apoyando sus espaldas contra la tapia, sabiéndose vencida, acorralada, cazada por aquel brutal enfermero—. ¡No quiero morir, no quiero morir...!

—Vamos, vamos, señorita Ross. Será todo breve, muy breve. Más corto y más piadoso que toda una vida encerrada en la clínica, esté segura. Debería estarme agradecida por acortar sus sufrimientos, créame.

Se movía hacia ella. Inexorable, como una amenaza mortal. Era fuerte, ágil, rudo. Ahora no iba a poder cogerle por sorpresa, en modo alguno. Ahora, tenía que morir. Iba a morir. Y ni siquiera podía albergar la más mínima esperanza.

Intentó escabullirse, se movió felinamente hacia un lado, para salir del cerco asesino en que la encerraba Scholl. Inútil. Él viró su cuerpo con agilidad. Cerró su paso con un brazo duro y tenso como un manojo de cables de grueso acero. Leilah gimió, sollozó, desesperada. La otra mano de Scholl fue rápidamente hacia ella, hacia su garganta, para sujetarla en un zarpazo de muerte. La voz de él le llegó como una pesadilla, como un eco maldito y lejano, que martilleara brutalmente su cerebro, su ánimo, sus sentidos todos:

—Va a ser breve, criatura. Muy breve. Un golpe tan sólo. Un golpe seco, sin dolor. Perderá el conocimiento... Después, subiré con usted unos cuantos pisos de esa obra en construcción. La arrojaré desde allí. Ni siquiera se enterará... Cuando la encuentren, ya habremos denunciado nosotros a la policía su fuga..., y la teoría oficial será sumamente simple: una muchacha demente que escapa del sanatorio y, desesperada, se mata arrojándose desde un edificio en construcción... ¿Ve qué sencillo? No va a sufrir nada...

Ya estaba aferrada. Los dedos enguantados se cerraban en torno a su cuello, la oprimían contra la tapia, disponiéndose a golpearla en seco, violentamente, con la otra mano, en alguna parte de su nuca o de las sienes.

Luego, como anunciara el propio Scholl, todo sería muy fácil... Y ella, ni siquiera se enteraría.

Pero no quería morir. Era joven, tenía una fortuna usurpada por sus familiares, deseaba seguir viviendo, volver a ser la misma Leilah Ross que la conspiración familiar había borrado del mundo de los

seres normales. Quería seguir viviendo, luchando por su libertad, por sus derechos, por su futuro. Era joven, era atractiva. Deseaba vivir, llegar a amar, tener un hogar...

No supo cómo, pero logró zafarse un momento de la mano asesina, en una convulsión desesperada, rabiosa, y pudo chillar, chillar con toda la fuerza de sus pulmones, buscando evadirse de aquel ser brutal y frío, mensajero de muerte para ella.

Luego, trató de escabullirse, y no pudo. Scholl cayó nuevamente sobre ella, la amordazó con una mano, sujetándola bestialmente, la golpeó contra la tapia, enfurecido.

—¡Estúpida! —jadeó, centelleantes de cólera sus ojos—. Lo está poniendo usted misma más difícil...

Alzó la mano, para golpearla sin contemplaciones, salvajemente.

Tras ese golpe, llegaría el fin. El desvanecimiento, el ascenso al edificio en obra..., y la caída al suelo. La muerte...

Ya, ni siquiera podía chillar o moverse. Todo se había terminado para ella. Todo. Incluso la propia vida.

* * *

Fue entonces cuando todo cambió. Justamente cuando ya Leilah veía ante sí, como si estuviera pisándola con sus propios pies, la frontera oscura de la muerte.

Fue entonces cuando, en la calle larga, solitaria y alumbrada a trechos, apareció el tercer personaje, y dejaron de estar solos hombre y mujer, asesino y víctima.

Fue entonces cuando el azar, el destino, cruzó dos vidas.

Dos seres perdidos en la gran ciudad; dos personajes solitarios y aislados, solos consigo mismo y con sus problemas, se encontraron en aquella trágica encrucijada en la que uno de ellos, Leilah Ross, iba a morir.

El otro personaje pareció brotar de la misma noche, a espaldas de Scholl, el enfermero asesino.

Al menos, así se lo pareció a Leilah, tal fue su decisión y espontaneidad en caer sobre Scholl, procedente de alguna parte, de algún lugar en el asfalto silente y desierto de las calles suburbanas...

—¿Qué está haciendo? ¡Suelte a esa mujer! —sonó la voz, clara y potente.

Scholl juró horriblemente entre dientes, sin ocultar las palabras

soeces que le dictaba su ira. Se vio frenado el brazo, el impulso de golpear, por una especie de garra o cerco de acero que se cerraba sobre su muñeca, reteniéndola en el aire. Luego, un violento, seco empujón, le echó atrás, soltando a Leilah, que aprovechó el momento para echarse atrás y a un lado, escabulléndose de su enemigo, y cayendo de rodillas en la acera, entre jadeos casi espasmódicos.

—¿Quién diablos le mete en esto? —aulló Scholl, furioso, girando hacia el desconocido una mirada extraviada, una expresión tensa y rabiosa—. ¡Márchese por ahí, imbécil!

Pero la presión del otro no cedía, y Scholl, pese a su fortaleza, veía muy difícil desasirse de la férrea obstinación de aquellos dedos enroscados en torno a su brazo.

—No voy a marcharme, en tanto no me aclare todo esto, señor —replicó el desconocido con energía—. Estaba golpeando a esa joven, y ella está muerta de miedo ahora. ¿Qué significa todo esto? ¿Con qué derecho golpea usted a una mujer con esa violencia?

—Le dije que no se metiera en esto, ¿entiende? —masculló Scholl, rechinando sus mandíbulas, al encajarlas rudamente—. Soy un enfermero, un sanitario. Y esta mujer es una evadida del sanatorio donde presto mis servicios. Tengo recibida la orden de recuperarla y llevarla allí de nuevo.

—¡Miente, miente, señor! —sollozó ella, convulsionándose en llanto—. ¡Quiere asesinarme! ¡Era lo que iba a hacer ahora!

—Las cosas no están muy claras, a lo que veo, amigo —habló fríamente el hombre que retenía el brazo de Scholl—. Ella dice una cosa y usted otra...

—Si me suelta, comprobará la verdad de mis palabras, maldito sea —gruñó Scholl—. Soy enfermero, tengo una orden del doctor Strauss, director de la clínica para enfermos mentales en donde trabajo. Esta joven es Leilah Ross, enferma mental, como todos los demás pacientes. Logró golpearme y huir. La he encontrado, y voy a llevarla otra vez conmigo a la clínica. Tengo aquí documentos que acreditan todo eso.

—¡No le crea! —chilló Leilah—. ¡No haga caso de sus palabras, señor! ¡Está mintiendo! ¡Yo no soy una demente, no lo fui nunca! ¡Mi familia me internó en esa horrible casa, y él no va a llevarme allí ahora de nuevo, sino que pensaba dejarme inconsciente de un

golpe, y subirme luego a la casa en construcción para arrojar-me abajo!

El desconocido vaciló, cambiando su mirada de uno a otro. Scholl soltó una seca carcajada desdeñosa.

—Por favor, caballero, ¿ve usted lo absurdo de sus excusas? Lo habitual en los enfermos como ella... Es una historia ridícula, naturalmente. Casi todos sufren manías persecutorias, obsesiones, y ven en los médicos y enfermeros a sus peores enemigos.

El desconocido asintió despacio, por primera vez, mordiéndose el labio inferior. Se daba cuenta de que los ojos de Scholl le escudriñaban atentamente, observando cada detalle de su rostro desfigurado por golpes, arañazos y hematomas, así como sus ropas, sucias de barro, basuras y sangre. No, no podía ser muy tranquilizador ni convincente el aspecto general de Matt Lester, pero eso a él no le importaba ahora demasiado. Se trataba de saber quién de aquellas dos personas decía la verdad, si el hombre o la mujer.

Soltó suavemente el brazo de él. Captó, de soslayo, un espasmo de instintivo terror en ella, que continuaba agazapada, arrodillada en el asfalto, contra el muro de madera de la alta tapia.

—Eso está mejor —sonrió Scholl amablemente—. Gracias, señor.

—Estoy esperando esas pruebas —cortó él, tajante—. Si no me demuestra lo que dijo, llamaré a un policía para que aclare todo esto.

—Muy bien, no tendrá necesidad de ello, créame —suspiró Scholl, arrugando el ceño—. Vea cuanto le dije...

Hurgó en un bolsillo, vigilado muy de cerca por Matt. Cuando extrajo la mano, no llevaba sino un billetero del que sacó tres documentos. Matt los tomó, siempre en guardia, aunque Scholl parecía inofensivo ahora, y sólo pendiente de echar frecuentes ojeadas a la muchacha, para que no se le escabullera.

Matt examinó la tarjeta de identidad del hombre. Era, ciertamente, enfermero. Se llamaba Gus Scholl, prestaba servicios en la clínica psiquiátrica del doctor Strauss, y la fotografía del documento correspondía a su rostro, nada agradable. Los otros documentos eran reveladores. Una tarjeta de identidad a nombre de Leilah Ross, con la fotografía de la joven. Y un certificado médico, suscrito por el doctor Strauss, diagnosticando «demencia peligrosa,

con manía persecutoria», en la joven Leilah Ross, a quien por aquel documento se confinaba a vivir aislada, dentro de un establecimiento sanitario, sometida a estrecha vigilancia clínica.

—No puede hacerle caso, señor... —oyó hablar entre sollozos a la joven—. Él siempre podrá convencerle a usted o a cualquier otro. Es la historia de siempre. ¿Quién hará caso de una persona legalmente enferma del cerebro? Pero le juro que todo es falso. Un complot abominable, señor. Tengo dinero, familia... Ellos me enviaron a esa clínica diabólica, donde otras personas sanas como yo, viven encerradas, aisladas, para que sus parientes disfruten de su dinero. ¿No va a creerme? ¿Será posible que imagine que estoy loca, señor? Escapé, sí. Tuve que huir, o hubiera enloquecido de verdad, con las drogas que Strauss y ese hombre me administraban...

Su voz era como una obsesiva música de fondo, mientras Matt examinaba la legitimidad de firma, sellos y membrete. No había duda. Las pruebas ofrecidas por el enfermero eran indiscutibles. Scholl estudiaba cada reacción, por leve que fuese, en el deformado rostro de su interlocutor, a medida que Leilah hablaba, desesperada y patética, con un tono persuasivo, convincente, que él no podía silenciar, so pena de hacerse sospechoso ante el intruso.

Matt giró una mirada compasiva hacia la joven. Meneó la cabeza, con cierta tristeza. Su voz sonó apagada, al devolver los documentos a Scholl:

—Señorita Ross, será mejor que se deje llevar dócilmente a esa clínica. Lo hacen por su bien. Sanará totalmente en breve tiempo, sometiéndose a un tratamiento. No conduce a nada dedicarse a vagar por la ciudad a estas horas, entiéndalo. Yo iré mañana a verla, me ocuparé de usted. El señor Scholl seguro que me permitirá visitarla, ¿no es cierto?

—Oh, sí, señor, por supuesto —se apresuró a asentir el enfermero—. Puede ir cuando guste. No le prohibiré visitar a la señorita Ross.

—¡Dios mío, no puede sentenciarme a una suerte tan horrible! —sollozó ella—. Aunque me lleve a la clínica..., ¡me matarán, una vez allí dentro! A usted le dirán que me suicidé, o cosa parecida. ¿Es que no se da cuenta? ¡Todo es aparentemente legal, ellos tienen en apariencia toda la razón, pero sólo yo sé lo que me espera!

¡Ahora no se conformarán con encerrarme, necesitan eliminarme, para que no acuse a Strauss de todos sus horribles delitos, al encerrar en su establecimiento a tantas otras como yo, sometiéndonos a un tratamiento negativo y embrutecedor! ¡Señor, por favor, haga algo, impida esta atrocidad!

—Lo siento —suspiró Matt—. Es su enfermero, señorita. No puedo hacer nada. Usted no deberá golpearla de nuevo, entiéndalo. Hay otros métodos para reducir a una enferma.

—Usted no conoce a esta gente —masculló Scholl—. Son difíciles de manejar...

Se aproximó a ella. Su mirada reflejaba cólera. Instintivamente, examinó la estructura metálica de la casa en construcción, como lamentando que las cosas se hubieran torcido. Luego, aferró a Leilah, para arrastrarla consigo.

Matt Lester contempló todo eso en silencio. No le había pasado desapercibida la mirada de Scholl a la casa en obra. Tampoco la mueca cruel con que se inclinó hacia la joven indefensa y llorosa.

—Un momento —cortó, de repente, Matt—. Espere aún, Scholl.

—¿Qué diablos quiere usted ahora? —se soliviantó el enfermero, girando la cabeza—. ¿Se ha creído usted que tiene alguna autoridad en todo esto?

—No es eso. Lo he pensado mejor, sencillamente. Hay un teléfono ahí. Iremos todos a él —señaló una cabina situada en la acera, en la bocacalle inmediata.

—¿Para qué diablos quiere ahora un teléfono?

—Telefonearemos a la policía. Y a Sanidad.

—¿Es usted quien se ha vuelto loco ahora? —se pasmó Scholl.

—Nada de eso. Así me iré tranquilo y convencido. Esta joven y usted irán previamente conmigo y con la policía, a un centro psiquiátrico del Gobierno. Será examinada y, si se confirma el diagnóstico, usted se la llevará definitivamente. ¿Conforme?

—¡No! —estalló, rápido, Scholl. Luego, dio marcha atrás en sus ímpetus, tratando de contemporizar con cierta amabilidad—. Entienda, señor, es mi puesto el que me juego. El doctor Strauss me echaría, si hiciera algo así. Es simple cuestión de ética profesional, usted entiende...

—Entiendo que un destino humano está en juego. Una joven enferma, Scholl.

—Tiene un diagnóstico médico. ¿Qué más quiere?

—Sólo lo que le dije. Si no es así, no permitiré que se lleve a esa joven.

—Pero..., pero... —el rostro de Scholl se tornó repentinamente color ceniza. Iracundo, manifestó, llevando su mano al bolsillo otra vez—. ¿Quiere ver de nuevo los documentos, comprobar la legalidad de mi situación, maldito entrometido?

—No quiero nada. Sólo que llame a la policía. Y a un médico de confianza.

—Usted está loco, maldito imbécil —masculló el enfermero—. ¡Ya me harté de todas estas tonterías!

Y al extraer rápido su mano, ya no eran unos papeles inofensivos los que llevaba entre los dedos.

Era una navaja, que chascó al accionar el cierre automático, sacando su rígida, azulada lengua de acero, que destelló al ser herida por la luz de la tapia.

Luego, Scholl se precipitó sobre Matt, con la navaja por delante y la muerte reflejada rabiosamente en sus ojos.

Capítulo IV

ELLA Y ÉL

LA navaja hubiera atravesado a Matt Lester de parte a parte. Justamente a la altura de su estómago. Hubiese sido un golpe mortal.

Pero Matt Lester no siempre podía ser sorprendido por la violencia ajena. Podían hacerlo, especialmente cuando su número era superior, gentes como los asalariados de un Alexis Caddox, expertos en trabajos sucios de esa especie. Quizá, incluso lo hubiera podido hacer Scholl, que tampoco parecía precisamente especialista en tareas limpias, pero con ayuda de alguien que pudiese facilitar el ataque a traición.

Así, cuerpo a cuerpo y cara a cara, Matt Lester era escurridizo como un reptil, y duro de abatir como una roca maciza en medio del océano. Matt había sido durante mucho tiempo un hombre habituado a las pillerías de los bajos fondos, a los golpes inesperados de los hampones y la gentuza que vive al margen de la ley. Matt era un perro viejo en ciertas mañas y artes. Incluso ahora, dolorido, aturdido por una reciente paliza, sin reunir las

condiciones físicas necesarias para afrontar una lucha con ciertas garantías de éxito, evitó en principio el navajazo de muerte.

Fue una finta vertiginosa y elástica. Su cuerpo se movió con una precisión, rapidez y felina agilidad que desorientó a Scholl, rudo y fuerte, pero más pesado de movimientos que Matt.

Pasó el enfermero junto a él, con su arma en ristre, como una bayoneta feroz, dirigida a un punto vulnerable. Rápido, Matt asestó un mazazo con su mano abierta, contra la nuca del enfermero, que hendía el aire junto a su propio cuerpo.

Lo detuvo así en seco, tambaleante, aturdido por el seco impacto en la nuca, pero sin lograr derribarle. Scholl roncó lo mismo que un toro banderilleado sobre la arena. Pero se revolvió y tiró otro tajo veloz, oblicuo, contra su adversario.

Matt lo frenó rápido, con su brazo. Sintió cortarse con un chasquido el tejido de su maltrecha americana. Luego, la punta de acero le rasgó la camisa y algo de la piel de su antebrazo. Sin duda, hizo gotear sangre.

Eso enfureció a Matt Lester, y además le hizo ver el peligro que podía suponer la prolongación de aquella lucha, con un hombre armado, y dispuesto, sin la menor duda, a llegar al homicidio por cualquier medio a su alcance.

Ya Scholl retrocedía de un salto, contemplando con expresión satánica la huella de su cuchillo en el brazo del adversario. Rápido, dispuso el arma para atacar de nuevo, y se precipitó sobre Matt Lester.

Matt se había rehecho ya del anterior ataque. Esta vez, esperó a Scholl con los brazos levemente adelantados, las manos engarfiadas. Cuando el enfermero saltó sobre él..., las manos de Matt se cerraron en torno a sus muñecas. Y ambos hombres, forcejeando, rodaron por la acera, golpeando con sus cuerpos las tablas de la tapia.

Fue una lucha encarnizada. Y rápida.

La navaja de Scholl se movía como una lengua de víbora, mortal y centelleante, en busca de la mordedura decisiva. Pero siempre era obstruida, bien por la mano de Matt, que ya ofrecía varios cortes en su palma y dorso, bien por la manga de la americana, al interponer el brazo en cada impulso agresor del enemigo. Scholl se había desprendido del dogal de sus dedos, y pugnaba por insertar la hoja acerada entre las defensas desesperadas del adversario.

Finalmente, la navaja pareció encontrar camino libre hacia la garganta de Matt. Scholl puso toda su desesperada fuerza en ello. Matt, en evitarlo, buscando aferrar de nuevo la muñeca e impedir así el tajo de muerte.

Los dos cuerpos voltearon, lucharon en apretado abrazo unos instantes, ante la mirada despavorida de Leilah. Luego, hubo un extraño ruido apagado, sordo, seco y contundente. Un jadeo, un gemido, un estertor..., y los dos cuerpos se quedaron inmóviles.

Leilah se irguió lentamente, demudada. Trepidó la calle, con el traqueteo de un ferrocarril en las vías, allá en la cercana estación. La joven se cubrió la boca, estremecida de horror, sin querer pensar siquiera en lo que había sucedido.

Un cuerpo cedió, dio un vuelco, se quedó inmóvil en la acera, de costado. Otro cuerpo se irguió, comenzó a levantarse lentamente, muy lentamente. Unos ojos la miraron, vacilantes.

—Dios mío... —susurró ella.

El hombre que se incorporaba, tenía sangre en sus manos, en sus ropas. Sangre fresca y roja, junto a otras manchas de sangre seca. El que yacía en el suelo, también. Pero éste no se movió.

—Usted... —musitó Leilah—. ¿Está usted... ileso?

—Sí —murmuró roncamente Matt Lester—. Estoy ileso, salvo pequeños cortes y heridas superficiales...

—¿Y... él?

—Él... —Matt miró al enfermero Scholl, encogido contra la cerca—. Él está muerto...

* * *

—Muerto...

—Sí. La navaja. Se mató él mismo, señorita Ross...

—Es horrible..., pero es como una liberación —musitó ella, estremecida.

—Intentó clavarla en mi cuerpo. Logré torcer su mano. Entonces hizo un esfuerzo supremo por desasirse, y rodamos los dos. Mi peso venció su mano, al volcar. Y no hubo remedio. Creo que ha muerto instantáneamente.

—¿Y ahora..., qué va a hacer?

—¿Qué espera que haga? —Matt contempló a la joven largamente—. Siempre que ocurre algo así..., se llama a la policía.

—Sí, es lo que se debe hacer. ¿Qué..., qué les dirá a ellos?

—La verdad.

—La verdad... —Leilah se estremeció—. A usted le creerán fácilmente. A mí... no es fácil que me crean. Me harán volver con el doctor Strauss. O con cualquier otro. Mi familia pondrá todo su esfuerzo en internarme de nuevo. Saben que, de otro modo, no sólo recuperaría cuanto ellos me usurparon, sino que serían encarcelados por lo que han hecho.

Hubo un silencio prolongado. En torno suyo, la calle continuaba desierta, silenciosa. Poco antes, se perdió en la distancia la trepidación del ferrocarril, en dirección al centro de la ciudad. En el cielo, las nubes habían terminado por cerrar el paso a la luz de las estrellas y al azul oscuro del firmamento. Ahora, todo aparecía encapotado, levemente rojizo, sobre los edificios de la urbe. El aire era tenue y húmedo. Olía a sulfuro. Posiblemente llovería muy pronto.

Matt Lester contempló fijamente el cuerpo sin vida de Scholl. Las once de la noche era una hora avanzada, en ciertos barrios de la ciudad. La gente no transitaba con frecuencia. Pero en cualquier momento podía pasar alguien, incluso el patrullero de turno. O alguien que saliera de uno de aquellos locales nocturnos de mala nota, cuya musiquilla llegaba hasta ellos apagadamente.

Tomó una decisión, de súbito. Leilah, asombrada, le vio alzar el cuerpo de Scholl en vilo, tras inclinarse a recoger algo de sus bolsillos. Luego, tomó impulso. El cuerpo volteó, lanzado por los brazos de Matt. Cruzó la tapia, y chocó sordamente contra algo, allá detrás, al otro lado de la cerca. Hubo como un rodar de latas vacías y el blando impacto contra basuras o desperdicios. Luego, el silencio.

—¿Qué..., qué ha hecho? —preguntó ella, demudada.

—Ya lo vio. Tirar el cadáver a ese solar —comentó Lester roncamente. Luego, examinó los documentos que tenía en su mano. Tendió uno de ellos a la joven—. Tome, su tarjeta de identidad. Guárdela.

—Cielos... ¿Por qué lo hizo? —susurró Leilah, tomando la tarjeta.

—Usted habló antes de lo que pensaría la ley sobre su verdad... Bueno, mi caso es similar al suyo. Estuve en una penitenciaría del Estado, por homicidio. Acabo de salir hoy de ella. No quiero volver.

No por ese tipo, Scholl...

—Dios mío. Por mi culpa... —ella inclinó la cabeza, angustiada—. Ha tenido usted mala fortuna al cruzarse en mi camino esta noche...

—Olvídelo. Ya no tiene remedio —Matt sonrió, sin que las sombras de preocupación se borraran de su rostro—. Scholl quería matarme, y murió él. No es un crimen, ni siquiera un homicidio, porque él mismo se clavó el arma, en su afán de hincármela a mí. Pero, ¿creerá eso la policía?

—Tienen que creerlo. Es la verdad. Yo la confirmaré...

—Usted —la contempló tristemente, y sacudió la cabeza—. El testimonio de una muchacha evadida de un sanatorio psiquiátrico. ¿Cree que será eficaz eso?

—No estoy loca, se lo juro. Le dije siempre la verdad.

—No discuto eso. Le indiqué simplemente que no nos creería nadie. Ni a usted ni a mí.

La conclusión expuesta por Matt era escalofriante. Leilah, lentamente, empezó a asimilarla. Pareció irse dando cuenta de que, en efecto, no eran las personas idóneas para convencer a nadie de nada.

—Ya veo lo que piensa. Usted sería acusado otra vez de homicidio. Y yo, como evadida de la clínica donde trabajaba Scholl..., pasaría casi por cómplice suya.

—Más o menos, ésa es la situación.

—¿Y qué podemos hacer? —se desesperó ella—. Usted ha llegado a esto por mi culpa. Pensará usted que, realmente, le he complicado en un crimen, que soy una enferma mental y que...

—No pienso nada todavía —Matt, firmemente, la sujetó por un brazo con energía—. Escuche esto: hay sangre en la acera. Sangre suficiente para que cualquiera se dé perfecta cuenta de que ha sucedido algo anormal aquí. Tardarán muy poco en dar con ese hombre, Scholl, en el solar inmediato. Tenemos que irnos de aquí. Y lo antes posible, señorita Ross.

—Sí, pero, ¿adónde? Hasta ahora, era simplemente una mujer que huía de una clínica. Y usted, un hombre que había recobrado la libertad. ¿Qué vamos a ser usted y yo ahora? Dejamos un muerto atrás. Sigo pensando que lo mejor es avisar a la policía, explicarles todo sin faltar a la verdad, tratar de convencerles de...

—Usted no conoce a la policía, amiga mía —rio hoscamente Matt—. Ellos se burlarían de su versión de los hechos, y se apresurarían a devolverla al doctor Strauss, conminándole a que la recluya a perpetuidad, o pase a disposición de una clínica del Gobierno, acusada de complicidad en un homicidio. A mí, me enviarían de nuevo a prisión, y ya no saldría en muchos más años, por grande que fuese mi razón. Hay quienes opinan que un convicto vuelve siempre al lugar donde estuvo ya una vez condenado. Y se esforzarían cuanto les fuese posible en demostrar lo válido de su teoría, no le quepa duda.

—Pero es monstruoso. Usted actuó en legítima defensa, luchó por su vida, y, accidentalmente, por su propio afán homicida, Scholl se clavó su arma...

—Es lo que usted sabe. Y lo que sé yo. Pero, desgraciadamente, no somos dos personas honorables, cuya palabra sea ley ante un jurado. Somos dos seres extraños, a quienes difícilmente creería nadie.

—Yo no estoy loca, no piense tal cosa. Soy una mujer sana, mentalmente equilibrada, lo juro...

—No necesita convencerme a mí, sino a ellos. Yo tampoco maté a nadie, pero pagué por ello. Ahora que, de un modo u otro, sí maté a alguien... ¿qué podré alegar? No me escuchará nadie. Y a usted tampoco, por muy sana que esté. La sociedad tiene creados una serie de prejuicios y convicciones previas, en casos como el suyo y el mío. La sociedad nunca escucha. Es sorda a la verdad, a la sinceridad, a lo que no ofrece suficientes garantías o pruebas de verosimilitud. Así están hechas las cosas, y ni usted ni yo podemos cambiarlas, desgraciadamente.

—Pero algo tenemos que hacer. Es preciso...

—Sí, señorita Ross. Algo tenemos que hacer. ¿Quiere que le diga lo que es, lo único que usted y yo podemos hacer, dadas las circunstancias? Una sola cosa: escapar.

—¡Escapar!

—Sí. ¿Lo ha comprendido bien? Huir, ir lejos de aquí.

—Lejos de aquí... Huir... ¿Adónde?

—No sé. A alguna parte. Donde nadie nos relacione con todo esto. Usted es la paciente huida de esa clínica. Cuando encuentren a Scholl, posiblemente la relacionen con él. A mí, no es tan fácil, pero

eso nunca se sabe, cuando existe un sabueso llamado Murdock detrás de uno...

—Huir... —los ojos patéticos de Leilah contemplaron la noche, las luces distantes, los perfiles oscuros de la ciudad—. Sí, eso ya lo estoy haciendo desde que salí de la clínica. Tengo que seguir huyendo, pero ahora, posiblemente, de un nuevo peligro, de una nueva acusación, como es la de homicidio...

—Créame que lamento este final. No he querido complicarle la existencia, sino ayudarla. Cuando vi que ese hombre iba a golpearla...

—Sé lo que siente —sonrió ella dulcemente. Apoyó una mano en su brazo herido, y le miró con ternura—. Señor, gracias por todo. Quienquiera que usted sea, muchas gracias. Me salvó de morir. No le engañé entonces. Iba a golpearme para subirme luego a ese edificio y lanzarme desde allí, simulando un suicidio.

—La creo. Vi su mirada durante un momento, fijándose en ese edificio, y supe que usted decía la verdad. Ese hombre tenía la muerte en los ojos.

—Nunca olvidaré que me salvó la vida. Ahora, supongo que hemos de separarnos...

—Sí, eso imagino —sonrió Matt—. Llevamos diferentes caminos. Usted no iría a ninguna parte, al lado de un ex convicto, que se ha mezclado en otro homicidio.

—Ni usted iría lejos, junto a una mujer a quien todos califican de enferma mental, huida de un sanatorio para locos. Es mejor que se vaya solo, créame. Yo únicamente soy un estorbo.

Matt la miró, muy fijo. Observó su palidez, sus temblores en las comisuras de los labios, su aire de mujer inerme, perdida en un laberinto demasiado terrible para ella. Súbitamente, Lester habló con decisión:

—Mire, vámonos de aquí. Los dos.

—¿Los... dos? —dudó ella, sorprendida.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Conozco un bar, no lejos de este sitio. Acostumbraba a estar abierto por las noches, hasta muy avanzada la madrugada. Ahora, no sé. Lo frecuentaba gente rara, heterogénea y diversa. Donde nadie miraría nuestras ropas, nuestras manchas o nuestro aspecto. Puede tomar allí algo caliente y, después, ir a algún sitio seguro para pasar la noche. Mañana, ya de

día, verá lo que elige, aunque lo mejor será, sin duda, dejar la ciudad. Si no, tarde o temprano ellos darán con usted: bien su familia o los enfermeros del doctor Strauss... o la policía.

—Sí, creo que tiene razón —se estremeció ella.

—Claro que la tengo. Ahora, venga conmigo. No tenemos que andar mucho..., si es que ese bar continúa abierto. Y conociendo a Baiyan, es seguro que sí. Siete años son poco tiempo para cambiar a ese viejo zorro, a no ser que esté muerto.

—¿Baiyan?

—El dueño del local. Un viejo armenio, inmigrante en los años treinta, mezclado con el hampa en la Ley Seca, y superviviente de los antiguos tiempos del gangsterismo. Una buena pieza, como su clientela. Pero no tema; allí estará segura, por el momento. Mucho más que deambulando por las calles...

—Está bien —asintió ella débilmente—. Iré con usted a donde sea. No creo que, después de todo, las cosas puedan ponerse peor de lo que están...

Capítulo

V

UNIDOS

LEILAH ROSS levantó su copa, de un indescriptible color verde esmeralda, con vetas rosadas. Sonrió, al llevarla a los labios. Bebió lentamente. Paladeó el licor, volviendo a dejar la copa en la mesa. Luego, afirmó, aprobadora.

—Usted tenía razón —admitió—. Es excelente.

—Se lo dije —Matt también sonrió, acariciando el borde de su propia copa con el dedo índice—. Baiyan tiene el secreto de fórmulas ideales para combinados. Nadie hizo nunca mezclas tan raras ni tan sabrosas. Y, que yo sepa, hasta hoy nadie murió envenenado.

Leilah se echó a reír, y Matt la coreó, con expresión risueña.

—Es usted sorprendente —declaró ella, de súbito.

—¿Yo? —pestañeó Lester, sorprendido.

—Sí, sí. Usted logra, a veces, hacerme olvidar lo que está sucediendo. Lo que me está sucediendo a mí concretamente, señor Lester...

—Por Dios, no me llame señor Lester —protestó Matt—. No me

gusta esa forma de trato. Aunque he perdido siete años en una prisión, no soy viejo todavía. No merezco tanto respeto. Mi nombre es Matt. No resulta difícil recordarlo.

—Perdone. Le llamaré Matt, si le gusta más así. Pero usted tampoco debe olvidar que mi nombre es Leilah.

—Conforme, Leilah —la contempló con simpatía—. Virtualmente, no nos conocemos de nada. Y casi somos amigos.

—La vida tiene esas cosas extrañas, Matt —convino ella—. Hace un cuarto de hora, ni siquiera sabía que existiera un hombre llamado Matt Lester en el mundo. Y yo iba a morir, lanzada desde lo alto de un inmueble en construcción. Ahora, sólo unos pocos minutos más tarde, los dos somos amigos... y el hombre que iba a asesinarme yace sin vida donde hubiera estado ahora mi cadáver, poco más o menos. Es increíble.

—Increíble... —Matt entrelazó sus manos, meditativo—. Muchas cosas hay increíbles, créame. Aquí me tiene a mí ahora. Acabo de salir de una pesadilla de años, gano mi libertad... y todo termina apenas empezado, con la muerte violenta de un hombre, a mis propias manos. Murdock tenía razón. Siempre se vuelve allá...

—¿Murdock?

—Usted no lo conoce. Vale más así. Es un policía obstinado, férreo, intolerante. Me detesta, y no trata de disimularlo. Será muy feliz llevándome de nuevo al lugar de donde salí hoy, pensando no regresar jamás.

—Y usted..., ¿va a dejarse llevar de nuevo?

—Fatalmente, tendré que hacerlo. O morir en la calle, bajo las balas de la policía, estúpidamente sacrificado.

—Usted puede explicar lo sucedido. Comprobarán que...

—Comprueben lo que comprueben, soy un convicto de otro delito de homicidio. Los antecedentes pesan mucho en estas cosas, Leilah. Ni siquiera querrán escucharme o ver las circunstancias atenuantes. Sencillamente, me condenarán.

—Es vergonzoso que ocurran cosas así... ¿Cómo fue su anterior delito, el homicidio por el que le condenaron?

—Ni siquiera existió ese homicidio. Al menos, no lo cometí yo. Un hombre, un greco-americano llamado Nick Hammer, murió violentamente. Se halló su cuerpo, con varias balas, en un almacén incendiado, cerca de los apartaderos ferroviarios. Le identificaron

fácilmente, pese al fuego, y probaron que Nick y yo habíamos tenido una fuerte pelea poco antes. Eso era cierto. Y yo conocía el almacén de los apartaderos del ferrocarril, donde él guardaba sus productos de contrabando y cosas así. Hammer estaba asociado con un tal Caddox, para el que yo trabajaba. No sé si fue cosa de Caddox o no, pero lo cierto es que alguien incendió el almacén y liquidó a Hammer. No fui yo. Pero no tenía coartada, estaba el detalle de nuestra pelea de aquella noche, y el hecho de que yo hubiera sido visto no lejos del sector de los apartaderos, cosa de unos minutos después de prenderse fuego al almacén.

—¿Por qué estaba usted por allí?

—Bueno, es..., es una vieja historia —comentó Matt, evasivo—. Había una chica, por la que yo estaba un poco chiflado entonces. La acompañé a su casa, pasé cerca de allí a mi regreso, y vi el fuego del incendio. Cuando creí advertir que se trataba del almacén de Hammer, no quise líos y me alejé apresuradamente. Alguien me vio. Fue un detalle más contra mí. Luego, para completar el cuadro, una persona, aún no sé quién, metió en mi domicilio un maletín con dinero. Era de Hammer, e incluso tenía sus iniciales sobre la piel. Aparecía chamuscado en algunos puntos, y sin duda fue sacado del incendio por el asesino, para dejarlo en mi casa y culparme de ello. Hammer tenía un socio, un tal Conrad Lorne, de quien yo sospeché en principio. Pero Conrad desapareció como tragado por la tierra, y la última referencia que tuve de él, por otro presidiario, es que un tal Conrad Lorne había salido del país con documentos falsos, con destino a Sudamérica.

—¿La policía no intentó localizarle, dar con él?

—La policía tenía en mí a su asesino ideal, ¿para qué querían más? No se esforzaron en indagar más, no se preocuparon más que de cerrar sobre mí su cepo, cosa que lograron fácilmente. Caddox me retiró su apoyo, la chica no confirmó mi coartada. Y me hundí. Me hundí totalmente.

—Pobre amigo mío... —Leilah le contempló con simpatía, con ternura—. No es justo que ocurran cosas así. Y tampoco es justo que, precisamente usted, haya tenido que cruzar su destino con el mío, en una noche como hoy...

—Olvídelo —Matt se encogió de hombros—. Son cosas que fatalmente ocurren, sin que uno sepa evitarlo. Hábleme de usted

ahora, Leilah. ¿Qué espera hacer?

—No lo sé, Matt —le miró fijamente, con cierta angustia—. Supongo que..., que no creerá realmente que estoy loca, ¿verdad? No pensará que le hice víctima de un engaño y que, realmente, soy una enferma que debe estar recluida...

—Si pensara eso, no la habría ayudado —la contempló y movió la cabeza de un lado a otro—. No, no es la mirada de una loca. Ni su actitud, ni su modo de obrar. Lo mismo que yo soy inocente, y nadie lo cree, usted puede estar sana, aunque nadie lo acepte. En cierto modo, nuestro problema es el mismo. Somos afines. No es tan ilógico que nos hayamos encontrado, solos ambos en la ciudad..., en el mundo, en todas partes.

—Mi tío Harold... Él tuvo la culpa de todo. Harold, y mis primos Simon y Betsy... —comenzó Leilah con voz grave—. Sospechaba que harían algo, con tal de desposeerme de mi fortuna. Y lo hicieron. Empecé a sentir extrañas manías, me hice irritable y me excitaba por cualquier cosa. El mal fue en aumento. Entonces no sabía que me drogaban lentamente, en las comidas. Pensé que era todo un desarreglo nervioso. Pero me inquietaban ellos, su modo de mirarme. Empecé a desconfiar. Y las gentes iniciaron sus murmuraciones. Yo estaba enferma, yo tenía manías persecutorias, creía que mi honesta y noble familia eran mis enemigos... Gradualmente, empeoré al verme aislada, rodeada de la incredulidad, de la suspicacia ajena. Vincent, otro de mis primos, no se mezclaba en nada, pero su propia forma expectante de ver las cosas me resultaba extraña, inquietante. Un día, tuve una crisis, no sé si porque mis nervios me traicionaban ya, o porque ellos elevaron la dosis de droga. Lo cierto es que me encontré de repente sometida al examen del doctor Strauss, un médico a quien yo no conocía, y que tío Harold aseguraba que era una eminencia en psiquiatría.

—Y la internaron en su clínica.

—Sí. Lo cierto es que al principio pensé que Strauss obraba de buena fe y creía en mi locura. Cuando ya era tarde, cuando ya estaba dentro de su establecimiento maldito, descubrí que todo formaba parte del complot, que Strauss es un médico indigno, que se vende a los que desean deshacerse de forma aparentemente legal de un familiar rico. Ese es mi caso. Lo perdí todo, y ellos controlan

ahora mis bienes, al estar yo declarada insana mental, incapacitada para administrar mi fortuna.

—Su situación es aún peor que la mía, Leilah.

—No diga eso. Usted tampoco ha encontrado fe ni justicia en los demás.

—Hacemos una pareja excelente —comentó Matt con ironía—. Ni siquiera podemos ayudarnos mutuamente. ¿Quién la escuchará a usted, o quién me creerá a mí? Vivimos prácticamente al margen de la sociedad. Todo lo que nos rodea nos es adverso, hostil, y está erizado de peligros.

—Sí, Matt... —contempló el verde licor de su copa, como si allí dentro, en su denso líquido esmeralda, estuviese la explicación de tanta adversidad. Luego, movió la cabeza con pesimismo, y murmuró con voz lenta—: Y ahora..., ni usted ni yo sabemos qué hacer.

Matt asintió en silencio, sin lanzar ningún comentario. Pero era obvio que estaba de acuerdo con ella. Ninguno sabía qué hacer. Y, lo que era peor, posiblemente ni siquiera tenían nada que hacer.

Nada, salvo esperar. Esperar lo peor.

O no esperar nada.

—Hola, viejo amigo. ¿Cómo va ese combinado especial de la casa?

La voz chillona, jovial y amable, de leve acento extranjero, hizo alzar la cabeza a ambos. Matt sonrió al moreno, ampuloso y expresivo Baiyan, el armenio dueño de aquel local. Chascó la lengua al informar:

—Todo perfecto, Baiyan. Como en los viejos tiempos. ¿Qué nombre diste a esa especie de néctar de los dioses?

—«Sueño verde» —rió alegremente Baiyan—. Bien elegido, ¿no?

—Aún no me acosté a dormir —replicó Matt, risueño—. Te lo diré mañana.

—Viejo zorro de Matt Lester —le palmeó Baiyan, amistoso. Luego, guiñó un ojo a la joven—. Siempre tan agudo, tan simpático... y con una chica bonita al lado. Las largas vacaciones no te cambiaron los gustos ni el buen humor, ¿eh, Matt?

—Exacto. Nada cambia a los viejos camaradas ni sus costumbres, Baiyan. Por cierto, amigo, tengo algo que preguntarte.

—Dime, Matt. Todas tus preguntas tienen respuesta mía. Soy tu

amigo.

—Gracias, armenio. Sé que puedo confiar en ti. ¿Han venido policías por aquí, en los últimos minutos?

—¿Policías? —Baiyan se echó a reír, mirando a su alrededor, más allá del pequeño reservado entre cortinas rojas, uno entre la docena de ellos que había en el Viejo Armenio, el club que tampoco había cambiado en siete años de paréntesis—. Bueno, no he visto a ninguno desde ayer, si es eso lo que quieres decir. Aunque todo depende, claro está, de lo que tú llames policías.

—No te entiendo...

—Aquí hay un policía ahora. No lejos de este reservado, Matt.

—¿Quién es? —Lester se puso rígido.

—No temas. No es nadie que pueda traerte complicaciones, créeme. Es otro de los viejos camaradas. Un amigo.

—No tengo amigos en la policía, Baiyan.

—Ese sí es tu amigo. Y mío. ¿Olvidas de quién hablo? Del viejo Efraim Nyers.

—¡Nyers! —exclamó Matt, sorprendido—. ¿El sargento Nyers?

—¿Sargento? Tú hablas de entonces, Matt. No, ya no es sargento.

—¿Qué es, entonces? ¿Teniente, como Murdock? ¿Acaso capitán, por veteranía?

—Ni una cosa ni otra. Policía raso. Sin graduación.

—¡No es posible! Era sargento hace siete años, como Murdock...

—Pero él no prosperó como Murdock. No, Matt. El viejo Nyers se hundió. La bebida, Matt.

—¿Bebida? Bebía ya como un cosaco por entonces. Desde que su hija Cheryl murió en aquel accidente de automóvil. Y nadie pensó en degradarle...

—Luego fue peor. Acuérdate que estuvo de tu parte en el asunto Hammer, para ayudarte. Pero Murdock le venció, logrando condenarte. Nyers se peleó con Murdock en público. Le advirtieron seriamente. Después, siguió bebiendo, cometió errores, volvió a tener un choque con Murdock... y se le degradó. El pobre diablo arrastra por ahí su persona, bebiendo y pasando amarguras. Pobre Nyers... ¿Quieres verle?

—No, ahora no —rechazó Matt—. Otro día, Baiyan. No quiero hacerme ver demasiado por nadie.

—Entiendo. ¿Hay problemas?

—Y serios, Baiyan. Como entonces, soy inocente. Pero me costaría mucho probarlo. No quiero que sepa ningún policía que yo... vine esta noche aquí.

—Conforme, Matt... —allá, en la sala, hubo un campanileo al abrirse la puerta. Luego, una pausa en las voces y ruidos del local. Rápido, el armenio miró al exterior. Luego, su rostro reflejó alarma. Miró a Matt vivamente—. Ellos, Lester.

—¿Policías? —Matt se irguió a medias, alarmado.

—Sí. Son tres. Vienen buscando algo, los conozco.

—Cielos, registrarán todo esto... —musitó Leilah, muy pálida.

—No se preocupen —atajó Baiyan—. El viejo armenio tiene salida para todo...

Entró definitivamente en el reservado. Hizo alzar, con un vivo gesto, a Leilah. Luego, se inclinó sobre el sofá. Lo alzó. El tapizado era una tapa perfectamente ajustada. Dentro, un compartimiento, como un ataúd. Pero era algo más. Baiyan presionó el fondo. Cedió también, apareciendo un fondo oscuro. El armenio lo señaló.

—Por ahí —dijo—. ¡Rápido!

—¿Adónde conduce? —se intrigó Matt.

—No hagas preguntas. Id por ahí. Es buen sitio. Sólo que, aunque no te guste, verás a un viejo amigo, pero eso será todo... ¡Vamos, pronto!

Matt hizo pasar delante a Leilah, y él la siguió rápidamente, encontrándose en una especie de estrecho pozo descendente a un sótano repleto de botellas, cajas, envases polvorientos y cosas parecidas. Arriba, la tapa se cerró, al ajustarla Baiyan. Era difícil que los policías dieran con él.

Alcanzaron el suelo húmedo, polvoriento, bajo la luz de una solitaria bombilla, encerrada en una caperuza de alambre enrejado. Se movieron a través del sótano, en dirección a una puerta. La abrió Matt cautelosamente. Asomó la cabeza.

Entonces supo por qué habló Baiyan de un viejo amigo. Le vio ante sí, y le reconoció enseguida, aunque estaba tremendamente envejecido, como si, en vez de siete, hubieran sido veinte los años transcurridos desde entonces.

Él también le vio. Y, asombrado, le identificó sin lugar a dudas, abriendo mucho los ojos:

—Eh, diablo... Tú, muchacho... ¡Matt, Matt Lester en persona...!

Y fue hacia ellos, extendiendo la mano. Pero, antes de llegar, trastabilló violentamente, y se vino al suelo con estrépito.

Leilah miró a Matt. Este asintió, con gesto elocuente.

—Sí, ahora entiendo a Baiyan. Es Nyers. Efraim Nyers, el sargento de policía degradado...

* * *

Leilah Ross contempló el lugar a donde habían ido a parar, en el sótano del armenio.

Era una especie de pequeño bar, reservado sin duda a clientes habituales, pero que no querían ser vistos. Una pequeña barra, unas estanterías con licores, unos taburetes, una mesa y cuatro sillas tapizadas. Eso era todo. Eso, y una iluminación discreta y suave.

Un joven barman, tras el mostrador, atendía a un teléfono de comunicación interior, tras la barra del bar. Asintió, tras escuchar algo, y miró a Matt y a su compañera, sin hacer ningún caso del hombre caído en tierra.

—Ustedes son los amigos de Baiyan, ¿no es cierto? —y afirmaba más que preguntaba—. Síganme, per favor. Les sacaré de aquí.

—Gracias, amigo —Matt contempló al inerte Nyers—. ¿Y él?

—Oh, déjelo. Siempre está igual. Es un borrachín asqueroso. Pero Baiyan le protege y le ayuda. No tiene que preocuparse por él.

—Se equivoca, muchacho —replicó Matt secamente—. Uno siempre se preocupa por los viejos amigos. Y Nyers lo es...

Se inclinó. Giró el cuerpo de Efraim Nyers, el antiguo sargento de Homicidios, ahora convertido en un vulgar agente de paisano, prestando cualquier servicio rutinario en los suburbios. Y de esos servicios, muchos ni siquiera llegaría a prestarlos, ahogado en alcohol. Contempló sus cabellos canosos, su nariz enrojecida, su rostro, que alguna vez fue inteligente y enérgico, ahora embrutecido por el alcohol. La boca crispada, resoplando, medio en la inconsciencia de su embriaguez.

—Matt, muchacho... —farfulló entre dientes, mirándole con ojos turbios, enrojecidos y vacilantes—. Matt, hijo... Cuántos años... ¿Quién es ella? ¿La conozco?

—No, no la conoce, sargento —sonrió Matt, mirando de reojo a su compañera—. No la vio nunca, antes de ahora. Pero eso no importa ahora. Es usted quien importa. ¿Qué hace aquí, en ese

estado?

—Oh, Matt, hijo, las cosas han cambiado con los años. Han cambiado mucho... —le guiñó un ojo, tratando de ser malicioso, y resultó amargo, desgarrador, casi patético—. Casi valió la pena que permanecieras esos siete años lejos de todo esto... No estuviste peor que nosotros, créeme... ¿Me llamaste antes sargento? Olvídalo, muchacho. Ya no soy nada. Sólo un policía sin graduación, un agente que cualquier día será vestido de patrullero otra vez..., o despedido del Cuerpo con un plumazo.

—Nyers, usted siempre será para mí el sargento. Le recordaré así toda la vida. ¿Recuerda aquella última vez que nos vimos? Usted dijo que Nick Hammer era un hijo de perra, un maldito traficante en drogas, y que estaba bien muerto, fuera quien fuese su asesino. Que, de no morir, nunca le hubiera podido condenar nadie por sus crímenes. Primero pensó que yo era realmente culpable, y me felicitó por tal obra de justicia. Luego, comprendió que nada tuve que ver con el incendio y el asesinato en el almacén de contrabando de Hammer... y trató de ayudarme, de sacarme del lío, con todas sus fuerzas. Pero Murdock era más fuerte que usted. Venció, y me hizo condenar. Usted siguió ayudándome, pero ya nada pudo hacer. Gracias por todo aquello, Nyers. Nunca lo olvidé.

—Oh, muchacho, deja todo eso —agitó una mano nerviosamente—. ¿Qué diablos haces por aquí? Si utilizas esta salida, es que Baiyan quiere sacarte las castañas del fuego. ¿Qué ocurre arriba?

—La policía...

—Oh, la policía... Entiendo —hubo un sarcasmo astuto en su rostro. Intentó levantarse, apoyándose fuertemente en Matt. Fracasó al principio, y Matt creyó que sería definitivamente. Pero no fue así y, con un poderoso esfuerzo de voluntad, logró rehacerse y ponerse en pie, como un titán en su último y desesperado afán—. Bien, salid de aquí, muchachos. Ellos nunca descubrieron el acceso al sótano. No creo que ahora lo hagan, pero por si acaso...

—Sí, Nyers. Nos veremos en otra ocasión —Matt palmeó su espalda con energía—. Adiós, amigo. Viejo amigo...

—Un momento. ¿De qué escapáis tú y esa linda chica que te acompaña? —se interesó el viejo policía beodo.

—Sería largo de contar. Ella tiene una familia que quiere recluirla. Yo, acabo de salir libre. Pero ya me metí en líos, aunque

no tuve culpa alguna. Sólo que Murdock y los demás nunca nos creerían. Esa es la cuestión, Nyers...

—Oh, sí. «Esa es la cuestión... Morir, dormir, no sé...» —recitó, torpe, pesadamente a Shakespeare. Luego tosió, eructó con fuerte olor a ginebra. Miró paternalmente a Matt Lester y a la muchacha—. ¿Problema para ocultaros de mis entrañables amigos del departamento?

—Alguno, sí —sonrió Matt gravemente—. Y nada fácil de resolver...

—Id a ver a un buen amigo. Vive en..., en North River Side. Creo..., creo que es el número..., el número 211... Sí, eso es: 211. No tiene pérdida. Parece un templo, una iglesia. Y, en cierto modo, lo es. No es muy buena gente. No es la mejor del mundo, la verdad, aunque lo parezca. Pero ayudan a la gente que tiene problemas. Di que vas de mi parte. Te ayudarán, seguro. Suerte, Matt...

—Gracias, Nyers. Gracias otra vez. Iré a ver a tus amigos de North River Side. Nada puede ser peor que deambular por ahí, perseguido por la policía —miró de reojo a la joven Leilah—. Y de otras gentes aún peores...

Palmeó con fuerza a Nyers en la espalda, y él eructó de nuevo, yéndose a trompicones hacia la barra, donde pidió a voces una ginebra. El barman indicó a Matt una puertecilla al fondo, medio cubierta por una cortina verde. Matt tiró de Leilah Ross.

Y se dirigieron a la salida, dejando allí a Nyers con su alcohol.

Capítulo VI

LOGIA

ERA alto. Muy alto. Tenía arrogancia y vestía con cierta dignidad sus ropajes, pese a lo anacrónico de los mismos. La túnica egipcia, larga y rematada por bordados faraónicos, el inevitable símbolo de la cruz sobre el tórax, los motivos ornamentales que recordaban a la muerte

El hombre de ropas suntuosas avanzó hacia ellos.

Leilah parecía impresionada, y contemplaba con fascinación a aquella imagen viviente, extraña e inquietante, que se movía en dirección a ellos, con aire sobrenatural casi.

—Señor, buscamos protección, asilo —habló ella, de repente—. Sólo eso...

—Protección... Asilo... —el hombre les miró como sorprendido. O dolido acaso—. Entiendo. Apuros, problemas, dificultades... Acaso peligros allá afuera, en la calle, en la ciudad, en la noche...

—En la noche —repitió Matt fríamente—. Sí, en la noche, señor...

—No me digan señor —cortó él, ampuloso—. Es demasiado

grave, demasiado hosco, demasiado... distante. Y no deben existir distancias entre nosotros... Porque todos somos hermanos, ¿comprenden? Es nuestro lema, nuestro credo. Todos hermanos. Llámenme... hermano Smenkaré.

—Smenkaré... —Leilah frunció su delicioso ceño, intrigada—. Ese nombre me suena, señ... hermano. Smenkaré fue hijo de Akenatón y de Nefertiti...

—Exacto —los ojos grises, magnéticos, del hombre de ropaje esotérico, brillaron vivamente, con admiración mal disimulada—. Muy inteligente, señorita... Smenkaré fue hermano de Tutankatón, que más tarde reinaría con el nombre de Tutankamón, al variar su terminación «atón» por «amón», al reparar el joven rey la herejía de su padre, y reponer nuevamente como dios del imperio a Amón, y no a Atón, como hiciera Akenatón anteriormente. Pero Smenkaré, que también hubiera sido un buen faraón, murió pocos meses después de su desposorio. Y, por tanto, nunca se supo de lo que hubiera sido él capaz. Yo reencarno su espíritu en nuestro mundo material y mísero de hoy, y he sido designado por los dioses para llamarme a mí mismo hermano Smenkaré, en recuerdo del hermano de Tutankamón. Así lo adepto, y así regento a mis hermanos de todo el mundo, unidos en nuestra fe y en nuestra esperanza de un futuro mejor, inspirado en el amor, el respeto y la devoción a la muerte, como lo hicieron nuestros desaparecidos hermanos del imperio...

Matt no movió un músculo de su rostro, escuchando la fluidez, la facilidad pasmosa de palabra de aquel hombre que, a sí mismo, se hacía llamar hermano Smenkaré. Observó sus cabellos grises, rizados, su expresión enérgica, sus ojos pizarrosos, duros y fríos, su mentón enérgico, la singular blandura y suavidad de su sonrisa y de los movimientos de sus manos, expresivas y cálidas.

Observó todo eso, y se preguntó dónde terminaba la verdad y empezaba la mentira, en aquella logia grotesca y fuera de época que era la del credo egipcio y la devoción a la muerte, bajo la invocación del pobre Osiris.

Una vez más, en el fondo de su cerebro, tintinearón las palabras de Nyers, como un eco lejano y esperanzador, como un asidero para muchas, muchísimas cosas que no podía aún asegurar que estuviesen a su alcance: «Ellos os ayudarán. No son tan buenos

como parecen, pero os ayudarán. Decid que yo os envío». Y Matt lo dijo.

—Nyers nos envía —replicó secamente—. Efraim Nyers, que fue sargento de la policía, hermano Smenkaré.

El hermano casi pegó un respingo. Giró la cabeza. Su rostro afable y dulcísimo sufrió una brusca transformación. Sus ojos penetrantes brillaron con algo parecido a la astucia. Lentamente, asintió después con la cabeza, y entrelazó sus manos sobre el pecho, en mística actitud.

—Entiendo. Nyers... —les estudió casi con desprecio, como si empezara a sentirse defraudado por aquella visita nocturna—. Bien. Síganme...

Echó a andar, decidido. Ya no parecía flotar. Su paso era firme, rudo, muy pegado al suelo. La escenografía, el teatro, la farsa, no tenían objeto, al parecer. No ahora que sabía que ellos iban allí enviados por el viejo Nyers.

Cruzaron la sala tras el hermano Smenkaré. Pasaron junto a las efigies gigantescas y bien iluminadas de Osiris, Horus y Anubis. Tras ellos, una especie de altar con la cruz, y varios escalones, formaban sin duda el punto cumbre de los conversos. Todo tenía una iluminación cuidada, tenue, capaz de realzar cada ángulo, cada imagen, cada punto de la nave religiosa. La logia egipcia cuidaba sus efectismos.

Pero el hermano Smenkaré no se preocupó ya de todo ello ni de representar su papel esotérico. En vez de ello, parecía un fantoche, un bribón vestido estrafalariamente. Y, tal vez, en el fondo, eso es lo que era.

—¿De qué escapan? —preguntó, de repente, sin girar la cabeza hacia ellos, como si no le importara la respuesta. Pero Matt estaba bien seguro de que mantenía su oído alerta.

—Problemas —explicó Matt, mirando de soslayo a su compañera significativamente, para que ella no hablase antes de tiempo—. Problemas diversos, hermano. Yo, con la policía. Ella, con unos rufianes con título de médicos.

—Entiendo. Problemas —chascó la lengua, como si eso lo explicara todo—. Bien, aquí estarán seguros. Si el viejo Nyers lo dijo, ustedes estarán seguros. Es un buen amigo. Siempre fue un buen amigo.

—Sí, por eso estamos aquí. Por eso le pedimos asilo.

—Nosotros siempre damos asilo a los amigos. Ustedes son mis amigos ahora. Los amigos de todos nosotros, los hermanos de Osiris.

—No pensamos hacernos adeptos, Smenkaré, o como usted se llame —le avisó Matt—. Sólo queremos protección por esta noche. Nada más, ¿entiende? Yo no creo que llegue a ser nunca un fiel creyente en la eterna noche de sombras de Osiris. Perdería su tiempo tratando de inculcarme eso. Sólo temo, por ahora, a las sombras de esta vida, de este valle difícil por el que estoy caminando en estos momentos.

—¿Y qué significa todo eso, comparado con el valle sin fin de los muertos? —Smenkaré se encogió de hombros—. En fin, ¿para qué seguir? No me escucharía. Ni me entendería.

—Tal vez yo sí —aceptó Leilah.

—Leilah, por favor... —rogó, rápido, Matt, oprimiendo su brazo.

—Oh, usted... —el sacerdote la estudió de reojo, pensativo. Luego, miró con cierta dureza a Matt. Hizo un gesto de escepticismo—. Bueno, no creo que él la deje escucharme. No ahora, desde luego...

—No, desde luego —confirmó Lester—. No ahora.

No hablaron más. Rodearon la escalera de piedra y el altar. Había una especie de estrecho corredor detrás. Y una puerta en él. Una puerta con pinturas egipcias y relieves policromados de Akenatón y las divinidades. También Nefertiti aparecía allí, con su peculiar perfil, su tocado, su extraño peinado, su fascinante y rara belleza.

Smenkaré la abrió sin ninguna ceremonia, y entraron en una sala oscura. Su guía oprimió un botón de luz, en el muro, y luego cerró la puerta tras ellos.

El lugar era impresionante.

Pinturas murales, aparentemente gastadas o descoloridas por el tiempo. Reproducciones perfectas de pinturas halladas en tumbas egipcias. Todo eso... y dos grandes sarcófagos recubiertos totalmente de pinturas policromadas, bellísimas y reducidas, como en miniaturas delicadas, de gran belleza, decorando las tapas en relieve de los dos elementos funerarios.

—Cielos, una tumba... —susurró Leilah, con un escalofrío.

—Una tumba egipcia auténtica —asintió el sacerdote, orgulloso

—. Bueno, casi auténtica. En realidad, es una copia perfecta de la tumba de Seth I. Con ligeras variantes, claro.

—¿Y... los dos sarcófagos? ¿Qué contienen?

—Nada —rio él—. Momias. Lo que se espera que contengan.

—¿Legítimas? —indagó Matt.

—No, claro que no —los ojos fríos, metálicos, del singular personaje, se clavaron en él—. ¿Usted esperaba que lo fuesen?

—Por supuesto que no —convino Matt, con un encogimiento de hombros—. Pero me pregunto si esto conduce a algún sitio realmente seguro..., que no sea el interior de esos sarcófagos.

—Eso es gracioso... —masculló el hombre, sin saberse si lo decía realmente en serio—. O, al menos, usted piensa que lo es, ¿no?

—No lo decía por eso. ¿Hay realmente una salida?

—La hay —afirmó rotundo el hermano—. Ahí.

Y señalaba los dos sarcófagos. Justamente lo que Matt había esperado que hiciera.

* * *

Los sarcófagos.

Eran realmente un refugio. Al menos, el camino a ese refugio.

No eran tales sarcófagos. Como los asientos de Baiyan no eran tales asientos, en el reservado donde estuvieran sentados poco antes.

Las momias, como dos esperpentos recubiertos de vendajes, reposaban contra la pared. Los ataúdes mostraban su plano fondo ahora. Y él lo señalaba, ante la aprensión de ella y la curiosidad de Matt.

—Entren, enseguida —invitó Smenkaré—. ¿No quieren evadirse, muchachos? ¿A qué esperan, entonces?

—¿Por... ahí? —musitó Leilah.

—Por ahí, sí —afirmó él—. No tiene por qué tener miedo.

—No tengo miedo. Me pregunto adonde conduce.

—Lo verá enseguida. Es una salida, señorita. Una salida que nadie conoce. Nadie, excepto yo. La policía no les encontrará. Los médicos, tampoco.

—Bien, Leilah —suspiró Matt—. Hay que decidirse. Vamos allá. Recuerde que hay que tener fe...

—Fe... Empiezo a preguntarme en qué...

—Ante todo, en nosotros mismos —sonrió Lester, con cierto

cinismo. Y la animó, con un nuevo ademán invitador, señalando los féretros egipcios—. Adelante, amiga mía. Vamos hacia el valle de las sombras de Osiris. Hacia su eterna noche, donde las almas viajan en pos de su salvación, con barcas, amuletos y todo eso.

—Dios mío... —susurró ella—. Si nunca estuve realmente loca, creo que ahora terminaré estándolo de veras.

—Es una dura prueba —sonrió Matt—. Pero estoy seguro de que la pasará. Usted es tan normal como yo, Leilah. Y eso es lo importante...

Ella hizo un gesto dubitativo. Luego, avanzó, decidida, hacia los féretros egipcios. Se tendieron uno en cada uno de ellos. El hermano Smenkaré hizo un ademán con su mano, de cómica despedida. Finalmente, dejó caer esa mano. Pulsó un resorte, una simple moldura en uno de los ataúdes.

—Suerte, amigos —dijo.

Y el fondo de ambas cajas de difuntos cedió.

Matt Lester se sintió deslizarse por una rampa en sombras, una pendiente resbaladiza y suave, por la que iba a alguna parte, pero no podía saber adónde. En su mente, hubo un resquicio de recuerdo para Leilah, que sin duda estaría siguiendo un viaje parecido. ¿O tal vez no?

La oscuridad se hizo más completa, rampa abajo. Su cuerpo bajaba con, suavidad, sin brusquedades ni violencia. El suelo de la rampa, muy pronunciado, debía de estar tapizado de algo blando, quizá espuma, para evitar el roce doloroso.

Finalmente, hubo un choque más brusco. Matt se detuvo en alguna parte.

Se incorporó lentamente. Le dolía el cuerpo. Y las sienes. Pero no por culpa de la caída por el tobogán de oscuridad, sino por la paliza recibida aquella noche.

El lugar donde se hallaba olía a humedad. Tanteó en la sombra. Tenía fósforos en un bolsillo. Podía utilizarlos, pero se preguntó si sería prudente. El hermano Smenkaré nada le había dicho al respecto, de modo que los utilizó. Era necesario saber dónde se hallaba.

El fósforo tardó en encenderse. Quizá estaba nervioso, más de lo que él mismo creía. Caminó lentamente.

Era un sótano o subsuelo de muro de ladrillos. El suelo aparecía

húmedo. Caminó por él, hacia el fondo donde se descubría una puerta. Miró alrededor, buscando por todas partes a Leilah. No la encontró. Adondequiera que ella hubiese ido, no era aquel mismo lugar.

Estaba completamente solo. Empezó a sentir inquietud. Otra vez la frase de Nyers le preocupó, como un eco lejano e inquietante: «Ellos no son tan buenos como parecen...»

Pero iban a ayudarles. Él mismo estaba ileso, aunque bien podía ocurrir que estuviera prisionero, que aquella puerta no se abriese en modo alguno...

Se abría. A Matt Lester sólo le costó tirar de ella ligeramente, tras mover un pestillo. La puerta cedió. Estaba libre.

Vio ante sí el cabrilleo de las luces en una superficie oscura y ondulada. Algo flotaba en ella. Identificó ambas cosas. Agua y una canoa. Se estremeció. ¿Acaso la piragua funeraria de las almas egipcias, por el valle de las Sombras?

Apartó de sí la idea, por ridícula. Asomó, tratando de saber dónde estaba. Una voz siseó en la oscuridad:

—Aquí, amigo. Por aquí... Cuidado, no vaya a caerse. El embarcadero está resbaladizo...

El embarcadero. Entonces imaginó dónde estaba. El río. Un buen medio de evasión, al menos por el momento. Sobre todo, si existía una embarcación. Pero faltaba alguien: Leilah.

Matt tanteó, moviéndose en la oscuridad. Las luces estaban lejanas, al otro lado del río. Eran de los embarcaderos y *docks*. En esta margen ribereña no había nada. Sólo la barca. Y el hombre que le avisó.

Pudo descubrirlos, al fin, con cierta claridad. Nada, más lejos de la piragua de los muertos. Era una moderna canoa a motor, pintada de color gris. Muy útil por la noche, en una zona poco iluminada. Se preguntó para qué utilizaría la logia de Osiris un procedimiento así. Tal vez se ocupaban en esconder a fugitivos de la ley o del hampa. Podía ser productivo, pero él no había dado un solo centavo. Quizá debían favores a Nyers, y eso hacía una excepción de su caso.

El hombre de la canoa no vestía en absoluto de egipcio. Sus ropas eran perfectamente normales; un jersey negro, una gorra de igual color, y pantalones azul oscuros. Se ocupaba en echar gasolina al motor. Le hizo un vivo gesto.

—Vamos, amigo —habló—. No vamos a quedarnos aquí hasta que amanezca.

—Falta alguien —replicó Matt, escudriñando a su alrededor.

—Claro —afirmó el otro—. Siempre es así. Si son dos, siguen caminos diferentes. No se preocupe. Encontrará a su compañero allí a donde yo le llevo.

—Es compañera —rectificó Matt secamente.

—Bien, a su compañera —suspiró el otro, taponando la lata de gasolina y el orificio del combustible—. Eso no importa. Ella habrá salido a otro punto diferente del suyo. Pero las instrucciones siempre son iguales. Ustedes se reunirán en breve, hágame caso.

Matt aceptó su palabra, entre otras razones porque no podía hacer otra cosa. Subió a la barca, y el marinero de ropas oscuras puso suavemente en marcha el motor. Despegaron con lentitud de la orilla, adentrándose en el oscuro río ciudadano. Muy lejano, aparecía el centro de la ciudad, sus luces, sus rascacielos, su centro urbano, brillante y espléndido, tan diferente a aquel oscuro mundo que Matt Lester estaba recorriendo en la primera y larga noche de su libertad.

En su mente, continuaba fija la imagen de ella. De Leilah, la joven casi desconocida, a la que había salvado, al parecer, de una suerte horrible, pero al duro precio de una vida humana, la de un enfermero llamado Scholl.

Mientras la canoa avanzaba, Matt pensó de nuevo en todos los sucesos de las últimas horas, y se admiró de lo poco que sabía acerca de Leilah Ross. Ni siquiera podía estar seguro de que ella fuese normal, de que estuviese cuerda. Los locos, a veces, son diabólicamente astutos para engañar a cualquiera, fingiéndose mentalmente sanos. ¿Era ése el caso de Leilah Ross? ¿Había cometido él realmente un homicidio, al luchar contra Scholl, pugna en la que éste halló la muerte?

Se frotó las sienes. Transpiraba en abundancia, y sentía cierto nerviosismo, una extraña incertidumbre sobre muchas cosas. Ahora que Leilah no estaba junto a él, ahora que la desconocida y bella joven, encontrada en la noche, no ejercía sobre él su singular influjo, Matt Lester no estaba tan seguro de muchas cosas como podía estarlo antes. Y experimentaba una rara, una desconcertante indecisión, una total falta de seguridad en sí mismo. Y en Leilah. Y

en muchas otras cosas...

Matt Lester permaneció en silencio durante la travesía de aquella canoa a motor. Se preguntó cuál sería el punto de destino de las personas que eran conducidas por los miembros de la curiosa logia egipcia, a una supuesta salvación, lejos del largo brazo de la ley y de cualquier otro perseguidor molesto. Nyers parecía seguro de que era un buen procedimiento para huir. Matt esperaba que así fuese. De otro modo, las cosas iban a ponerse más difíciles cada vez.

Consultó su reloj. Eran ya las doce y veinte minutos de la noche. Ya era madrugada. Nunca le habían parecido tan largos los minutos. No es que el nuevo día significase nada especial para él, pero tal vez la luz del sol le ayudase a ver las cosas con más calma, con más seguridad, con más dominio de la situación y de sus emociones e ideas.

—Ya hemos llegado, señor.

Se sorprendió. Parecía enormemente pronto. Volvió a mirar su reloj. Más de las doce y treinta minutos. La travesía había sido más larga de lo que pareciera. Realmente, empezaba a perder la noción del tiempo. Estaba reflexionando tan profundamente sobre muchas cosas, que no se daba cuenta del paso de los segundos, de los minutos. Eran demasiadas preocupaciones. Demasiadas dudas, demasiadas incógnitas.

«Posiblemente, después de todo, soy un enorme tonto que no para de meterse en líos, sin necesidad alguna —musitó para sí, a flor de labios—. Espero que todo esto, al menos, conduzca a alguna parte que no sea la prisión..., o el maldito valle de las sombras del dios Osiris...»

La canoa a motor se pegó suavemente a otro embarcadero. La ciudad quedaba bastante alejada. Al menos, su centro urbano. Aquéllos eran suburbios portuarios, en el estuario del río. Había olor a humo, a carbonilla, a grasas minerales y a muchas otras cosas indefinibles. El agua era oscura y salpicada de ojos grasientos, irisados al reflejar algunas luces.

Matt Lester saltó al embarcadero. Caminó sobre tablas resbaladizas. Se volvió, para despedirse de su guía. Este agitó una mano.

—Buena suerte —le deseó.

—Gracias. No tengo dinero para darle, amigo.

—Oh, olvídalo. No acepto propinas. Sencillamente, ayudo a los amigos de mis amigos. Adiós.

La canoa se alejó de nuevo. Matt Lester se quedó solo en el apartado embarcadero. Recordó lo que dijera el marino: «En su punto de destino le esperará su compañera». Pero allí no había ni rastro de Leilah. Ni de nadie.

Paseó por la orilla, pensativo. Luego, en alguna parte, oyó el ronquido de un motor. Giró la cabeza. Algún camino, carretera o ruta pasaba cerca de allí. Posiblemente, la calle de algún arrabal poco habitado. Era la parte sur de la ciudad, los barrios extremos y despoblados, donde abundaban industrias, factorías y cosas sí, pero no viviendas ni zonas habitadas.

Se acercó al lugar donde sonara el ruido de motor poco antes. Vio el lejano reflejo de unos faros, resbalando sobre una cerca muy larga, de ladrillo, sin duda perteneciente a alguna factoría.

Matt Lester vio pasar un coche. Detrás, venía otro más amplio. Parecía una furgoneta comercial, y llevaba buena velocidad. Sorprendido, observó que reducía su velocidad al llegar a su altura. Luego, terminó deteniéndose junto al bordillo, justamente ante él. Matt se cubrió, intentando ver algo, deslumbrado por los faros.

—Oiga —habló una voz—. ¿Vino usted en la canoa a motor?

—Sí —afirmó Matt.

—¿Es el que necesita ayuda?

—Eso parece, sí. ¿Le envía Smenkaré?

—Él me envía. Vamos, suba. Le llevaré a donde esté totalmente a salvo.

—Espero a alguien más.

—Lo sé. Se reunirán allí a donde vamos, no se preocupe.

Smenkaré hacía bien las cosas. Y sus amigos, también. Matt avanzó, rodeando el vehículo. Era una furgoneta color marrón, sin ningún rótulo o anuncio en su carrocería. El conductor le señalaba la puerta de atrás. Matt llegó a ella. La abrió. Subió al interior de la furgoneta, cerrando tras sí.

Notó cómo arrancaba el coche.

Y, justamente entonces, algo le golpeó brutalmente en la nuca.

Su cerebro pareció estallar, y se sumergió en una vorágine de luces vertiginosas, que terminaron envolviéndole y proyectándole a una sima profunda y negra, donde perdió toda noción de las cosas,

y donde el dolor dejó de serlo, lo mismo que sus dudas y preocupaciones, para todo ello convertirse simplemente en nada. En oscuridad, en silencio, en nada...

SEGUNDA PARTE

MADRUGADA

Capítulo VII

REITERACIÓN

NADA.

Primero, nada.

Después..., casi nada.

Y, al fin, algo. Algo de luz, de conciencia, de sensibilidad, de sensaciones físicas. Y mentales. Y anímicas. Algo de todo. Algo que significaba seguir existiendo. Seguir siendo. En alguna parte, en algún lugar en el tiempo.

Al fin, volvía a ser él, Matt Lester. Volvía a la conciencia, a la realidad, al dolor de su cuerpo, de su rostro golpeado, maltrecho, pisoteado. A la duda a la indecisión de su mente confusa, envuelta en sospechas, en vacilaciones, en profundas incógnitas.

Volvía a sentirse como antes. Antes del golpe, del impacto en la nuca.

Recordó.

Era difícil, pero recordó. El choque en su cabeza... La oscuridad, tras el estallido de dolor, de luces, de insensibilidad. Pero antes hubo algo más.

Sí, hubo algo. Un río oscuro y sucio. Luces difusas. Un camino, una calle, acaso una carretera. Faros de coche. Una voz. Un amigo que lo recogía para llevarlo a algún lugar, a salvo de sus perseguidores. Un amigo que le prometía que ella, Leilah, estaría pronto con él también.

Y después...

Después... la furgoneta. La puerta. El interior. Y algo más. Alguien más, que le descargó el mazazo en la nuca.

Eso había ocurrido.

Sí, había ocurrido. Pero, ¿por qué? ¿A causa de qué?

No se podía explicar las causas. No había esperado ataque alguno. Pero éste había tenido lugar. Le hubiera gustado conocer los motivos de aquella persona desconocida, que le agredió dentro de la cabina posterior de la furgoneta, amplia y oscura.

Se frotó la nuca, y crispó el gesto. El dolor era intenso. Muy fuerte. Llegaba a producirle punzadas lacerantes en las sienes, en los párpados e incluso en su espina dorsal.

Ignoraba dónde estaba y cómo estaba. Todo a su alrededor era oscuro, sombrío. Impenetrable, para ser exactos. Sus sensaciones aún eran confusas. No podía ni siquiera estar seguro de que se hallase tendido, sentado o en pie. Tardó algo en descubrir eso, en darse exacta cuenta de su posición real dentro de aquella masa de espesa sombra.

Estaba tendido. De espaldas sobre algo, posiblemente el suelo o un soporte duro, rígido. Se agitó. No era una cama ni nada blando. Sintió la dureza del lugar en que yacía, al mover su cuerpo.

Tomó impulso. Tenía que averiguar más cosas. Las averiguaría como fuese. Para ello, ante todo, era preciso ponerse decididamente en movimiento. Lo hizo.

Se irguió. Movié los brazos. Pudo hacerlo. Intentó con las piernas. Pudo moverlas. Se puso en pie.

En pie... Vaciló. Se tuvo que apoyar en algo, estirando los brazos. Encontró algo. Una pared, un muro. Sus manos se aferraron. Su cuerpo tomó fuerzas, y recuperó el equilibrio, hartamente precario y difícil, tan sólo un momento antes.

Respiró hondo. Esperó unos instantes, y trató de caminar en la oscuridad. Lo hizo bastante bien. Luego, se animó. Dio otros pasos, unos pocos, apenas cuatro o cinco.

Sonrió, aliviado. Podía caminar. Tenía terreno. Y fuerzas. Dio un paso más. Y otro.

De repente, tropezó. Tropezó con algo blando y pesado, cruzado en su camino de sombras. Cayó.

Cayó de bruces. Juró entre dientes furiosamente, sin poderlo evitar. Ni pudo evitar los juramentos, ni siquiera la caída.

No se hizo daño. Aquello blando y pesado había frenado su impacto contra el suelo. Agitó los brazos, irritado consigo mismo, y logró palpar aquello, lo que quiera que fuese. Tocó tejidos, ropas. Y algo más. Algo líquido. Viscoso, espeso, pegajoso a sus dedos.

Sintió asco, repugnancia, aun ignorando lo que ello pudiera ser. Pegó un respingo, y retrocedió en la oscuridad, en el suelo, perdiendo contacto con la forma pesada y amorfa. Se puso de rodillas. Luego, en pie. Jadeó, con la mano mojada por aquella especie de mermelada o pulpa azucarada. La apoyó en la pared.

Providencialmente, no halló el liso muro de ladrillos. Encontró algo más. Un saliente. Una especie de rectángulo frío y rígido. En medio, un botón.

Lo tanteó. Luego, lo pulsó.

Fue cegador.

Luz, mucha luz. Intensa luz, derramándose a raudales sobre él, como una catarata deslumbrante. Se tapó los ojos con ambas manos y volvió a mascullar juramentos entre dientes.

Por fin, Matt Lester separó los dedos de sus ojos, acaso por sentir la pegajosa adherencia de aquella materia húmeda, viscosa, repelente. Soportó como pudo el torrente de claridad, que al final no era tanto. Esa luz osciló, volteó al moverse él. Y osciló su sombra, como un fantasmagórico ballet.

Pudo, al fin, soportar la visión luminosa. Sólo una bombilla, bastante potente, colgada del techo. Con una pantalla de celuloide azul cobalto. Y nada más. Eso había sido todo.

La luz reveló cosas. Cosas horribles.

En primer lugar, el amasijo de tela a sus pies. El cuerpo pesado, blando, amorfo.

Un cuerpo humano. Un hombre. Un hombre vestido de azul oscuro. Un hombre con la cara terriblemente pálida, terriblemente cérea. Un hombre muerto, con sus vidriosas pupilas claras, fijas en el techo de la estancia, en la luz, acaso en la sombra de Matt Lester,

que él jamás podría ver.

Un muerto.

Y sangre... Mucha sangre. En su americana, en su chaleco de punto, en su camisa cruda y en su corbata beige.

Sangre en aquel cuerpo. Sangre en sus dedos. Sangre, como un estallido rojo ante sus ojos dilatados, perplejos, estupefactos.

No sabía dónde estaba. No sabía lo que podía haber sucedido. No sabía absolutamente nada de nada.

Lo único que realmente sabía es que aquello que yacía a sus pies era un cuerpo humano. Que aquel cuerpo no tenía vida alguna. Y que la sangre había fluido de una tremenda herida sobre su pecho. Una herida de la que asomaba el mango largo y niquelado de unas tijeras. Unas enormes tijeras...

Matt Lester se inclinó sobre el caído. Una imprecación ronca escapó de sus labios crispados. La incredulidad, el estupor más profundo, asomó a sus ojos. Retrocedió, dando unos pasos, tambaleante.

—No, no puede ser... —jadeó—. No puede ser...

Se sujetó las sienes, como si éstas fuesen a estallar, dispersando su cerebro por la habitación. Creyó encontrarse en el centro de los círculos rotantes de una pasmosa pesadilla.

Porque aquello, sencillamente, era imposible. Porque aquello ya había sucedido antes, aunque en circunstancias distintas y en diferente lugar en el tiempo e incluso en el espacio.

Porque aquel hombre que yacía a sus pies era inconfundible. Ni siete, ni diez, ni veinte años siquiera, podrían alejar de su mente, de su recuerdo, aquel rostro, aquella expresión.

Era imposible. Pero era él. Él otra vez...

Matt Lester tenía a sus pies el cadáver de Nick Hammer. El cuerpo del hombre que había muerto siete años atrás. El cadáver del hombre por cuya muerte había sido él condenado a prisión, y había perdido siete años de su vida...

* * *

Nick Hammer.

Nick Hammer, el contrabandista, el amigo de Caddox, el desaprensivo Hammer, muerto en el incendio de su almacén. Muerto por Matt Lester, según la justicia, según Murdock, según la opinión pública, según Caddox, según todos...

Era igual que en las pesadillas. Era obsesionante, atroz, inverosímil. Era un auténtico caos para Matt. Un imposible. Un absurdo.

Pero Nick estaba allí. No se podía confundir el rostro del greco-americano fácilmente. Matt nunca lo hubiera hecho. Y, por si fuera poco, aquel anillo en su dedo...

Se inclinó. Lo examinó, dominando su repugnancia y también su desorientación. Era un sello de oro. Con dos iniciales grabadas: «N. H.». Nikolas Hammer.

«Es él... —pensó Matt—. El mismo... Pero, ¿cómo? ¿Cómo...?»

No parecía haber respuesta. Indudablemente, no la había. Nick estaba allí, sin vida, y eso era todo. Nick Hammer, su víctima presunta de siete años antes. Muerto otra vez.

Contempló con horror la sangre en sus dedos. Miró las tijeras, la herida, el cuerpo. Sintió un profundo escalofrío.

«¿Qué pena tiene que pagar un hombre, por la muerte de alguien a quien ya mató anteriormente, y por cuyo crimen pagó?»

Se hizo la pregunta pensándola. Era una cuestión espeluznante. ¿Podían culparle otra vez de algo por lo que había pagado ya? ¿Qué ley había previsto una situación así?

Se frotó el mentón, exasperado. Miró a su alrededor, tratando por primera vez de saber dónde estaba. Ni siquiera cuando mató a Scholl, en la lucha, habíase sentido tan nervioso, tan desconcertado, tan lleno de perplejidad y de dudas.

Esto era diferente. Era como un mal sueño. Como la peor de las pesadillas.

Sin embargo, no era ningún sueño. No era producto de ninguna imaginación, a menos que los hermanos de Osiris tuvieran realmente poderes sobrenaturales para hacer vivir a un hombre hechos inconcebibles, en un mundo distinto.

Los hermanos de Osiris... Las cosas se ordenaron un poco en su mente, al pensar en ellos. Trató de reflexionar fríamente, de serenar su ánimo convulso tras la increíble revelación.

Paseó, evitando mirar al hombre que había muerto dos veces. Se negaba su cerebro a formular razonamientos más o menos completos, pero no tenía otro remedio que seguirlo intentando, por si al final todo aquello tenía cierto sentido, cierta lógica.

Ellos, los supuestos siervos de la religión egipcia, habían llevado

a Matt hasta aquel trance desesperante y absurdo. Al menos, ellos habían intervenido hasta el momento mismo de la furgoneta.

¿Y después?

¿Qué había sucedido después?

Ese margen, ese paréntesis tenía que explicarlo todo. Pero, ¿cómo dar con ello, cómo saber lo que ocurrió entre su caída, dentro de la furgoneta, atacado por alguien, y aquel despertar inverosímil, junto a un hombre muerto siete años atrás, que ahora mismo parecía recién asesinado otra vez?

Se apoyó en el muro, casi con desesperación, respirando hondo, encajando ferozmente sus mandíbulas.

Era inútil. No conducía a nada meditar, tratar de entender, de ordenar, de razonar. Era imposible todo eso. El cadáver de Nick Hammer lo transformaba y lo alteraba todo. Era el factor insólito, desconcertante, imposible de encajar en parte alguna.

Lo contempló otra vez, serenamente. La luz cruda de la lámpara, colgada precisamente sobre el cuerpo, caía de lleno en su rostro. No había dudas. El pelo ensortijado, la figura maciza, el gesto, la mirada. Todo. No había sufrido ninguna alucinación. Era el mismo: Nick Hammer.

Matt trató de borrar ese factor de sus ideas. Apartó casi con irritación a Hammer de sus reflexiones. Centró su afán en algo más lógico, más normal, más tangible.

Pensó en escapar.

Escapar de allí. ¿Cómo hacerlo? Era la idea inmediata, la que su razón le dictaba urgente, desesperadamente. Escapar... Escapar...

¿Por dónde?

No había puertas allí. Ninguna puerta. Igual que si, realmente, fuese un escenario de pesadilla. Ningún sitio puede estar totalmente falto de puertas. No tendría sentido. No se podría salir de él..., pero tampoco entrar.

Miró arriba. Al techo, más allá de la violenta luz.

Sí. Allí estaba. No era una puerta. Pero era una abertura. Una salida.

Una trapa cuadrangular de metal. Encajada. En la pared, no lejos de ella, había unos tramos de tubo metálico incrustado, a guisa de escalones para subir o bajar. Desde el último de arriba, era posible alcanzar cómodamente la trapa.

La trapa.

Tenía que alcanzarla. Tenía que salir de allí como fuese. Lo antes posible. Antes de que le hallaran con el cadáver del greco-americano. No sabía lo que ocurría ni lo que había ocurrido, pero era igual. No se quedaría allí, esperando, en aquella especie de trampa diabólica y enloquecedora, a que la policía llegase y le acusara otra vez del mismo delito. El mismo de entonces. Repetido. Reiterado. Imposible.

Olvidó a Hammer. Lo intentó, al menos, mientras escalaba la pared. Antes de llegar arriba, sabía que eso era imposible. No encontraría fácil salida de allí. La trapa resistiría, estaría asegurada desde el exterior, desde arriba, y le sería imposible por completo salir del encierro con el cadáver.

Llegó. El último escalón. Se aferró con una mano. Estiró el otro brazo, presionó la trapa, intentando abrirla, empujándola fuertemente. Sabiendo de antemano que era inútil, que no iba a ceder en absoluto.

Y cedió.

Cedió, con un chirrido. Se abrió. Así de sencillo. Nada más presionarla, la tapa de metal se alzó, abriendo hueco. Matt pestañeó, estupefacto.

Nada era allí como en buena lógica esperaba él que fuese. Pero, al menos, esto era favorable. Esto iba a su favor. O lo parecía, por el momento.

Decididamente, terminó de empujar. Se movió con la trapa, en el impulso, y asomó levemente la cabeza al exterior. Vio luces, dispersas en la distancia, en la oscuridad. Y nada más.

Respiró hondo. Aire fresco, con olor a vegetación, llegó a sus pulmones. Aire húmedo, pero limpio. Aire de madrugada.

Tomó impulso, tras echar una última mirada al cadáver. Visto de allá arriba, bajo el crudo impacto de la luz, parecía grotesco, inverosímil. Como un maniquí o un pelele, puesto allí para volverle loco. Pero no era ningún maniquí. Era un hombre. Un hombre que había muerto dos veces en siete años.

Se desprendió de todas esas elucubraciones definitivamente con un poderoso esfuerzo. Saltó al exterior. Pisó suelo blando, hierba húmeda, un lugar oscuro y, sin duda, lleno de vegetación. Sombras inciertas, de árboles o de gigantes petrificados, se recortaban contra

las luces lejanas, en torno suyo.

Luego, de repente, todo aquello cambió. Apenas él dio dos pasos sobre la esponjosa y blanda hierba, todo cambió.

La oscuridad se hizo luz. Súbita, radiantemente, brotó la claridad de todas partes, para concentrarse en él, para envolver en una especie de fantástico halo deslumbrante.

Matt Lester juró entre dientes, cubriendo sus ojos de aquel poderoso raudal de luz. Trató de hacer algo, de moverse, de huir de aquel cerco luminoso.

Era inútil.

Lo supo cuando sonó la voz potente en sus oídos, no lejos de él, algo más allá de los chorros de luz:

—No se mueva, Lester. No lo haga o caerá acribillado. Esta vez le cazamos, Lester...

Matt reconoció enseguida la voz. Era la de Murdock. El antiguo sargento, hoy teniente de la policía, Neil Murdock.

* * *

—Ya está. Ya la tenemos.

—¿Qué? —Harold Ross pegó un salto, volviendo su rostro, pálido y demacrado, hacia Betsy—. ¿Qué es lo que has dicho?

—Que la tenemos. Es nuestra, querido papá. Leilah... —y colgó el teléfono.

—Habla de una vez —aferró por un brazo a su nuera—. ¿Qué te han dicho?

—La encontraron. Unos hombres de servicio de limpieza de alcantarillado. Dieron con ella en un túnel, cuando las ratas iban a atacarla...

—Lástima... —suspiró el viejo Ross—. Las ratas nos hubieran evitado muchos problemas...

—Sí, pero no lo hicieron —sonrió cínicamente Betsy—. Ahora ella está a salvo. Pero esos hombres encontraron su tarjeta de identidad, y han llamado aquí.

—Creí que sus documentos los tendría Strauss, no ella...

—¿Ya olvidas lo que nos refirió la policía? Scholl, el enfermero de la clínica del doctor Strauss, hallado sin vida, asesinado... Ella debió quitarle sus documentos.

—Vaya... De modo que debió ser ella, después de todo, quien...

Betsy miró a su suegro con expresión pensativa.

—¿La que mató a Scholl, quieres decir? —indagó.

—Sí, a eso me refería.

—Posiblemente. En cuyo caso, reconoceréis conmigo que no podemos poseer una mejor prueba de su peligrosidad, para que sea definitivamente internada por toda su vida. Pero eso no podemos decidirlo nosotros. Lo importante es que ella está ahora en un lugar determinado, donde esperan nuestra llegada para que la traslademos al domicilio. ¿Entiende bien, querido papá? Es nuestra. Esos hombres, de buena fe, nos la entregan.

—Hay que avisar pronto a tu marido y a Vincent. Que ellos vayan a recogerla. ¿Dónde está ahora?

—En un botiquín de urgencia de los servicios de limpieza municipal. Allí la llevaron ellos. Dicen que no ha vuelto en sí porque sufría un tremendo ataque nervioso, y el médico le administró un calmante. Vincent y Simon no dirán nada allí, porque el médico de guardia podría descubrir la superchería, y negar que Leilah esté enferma mentalmente. Es mejor disimular, traerla a casa y, entretanto, avisar con urgencia al doctor Strauss, para que se haga cargo definitivamente de ella, acudiendo aquí con sus enfermeros.

—Bien. Yo iré a llamar a Vincent y a Simon. Ya han descansado suficiente, mientras nosotros estamos aquí, toda la noche en vela. — El viejo Ross entornó malignamente los ojos—. Leilah será ingresada enseguida en la clínica de Strauss. Luego, él podrá informar a la policía de que la tiene recluida.

—Seguramente hará eso, cuando haya terminado con Leilah de alguna forma. No creo que Strauss quiera correr riesgos, y menos habiendo muerto Scholl...

—Lo que ocurra dentro de la clínica me tiene sin cuidado, querida —sonrió Harold Ross cansadamente—. Un médico siempre tiene una excusa legal para matar a su paciente, sobre todo si ella es una loca peligrosa. Nosotros, en cambio, no.

Betsy asintió, mientras alzaba el teléfono. Marcó un número, y esperó.

Luego, cuando la voz de una telefonista respondió a su llamada, la nuera de Harold Ross habló presurosa:

—Con el doctor Edward Strauss, por favor. De parte de la familia Ross. Sí, es urgente. Muy urgente...

Y sonrió burlonamente, con aire de triunfo, clavando sus ojos en su suegro, quien, al final, también empezó a sonreír, realmente satisfecho del curso que tomaban los acontecimientos.

Capítulo

VIII

ACUSACIONES

—**M**MURDOCK, está completamente equivocado. No fui yo. No maté a Nick Hammer. No lo hice entonces, ni lo hice ahora.

—No va a ganar nada protestando, Lester. Usted es culpable. Lo fue entonces, y lo es ahora.

—Murdock, pagué por ese crimen, aun no habiéndolo cometido. Ahora usted sabe la verdad. Sabe que Nick Hammer nunca murió. ¿Por qué pagué yo entonces? ¿Por qué delito fui condenado?

—Todo eso son puras triquiñuelas, Lester. El hecho cierto es que usted fue sorprendido en el sótano del jardín de aquel edificio, en compañía de su propietario. Y que ese propietario estaba muerto... y era Nick Hammer. Las tijeras tenían sus huellas dactilares en el mango. Usted las empuñó. Usted las clavó.

—¡No! —aulló Matt, incorporándose rabiosamente en su asiento, y volcándolo—. ¡Una vez me condenaron sin creerme, sin escuchar mis protestas, y ahora se ha demostrado que Nick Hammer nunca fue muerto! ¿Van a cometer otra vez el mismo error de entonces?

—Escuche esto, Lester. Me tiene sin cuidado lo que puedan decir

los abogados sobre este asunto. Usted fue juzgado por matar a Nick Hammer y, según la ley, parece que no podrá volver a ser juzgado por el mismo delito. Pero usted olvida que en realidad no ha muerto Nick Hammer dos veces, sino que ahora ha muerto Hammer... y entonces hallamos un cadáver, en el almacén incendiado, que todos pensamos era el de Hammer.

—Y no lo era —habló Matt, con sarcasmo—. Pero yo fui a prisión por ello.

—Cállese y vuelva a sentarse —ordenó, tajante, Murdock. Y dos de sus hombres obligaron a Matt, presionando sus hombros, a ocupar de nuevo la silla, ya reincorporada, en el centro de la desnuda sala de interrogatorios del departamento de policía. El teniente de policía prosiguió—: Se ha comprobado que la casa donde usted fue hallado perteneció todo este tiempo, oficialmente, a un tal Conrad Lorne. Y el hombre a quien todos conocían en la vecindad como a Conrad Lorne... no era otro que Nick Hammer. Se ha comprobado eso en primer lugar, y las cosas entonces tienen su forma y su explicación, aunque todo eso a usted no le guste demasiado. Nick Hammer tenía un socio llamado Conrad Lorne, usted lo sabe. Lorne desapareció de su ambiente por entonces, y nadie supo nada más de él. En realidad, Lorne era el hombre que, por error, había sido muerto en su almacén aquella noche y, al quemarse casi por completo su cadáver, la semejanza en textura y otros detalles con su socio Hammer, nos indujo a todos a error. Entonces, a usted se le juzgó por el homicidio de Nick Hammer, pero debió ser juzgado por el de Conrad Lorne. Eso ya pasó y, por tanto, ahora, se le juzgará por la muerte de Conrad Lorne. No crea que va usted a escapar a la acción de la justicia, sólo porque se encontró otra vez a Hammer con vida, y quiso cobrarse el tiempo pasado en prisión. Él fue muy astuto en adoptar la identidad de su socio, al ver que todos le creían muerto, pero eso no justifica el que usted acudiera después a matarle.

—¡No fui a matarle! —protestó Matt—. Ni siquiera podía saber que Hammer viviese. No conocía esa finca de Lorne o de Hammer, y no entré allí por mi pie.

—¿No? ¿Cómo lo hizo entonces? ¿Volando?

—¡Le digo que no lo sé! ¡Fui llevado allá por..., por alguien, y dejado en compañía del cadáver!

—Qué curiosa historia —rio burlonamente Murdock—. ¿Debo creerla, después de que el policía de patrulla le ha identificado a usted como el hombre que le habló, junto a la valla donde se encontraron las huellas de sangre del enfermero muerto, arrojado posteriormente al solar contiguo?

—Esa es otra historia, teniente —se exasperó Matt—. Fue legítima defensa. Yo defendí a una joven en peligro, él era un asesino...

—Otra vez esa historia —suspiró Murdock—. La muchacha perseguida por un siniestro doctor y un enfermero asesino. Ellos quieren recluirla porque su familia hereda sus bienes. Oh, Lester, ¿cree que soy idiota o que estoy borracho?

—Todo es cierto, teniente. Ese patrullero recordará a la chica...

—Claro que la recuerda. Pero eso no explica nada. No sé quién es esa chica ni dónde dar con ella. Su testimonio acaso no le ayude gran cosa, pero al menos podría sacarle un poco del lío ése del enfermero..., si es que la chica está normal, cosa que dudo mucho.

—Le dije que ella se llama...

—Sí, Leilah. Leilah Ross. Eso no significa nada. No damos con su rastro. La ciudad es muy grande para localizar a alguien en una noche. Pero si esa chica ha huido de un sanatorio, es que está loca. No puedo admitir ese folletón de la mujer sana, internada por sus perversos parientes. O ella tiene mucha imaginación... o la tiene usted.

—Teniente, tiene que escucharme —se desesperó Matt—. ¿A qué hora dicen que fue muerto Nick Hammer?

—El forense no puede precisar aún. Pero no después de las doce.

—No después de las doce... ¡Teniente, a esa hora yo estaba con Leilah Ross, camino del santuario de los hermanos de Osiris!

—¿Los... qué?

—Unos monjes o religiosos. Una secta, una logia esotérica, dedicada al culto a los muertos, según el antiguo Egipto. Allí nos dirigimos para salir de la ciudad, para sentirnos libres de persecuciones.

—Nunca oí hablar de esa secta, Lester. Y llevo diez años de policía en esta ciudad.

—Tiene que conocerla. De cualquier modo, la encontrará fácilmente. Está en North River Side, número 211.

—North River Side, 211 —Murdock le miró, ceñudo, y luego se volvió a uno de sus hombres, a quien hizo un gesto expresivo; el agente escribió con rapidez en una agenda, y salió de la estancia. Murdock regresó junto a Matt—. Bien, van a comprobar eso ahora. ¿Qué dice usted que hizo allí, en ese templo?

—Hablé con su jefe religioso, el hermano Smenkaré. Él probará que llegamos allí a las doce en punto, y estuvimos cierto tiempo con él. Después, él mismo nos sacó, por diferentes conductos, del recinto. Sería imposible que yo estuviese a las doce o antes en casa de Hammer, y también a las doce en ese templo, ¿no es cierto?

—Sí, North River Side queda bastante lejos del lugar donde murió Hammer —se encogió de hombros Murdock—. Sería una buena coartada para usted, si realmente ese Smenkaré o como se llame la confirma. Pero no creo que sea así.

—Usted se equivoca, teniente. Ya verá cómo ocurrieron así las cosas. Al principio, posiblemente, ese hombre niegue saber nada de ello. Pero sólo tendrán que presionarle un poco para que hable. Esa secta no es nada claro, y posiblemente tenga miedo de comprometerse. Pero ante un crimen... hablará, estoy seguro.

Murdock siguió mirándole fríamente, sin hacer comentario alguno. Luego, de súbito, habló con voz tajante:

—Sigue en pie su crimen del solar. Ese enfermero, Scholl...

—Le juro que no intenté hacer otra cosa que salvarla a ella de ser subida al edificio en construcción y arrojada desde él. Scholl llevaba una navaja automática, y me atacó. Su propio impulso, cuando yo doblé su mano para evitar que pudiera clavarme la hoja de lacero, terminó con él.

—Tendrá que probar eso, Lester.

—Escuche, Murdock, ¿por qué se empeña usted en acusarme, en intentar destruirme, sin creer nada de cuanto le digo?

—Porque los tipos como usted son un peligro para la ciudad, Lester. Usted estuvo siempre en el hampa, vivió entre ellos. Fue a presidio, y volverá allá. Es el sino de los de su clase.

—Murdock, no sé por qué me tiene ese odio, pero sí le diré algo —Matt encajó las mandíbulas—: Yo nací en un barrio humilde, y me quedé pronto sin familia. Unos parientes me adoptaron. Ellos no eran gente de buen vivir, y me metieron en ese ambiente muy pronto. Sin embargo, había algo bueno en mí. Pasé entre todo ese

fango sin salpicarme demasiado. Trabajé con seres como Caddox, porque no sabía hacer otra cosa. Pero no soy un delincuente. No tuve nada que ver en el fuego y en el crimen del almacén de Hammer. Mucha gente odiaba a Nick, y yo ni siquiera llegaba a sentir por él otra cosa que repugnancia. Nunca me gustó su modo de ser, su negocio de drogas, su modo de pervertir a los jóvenes de ambos sexos. Pero eso era todo. No le toqué jamás, aunque discutimos porque no éramos afines de carácter, y a Caddox le iba muy bien tenerle de socio en sus chanchullos. Han pasado años, he pagado por aquello sin cometerlo, fuese Hammer o Lorne, y sigo jurando que no lo hice. ¿No es eso suficiente?

—No, Lester. No es suficiente para mí —rechazó con dureza Murdock—. No le creo en absoluto. Ni le creí entonces, ni puedo creerle ahora.

Matt resopló, bajando la cabeza. Se encogió amargamente de hombros.

—Está bien —comentó—. Siga adelante. Siga golpeando. Después de todo, es tarea fácil para un policía rencoroso y obstinado. No puedo volverme. Puede usted hundirme, destruirme impunemente. Le felicito. Es inteligente. Y valeroso.

—Lester, debería hacerle tragar su orgullo y sus injurias a puñetazos —masculló el oficial de policía, con ira—. Pero no voy a darle el placer de poder acusarme luego de brutalidad ante la corte. Le meteré de nuevo en la penitenciaría, sin otro esfuerzo que el de mi labor policial, estoy seguro. Es usted carroña de presidio, y voy a probarlo de una vez por todas.

Matt se irguió, furioso, intentando atacarle. A su espalda, las férreas zarpas de dos de los hombres de Murdock le mantuvieron aferrado a su silla, sin moverse. El teniente, con expresión despectiva, caminó hacia la puerta.

—Vuelvo enseguida —dijo fríamente a sus hombres—. Sigán ustedes el interrogatorio del detenido.

Ellos siguieron, insistentes, machacones, obsesivos, situando a Matt bajo la luz del foco. Él soportó bien la tortura. Duró cosa de diez minutos. Acaso más.

Al final de ese tiempo, la puerta se abrió de nuevo. Los agentes, sudorosos, alzaron la cabeza. Miraron directamente al que entraba. Matt, pálido y abatido, también miró.

Era Murdock, que volvía. Traía una curiosa, indefinible, expresión en el rostro.

—Bueno, Lester, lo siento. Hubiera sido una buena coartada..., de haber existido esa secta. ¿Qué nuevo cuento chino va a referirme ahora?

—¿Cuento chino? —balbuceó Matt—. ¿De haber existido la secta? ¡Claro que existe! Es en North River Side...

—...211, sí —replicó Murdock, con cansancio—. Es lo que usted dijo. Y es la dirección a donde fueron mis hombres. Pero allí no hay nada de nada. No existe templo ni secta alguna. No hay egipcios ni ningún culto. Sencillamente, Lester, es un edificio deshabitado, que nadie arrienda desde hace tiempo.

Capítulo IX

ESPEJISMO

No había nada.

Ni templo, ni pinturas egipcias.

Nada en absoluto.

Adornos, pebeteros, emblemas religiosos del antiguo Egipto. Todo desaparecido. También las estatuas y el resto de la escenografía. Era la misma sala, eran los mismos lugares. Pero allí nunca parecía haber existido otra cosa que cajas de madera, muebles viejos y polvorientos, en su mayoría arrumbados contra los rincones, y un fuerte olor a moho, a lugar cerrado, a abandono. También olía a basuras. Un fuerte, fétido olor, que resultó proceder de un montón de desperdicios descompuestos.

Matt pensó que, aunque allí hubiese habido realmente pebeteros con incienso, aquel otro hedor lo hubiera borrado por completo. Podía ser una explicación.

Pero, ¿tenía explicación todo aquello?

—Bien, Lester. Aquí está su templo esotérico de los egipcios. ¿No es realmente suntuoso y digno de los faraones?

La voz dura y áspera de Murdock resumaba sarcasmo. Matt no fue capaz de replicarle nada. Carecía por completo de argumentos para ello. Los hubiera querido tener, pero no lograba encontrarlos. Después de todo, aquello no tenía sentido. Como tampoco parecía tenerlo que un hombre muriera dos veces, y que una mujer desapareciese en la noche, sin dejar rastro. Una mujer de la que todos aseguraban que estaba loca, y querían internarla por esa razón. Una mujer de la que ella misma juraba su perfecta salud y su condición de víctima de una fatídica, siniestra y oscura conspiración.

—Ella y yo estuvimos aquí —aseguró Matt roncamemente—. Ambos, teniente. Ella podría referirle lo mismo que yo le cuento. Lo mismo, exactamente...

—Ella, otra vez —Murdock meneó la cabeza—. Lester, estoy harto de esa historia. Nadie altera esto en un momento. Nadie, por simple capricho, monta un templo como el que usted describió, y luego lo desmonta sin dejar rastro. Y mucho menos en una noche, como si ellos tuvieran la lámpara de Aladino.

—Lo sé, lo sé... Pero ha ocurrido. Ha sido así, teniente. Yo lo sé. Yo estuve aquí mismo antes. Pero este lugar era diferente. Este lugar era lo que le dije: un templo egipcio. Una superchería, por supuesto. Una de esas sectas que envían folletos por un dólar, asegurando conocer los secretos de la vida, de la muerte, del éxito y de la fortuna. Pero era así. No mentí, Murdock. Busque al hermano Smenkaré, se lo ruego. Él tiene que estar en alguna parte...

—Smenkaré —repitió Murdock con ironía, haciendo sonar sus recias pisadas huecamente, a lo largo y ancho del vacío recinto—. Oh, Dios, qué tontería. Nadie se llama así, que yo sepa.

—Él tampoco, por supuesto. Era todo falso, como su templo y su credo. Pero tiene que estar cerca de aquí, llamarse de alguna forma. Yo se lo describiré. Se lo identificaré, incluso, si está entre los delincuentes que ustedes tienen fichados en el departamento.

—Está bien —suspiró Murdock—. Veremos eso, pero no nos conducirá a nada. Ya ve que su coartada se investigó. Y no hay nada. Nadie sabe nada de esos egipcios o lo que quiera que sean. Sólo usted... y esa chica, la pobre loca llamada Leilah Ross. ¿Qué les condujo hasta Osiris y su inefable Smenkaré? ¿Un simple soplo divino? ¿La inspiración de los faraones?

—Oh, no diga estupideces —se irritó Matt—. Cuando Nyers nos envió aquí...

Se detuvo. Murdock había enarcado las cejas, sorprendido. Matt, tras la pausa, gritó roncamente:

—¿Nyers! Él fue, teniente. Pregúntele a él... Él nos envió a esta dirección, apenas un poco antes de la medianoche...

—¿Nyers? ¿Efraim Nyers?

—Sí, el mismo...

—¿El ex sargento Nyers? ¿El degradado? —insistió Murdock, incrédulo.

—Sí, Murdock. Baiyan, el armenio, podrá informarle. Nos reunimos con él en su bar. Nyers nos quiso ayudar. Nos envió aquí. Dijo que era un templo o algo así... ¿Por qué no busca a Nyers para que lo confirme?

—Ese pobre y viejo borracho... —masculló Murdock, malhumorado—. Oh, Lester, nadie en el departamento ni en sitio alguno de esta ciudad haría caso a Nyers hoy día. Pudo haber sido un buen policía, pero no lo es ya. Él mismo se hundió, se malogró lastimosamente... Ni siquiera sabe en qué mundo vive. Tiene el suyo propio, Lester. Un mundo hecho de alcohol, de elefantes color de rosa, posiblemente de templos egipcios, no sé. De cualquier modo, nada sólido ni evidente. No hay quien acepte semejante coartada. Y yo, menos que nadie.

—No me importa, Murdock. Llámelo. Sus fantasías, si las tiene, no pueden coincidir con mis realidades, con lo que yo vi. Él le dirá... Después de todo... Nyers es un buen policía.

—Fue un buen policía. Se acabó el día que su hija se tiró bajo un coche.

—¿Se... tiró? ¿No fue accidente?

—No. Ella estaba harta de vivir, aunque sólo tenía veinte años. Se mató voluntariamente. Su padre nunca lo aceptó así. Dice que fue un desdichado accidente. Nadie se lo ha discutido jamás. ¿Para qué? Pero ahora es un fantasma, una sombra. Posiblemente, en sus tiempos hubiera aquí un templo esotérico egipcio, no lo sé. Pero hoy en día... ya ve usted la realidad.

—Murdock, no sé el trastorno que Nyers pueda padecer, ni discuto lo que la policía ha hecho con él en estos años, sea justo o no. Lo que discuto es que lo mismo que él mencionó, lo he visto yo

con mis propios ojos. He visto ese templo, teniente. Nadie podrá negarme eso, aunque usted no lo crea. Por tanto, para mí, Nyers es un hombre perfectamente normal. Conocía la existencia de esta logia, y me envió a ellos. Lo que luego sucedió, no está muy claro aún. No he logrado explicármelo. Pero Nyers confirmará mi declaración. Exijo que lo llamen como testigo, que declare en mi favor...

—Si eso le consuela, le llamaremos. Pero no confíe en él para nada. Aunque sea posible que se exprese con cierta cordura y razone ante un tribunal, no espere que ninguno creamos lo que él diga. La única prueba que usted pudo haber tenido, su coartada, hubiera sido ese hipotético templo. Y su hermano Smenkaré, por supuesto. Pero todo eso no existe. Usted mismo lo ve. Usted está aquí ahora. Esto no huele a incienso, sino a basura corrompida.

—Eso puede disimular el aroma a incienso.

—No hay estatuas, ni bajorrelieves, ni pinturas murales. Todo desnudo.

—Las debieron arrancar. Serían postizas, simple decoración. Una escenografía teatral o cinematográfica se arranca en momentos.

—Esto no es un escenario ni un set de cine, Lester —cortó fríamente el teniente Murdock—. Usted está tratando de confundirme. Tiene imaginación, pero no va a servirle de nada.

—Oh, Murdock, si esto sigue, voy a enloquecer —Matt, furiosamente, golpeó con sus puños las paredes desnudas—. ¿Me entiende, maldito sea? ¡Voy a volverme loco, si no descubro lo que está sucediendo!

—Cálmese —rápido, Murdock hizo un gesto a los dos agentes que le acompañaban, y ellos se hicieron cargo del preso—. Cálmese, Matt. Tendrá usted a Nyers, su testigo. Y Dios quiera que ese viejo borracho pueda librarle de su suerte. Pero lo dudo mucho. Mucho, Lester...

* * *

—Sí, entiendo. Sí, gracias. Lo entendí, por supuesto. Todo está perfectamente. No, no tengo nada que decir. Absolutamente nada, palabra. Si deseo algo, le llamaré yo mismo...

Colgó. Luego, entrelazó sus dedos lentamente, con el ceño arrugado, profundamente pensativo. Al fin, muy despacio, alzó la cabeza y se quedó mirando a la persona sentada frente a él.

—Era un amigo —explicó, evasivo—. Un confidente de los que tengo dentro de la policía local.

—Tú siempre el mismo, Alex —rio ella, burlona.

—Por supuesto, Lena. Alex Caddox siempre es el mismo. El día en que pueda cambiar, todo habrá terminado. Y Alex Caddox dejará de ser el que fue. Dejará de significar algo en su mundo.

—Eso no es fácil que suceda. Bien, ¿y qué te dijo tu confidente?

—Tienen a Matt.

Ella se agitó. Irguió la cabeza. Respiró fuerte, y las venas de su largo cuello se pusieron tensas, hinchándose ligeramente.

—¿Matt? —preguntó, con voz sorda—. ¿Qué le ocurre?

—Volvió a las andadas —rio Caddox—. Esta vez, mató a un enfermero. Dice que en lucha abierta, en defensa propia.

—Tal vez sea cierto. Hoy mismo salió de la penitenciaría, ¿no?

—Claro. Puede que sea cierto. Pero hay algo más. Acaban de arrestarlo, junto a un cadáver. Un hombre muerto violentamente —Caddox miró con fijeza a su interlocutora—. Un hombre llamado... Nick Hammer.

Los ojos de Lena Vaughan se dilataron. Despegó los labios, como si se dispusiera a hablar atropelladamente. Pero antes de hacerlo, respiró con fuerza.

—Nick Hammer... —susurró—. Alex, bromeas. Hammer murió hace años. Siete años.

—No —negó Caddox, seco—. Al parecer, Nick fue más listo que todos nosotros. Dejó que lo creyeran, pero no estaba muerto. Era Conrad Lorne el cadáver abrasado en el almacén. Él escapó, se ocultó. Vivía como si fuese Lorne, en una finca de las afueras. Allí ha aparecido muerto. Con unas tijeras clavadas en el corazón.

—Es horrible...

—Más horrible aún resulta saber que Matt estaba a su lado en el momento en que ello sucedió. La policía le capturó cuando intentaba escapar del sótano del anexo, manchado de sangre y lívido de terror.

—Matt... Otra vez Matt y Hammer. ¿Por qué? Además, si le mató realmente... no tiene por qué pagar ya. Estuvo siete años por ese delito, encerrado en una prisión.

—La ley encontrará el recurso para procesarlo de nuevo; ese enfermero, o bien Conrad Lorne. Matt Lester no va a escapar

fácilmente a todo eso. Y ahora, ni siquiera serán siete años. Es posible que sea... la pena capital.

—Oh, Dios, no... —Lena Vaughan entornó los ojos, angustiada. Su arrogante belleza rubia, de exuberancias que años atrás aún fueron más agresivas y espléndidas, pareció temblar, vibrar, estremecerse con el soplo helado de un viento de muerte, augurado por las palabras de Caddox—. No, Alex. Tú y yo no podemos consentir eso...

—¿Cómo? ¿Por qué no, querida? ¿Qué nos importa a nosotros Matt Lester?

—No sé lo que te importará a ti. Es posible que no te sientas en deuda con él. Pero yo, sí.

—¿Tú? Ya no cuentas, Lena. Estás ligada a otro hombre.

—Sí, es cierto —ella entornó los ojos, ensñadora—. Te dejé a ti, Alex, para unirme a otro canalla como tú, o peor.

—¡Lena!

—Vamos, vamos, no te escandalices ahora, Alex. Eres un canalla, y te gusta serlo. No podrías ser nunca otra cosa. Adam también lo era. Pero te equivocaste en algo. No lo es tanto como tú. Me consideró mejor, con más respeto, con mayor dignidad. Y nos casamos. Sí, Alex, nos casamos secretamente, sin que nadie lo supiera. A Adam no le gusta la publicidad ni esas cosas. Pero somos marido y mujer.

—Bien. Te felicito. Pero eso aún dificulta más las cosas. No puedes ayudar a Matt Lester. Eres la mujer de Adam Dwayne. Si movieras Un dedo en favor de Matt, firmarías su sentencia de muerte. Y la tuya.

—Ahí está tu error, Alex. Eres tan vil, que piensas que los demás lo son igual que tú. Yo confesé a Adam todo, acerca de Matt. No le oculté cosa alguna. Si ahora deseo ayudarle, él no se opondrá. Sabe que ya no me interesa Matt, ni tú ni nadie. Y que si hago algo, es sólo por lealtad, por ser fiel conmigo misma y con los demás.

—Será mejor que no hagas nada. No por Matt, Lena.

—¿Por qué no? ¿Tú no vas a hacerlo? —ella abrió mucho los ojos.

—Ni lo sueñes. No moveré un dedo por él.

—Alex... Adam me dijo que tus verdugos le habían golpeado. Que habían dado una buena paliza a Matt. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Por qué lo hiciste? Él acababa de salir del presidio.

—Venía muy orgulloso, muy agresivo. Había que bajarle los humos. Y no me gusta que les llames «mis verdugos».

—Perdona. Pero sigo insistiendo. Hay que ayudar a Matt.

—¿Por qué?

—Entonces no le ayudé —bajó ella la cabeza—. Y, sin embargo..., yo era la única que podía hacerlo. Yo sabía que él era inocente.

—Será mejor que no hables de aquello...

—Caddox, eres un canalla. Lo disculpo. Pero no te perdonaría que fueras un cobarde.

—¡Lena!

—Un cobarde, sí. Yo pude librar a Matt de su suerte. Yo le acompañé aquella noche.

—Lena. Tú dijiste entonces...

—Maldito embustero —ella le escupió al rostro, y Caddox reculó, palideciendo levemente—. Tú sabías bien que yo te mentía a ti. Estuve con Matt esa noche. Estuve durante todo el tiempo señalado por la policía como aquel instante en que ocurrió la muerte del supuesto Hammer y el incendio del almacén. Y siempre, siempre, me he preguntado si no fuiste tú, Alex.

—¡Lena!

—Si no fuiste tú... el asesino de Lorne entonces. Y el de Hammer ahora.

—Escucha, rubia víbora, te haré arrancar la lengua, si repites eso en alguna parte —amenazó Caddox, agitando una mano.

—Tú no harás nada de eso, mientras yo sea la esposa de Adam Dwayne, Alex. Como tampoco lo harás, aunque vaya a ayudar a Matt.

—¿Vas a hacerlo?

—Es mi deber, ¿no? No se puede cometer dos veces una misma vileza. Si entonces no fue culpable, ¿por qué habría de serlo ahora? Es lo que pensará cualquier jurado, cualquier juez, cualquier persona.

—No adelantarás nada, Lena. Aquello pasó ya. Ahora, es otra cuestión. Y no vas a ganar nada complicándote en el asunto. Ni complicando a tu marido, a mí, a todos...

—Aun así, debo hacerlo. Aunque nadie me crea ya, después de tantos años. Aunque no pueda hacer nada por Matt...

Lena Vaughan se incorporó. Arrogante, altiva, avanzó hacia la salida. Alex Caddox la contempló, ceñudo. Agitó una mano por encima de su mesa.

—Ve con cuidado con lo que haces, Lena. No apruebo lo que piensas. Y no voy a permanecer cruzado de brazos, en tanto tú vas a ayudar a Matt Lester. Si haces lesa, Murdock puede interrogarte a fondo, descubrir mi papel en los asuntos de Hammer y las drogas...

—Me tiene sin cuidado lo que te ocurra a ti, Alex —fue la respuesta definitiva de ella—. Totalmente sin cuidado, querido...

Soltó una breve carcajada, y salió del despacho de Caddox, cerrando suavemente tras ella.

Alex, una vez solo, empezó a crisar sus dedos nerviosamente. Luego, pegó un puñetazo sobre la mesa, y juró entre dientes, lleno de irritación. Por último, descolgó el teléfono. Marcó un número interior. Luego, habló en voz baja:

—Shuster, ve a buscar a Skyros. Ocupaos los dos de la chica que sale ahora de mi despacho, de Lena Vaughan. Sí, esa mujer rubia. No, no quiero que la asesinéis, imbéciles... Sólo un secuestro. Donde nadie os vea. Cuidado con ella, que es peligrosa. No se trata de una inocente damisela, ni mucho menos. Además, Adam Dwayne es su protector. Conviene, pues, que no cometáis errores. Raptadla. Sí, una vez hecho eso sin escándalo, os diré adonde llevarla. Vamos, no perdáis tiempo...

* * *

—Es cierto, Murdock. Lo juro.

—¿Qué es lo que jura, Nyers?

—Que él dijo la verdad. Yo le envié al templo de North River Side, doscientos once.

—¿Qué templo, Nyers? Allí no hay nada ni nadie. Es un lugar sin arrendar.

—No es posible... —Efraim Nyers, ex sargento de la policía, hipó entre dientes, y luego sacudió la cabeza. Su hinchada nariz y sus mortecinos ojos enrojecidos, eran viva muestra de su embriaguez—. No es posible, Neil. Sencillamente, no puede haber ocurrido eso. Siempre está ahí la logia.

—¿Qué logia, Nyers? —preguntó Murdock con escepticismo.

—Los Hermanos de Osiris... Es una secta importante. Tiene su centro en Memphis, Tennessee. Desde hace muchos años, ocupa ese edificio precisamente...

—Escuche esto, Nyers, y trate de vivir en el presente, no en el pasado —le rectificó acremente el teniente. Extrajo una carpeta de su mesa, y la abrió, buscando algo con el dedo, en una hoja mecanografiada. Cuando lo encontró, comenzó a leer—: «En el número 211 de North River Side, hubo en tiempos una sociedad religiosa privada, que arrendó el local para sus prácticas y cultos. Pero dicha sociedad terminó su contrato con la entidad propietaria hace ya cinco años, y no ha vuelto a arrendarse el local, por el elevado precio que se solicita por el mismo, y por la necesidad de obras importantes en su recinto, para habilitarlo comercialmente». ¿Qué me dice de ello, Nyers?

—Es mentira. Eso no puede ser cierto.

—Está extraído del anuario de Comercio de esta ciudad. Y confirmado telefónicamente, con la empresa propietaria del inmueble.

—Aun así, no es cierto. Imposible. Siempre están allí, yo los he visto.

—Usted los ha visto, Nyers, pero de eso hace ya años. Para usted se detuvo el tiempo, y todo lo de atrás vive en usted como si fuera actual. Sus ideas y recuerdos están confusos. No puede usted asegurar nada.

—Murdock, ustedes me quitaron mi graduación y mi carrera —protestó Nyers, con una fuerte vaharada a ginebra—. Al menos, deje que sea mía la verdad.

—Es sólo su verdad. Usted no quiere mentir, pero se engaña a sí mismo. Confunde el tiempo. Y Matt Lester quiere aprovecharse de esa circunstancia, en su favor.

—No, no —Nyers miró vivamente a Matt, silencioso y pensativo, presente en la entrevista—. Lester, muchacho, usted fue adonde le dije, ¿no es cierto?

—Claro, Nyers —afirmó Matt—. Y ellos estaban allí.

—Tenían que estar. Están siempre, Matt. Trate de hacérselo entender a Murdock, por favor...

—Es usted quien tiene que hacerlo, Nyers, no yo —suspiró Matt—. Y, evidentemente, usted no va a resultar persuasivo ante un

tribunal, en cuanto el fiscal sea debidamente aleccionado por Murdock.

—No se trata de aleccionar a nadie —replicó con irritación el teniente de policía—. Se trata, simplemente, de que Nyers no puede ser un testigo digno de crédito. Aún sigue pensando a veces que su hija vive, o que él es sargento de policía. ¿Qué seguridad puede tener nadie de que él dice la verdad en su caso?

—Lo juro, teniente —protestó Nyers, casi sollozando—. Matt Lester dice la verdad. Yo, también. Esos hombres de la secta me están agradecidos por viejos favores... Son unos pillos redomados, que sacan el dinero a la gente con supercherías, pero no son demasiado malos tampoco. Tienen que continuar allí, porque allí los he visto recientemente...

—Está bien, Nyers —Murdock lo acompañó hasta la salida, palmeando suavemente su hombro—. Si eso es cierto, se va a comprobar. Y, de todos modos, usted tendrá su oportunidad de salir ante el juez a declarar en favor de su viejo amigo Lester, se lo prometo.

Lo dejó fuera del despacho. Luego, la mirada de Murdock se fijó intensamente en Matt Lester. Hubo como un gesto de sarcasmo, de ironía, en el rostro del oficial de policía.

—Ya lo vio, Lester. ¿Cree de buena fe en que alguien en una sala de tribunal va a hacerle el menor caso?

—Me temo que no —suspiró Matt, sombrío. Luego, miró fijamente a su vez al teniente Murdock—. Y usted, por supuesto, menos que nadie.

—Mi misión no es creer a nadie. Es atenerme a los hechos. Y los hechos le acusan implacablemente, Lester.

—¿Es que no puede nunca ser un poco humano?

—Soy tan humano como cualquiera. Por eso me gusta la justicia, el orden, las personas de vida honesta. Usted simboliza justamente todo aquello que detesto. Pero aun así, no tengo contra usted nada personal. Sólo que nos ha tocado luchar en lados diferentes, y cada uno a su modo, Culpe a su propio destino, a sus instintos, pero no me culpe a mí de sus desdichas.

—Murdock, no le pido ya que se preocupe por mí ni por mi inocencia —el tono de Matt se hizo ahora casi suplicante—. Le estoy insistiendo desde un principio en que hay alguien, una mujer,

que puede necesitar urgentemente ayuda de la policía.

—Su cómplice en lo de Scholl, ¿no es cierto? La enferma mental...

—Ella no es una enferma mental. Tratan de que lo sea. Pero ahora que logró escapar, es posible que el peligro aún sea mayor. Si la recuperan, tratarán de deshacerse de ella, de asesinarla, con ciertos visos de muerte casual o accidental. ¿No se da cuenta? Es una muchacha perfectamente normal, pero con fortuna propia. Es víctima de una conspiración, por novelesco que ello le pueda parecer. Y la clínica de ese doctor Strauss es una especie de madriguera para casos así. Casi todos los pacientes de Edward Strauss son gente normal, paulatinamente reducida a un estado de aparente demencia, a base de drogas recetadas por el doctor.

—Me ha contado esa historia otras veces. ¿Espera que encuentre a su testigo?

—No es eso. No importa ahora su testimonio. Yo no cuento. Es ella, ¿entiende? No debe morir, no debe correr un grave riesgo, en manos de Strauss o de la familia Ross...

—¿Por qué se preocupa por ella? ¿Piensa en sí mismo?

—No, Murdock. ¿Cómo podría convencerle de esto? Pienso en ella. Estrictamente en ella.

—¿Tanto la estima? Creo que apenas habrán tenido tiempo de conocerse.

—Creo que, a veces, un minuto puede bastar para eso, teniente.

—¿Amor? —se burló Murdock.

—Es posible... —los ojos de Matt Lester se entornaron—. No podría decírselo, teniente. Nunca sentí nada parecido. Pero si olvidarse uno de sí mismo, por difícil que sea su situación, para pensar en la suerte de esa persona, forma parte del amor..., entonces tendría que admitir que sí. Que me enamoré de esa muchacha que es casi una total desconocida para mí...

Murdock estudió en silencio a su prisionero. Luego, fue lentamente a su mesa de trabajo, y descolgó el teléfono. Marcó un número. Matt le oyó hablar, con una profunda sensación de alivio dentro de sí.

—Escuchen. Quiero que busquen a una tal Leilah Ross. Vayan a casa de los Ross, pregunten por todas partes. Y no olviden la clínica del doctor Strauss. Quiero datos concretos de su paradero actual.

Esté donde esté, hay orden de detención contra ella. No consientan ni siquiera al doctor Strauss que la oculte. Pidan una orden de registro al juez Burke. Quiero que la traigan aquí, a salvo de cualquier contingencia, ¿entendido? Bien, actúen deprisa y bien.

Colgó. Matt respiró profundamente.

—¿Satisfecho, Lester? —indagó.

—Sí, teniente. Gracias... —Matt inclinó la cabeza, sin añadir más.

—Bien. Ahora... —consultó rápidamente su reloj de pulsera—. Ahora son ya las tres de la mañana, Lester. Va a ir usted a su celda, en espera del nuevo día. Yo trataré también de descansar. Es todo, por esta noche...

Y lanzó un suspiro, con evidente expresión de cansancio.

Capítulo X

EL FILO DEL PELIGRO

LA figura extendida, pasó la puerta. Los dos hombres depositaron la camilla sobre el vestíbulo. La enfermera cerró la entrada, sin hacer preguntas. Luego, se quedó mirando al hombre que cerraba la procesión de recién llegados.

—A la habitación treinta y nueve, señorita Dirk —habló él—. Tercer piso, ¿usted entiende?

—Claro, doctor Strauss —asintió la enfermera—. Planta de locos peligrosos.

—Exacto —asintió Strauss, satisfecho—. Pongan vigilancia especial. Aunque está sometida al efecto de los sedantes, puede despertar e intentar la fuga otra vez.

—Eso no ocurrirá, doctor.

—Ciertamente. No ocurrirá —afirmó él duramente—. Confío en que no ocurra. O la persona responsable será despedida inmediatamente de aquí. Esa mujer no debe volver jamás al exterior. Jamás. Su escapatoria costó ya una vida; Scholl.

La enfermera asintió. Caminó hacia el ascensor, precediendo a

los dos hombres de la camilla. En ésta, Leilah Ross era simplemente Una figura rígida, pálida, dormida e inerte.

El ascensor se cerró tras ellos. Strauss suspiró, satisfecho, quitándose con lentitud los guantes. Comprobó la hora de su reloj con la del reloj situado sobre la puerta vidriera, de acceso al interior del establecimiento.

Las tres y diez minutos exactamente. Bostezó. Estaba fatigado. La tensión nerviosa, la larga velada, en busca de la paciente fugitiva...

Sonrió, animoso, ante su imagen reflejada en el espejo. Se quitó el sobretodo, el sombrero, y colgó todo ello con parsimonia. Había triunfado, y eso era lo importante. Leilah Ross había sido muy astuta al evadirse aquella noche. Pero él tampoco era un necio. Apenas siete horas más tarde, ya estaba allí de nuevo. Y ahora, para no intentarlo de nuevo. No tendría ocasión. Ninguna ocasión, ciertamente.

Entró en su biblioteca privada, en la planta baja del recinto sanitario. Abrió el mueble bar y se sirvió un brandy francés. Olió el aroma del licor, antes de saborearlo con deleite. Sus ojos tenían un duro, acerado matiz de crueldad, de total carencia de piedad hacia Leilah ni hacia nadie.

Se sobresaltó ligeramente al sonar el teléfono. Fue hacia él rápidamente.

—¿Qué hay? —preguntó, con cierta irritación por no poder siquiera disfrutar de un amable período de relajación total.

—Doctor Strauss. Habla Ross.

—¿Ross? ¿Harold?

—El mismo. Tenga cuidado, doctor.

—¿Cuidado? ¿En qué sentido? No le entiendo en absoluto.

—Me refiero a ella, a Leilah.

—Creo haberle garantizado ya anteriormente que...

—Espere, doctor. Hay algo que usted ignora. La policía acaba de estar aquí, en mi casa.

—¿La policía? —Strauss se puso rígido. Pero su mueca risueña no desapareció totalmente del semblante—. Bien, era de prever. Pura rutina. La chica ha desaparecido esta noche y...

—Strauss, nosotros no denunciaremos a la policía su desaparición.

—Tampoco yo, por supuesto. Pero al unirse a ese individuo que

mató a Scholl, se complicó todo. El tipo habrá hablado de ella...

—Es evidente, sí. Eran agentes enviados por el teniente Murdock, de Homicidios. Les atendí cortésmente, pero declaré ignorar el actual paradero de mi sobrina. Espero que usted confirme esa declaración, porque van a ir a verle.

—¿A mí? ¿Con qué pretexto?

—No lo han dicho. Pero me da la impresión de que buscan algo. Me pidieron registrar la casa. Yo les dejé. Creo que, de haberme negado, lo hubieran hecho igual. Deben llevar autorización judicial para ello, doctor.

—Diablo... Habrá que ocultar, entonces, a Leilah.

—Eso es lo que pienso. Por eso le he llamado.

—Sí, hizo bien. Yo me ocuparé de ello, no se preocupe. Le informaré de cuanto suceda al venir ellos aquí, Ross.

Colgó el doctor. Sus ojos tenían una luz dura, calculadora. Ya ni siquiera se acordaba de su brandy francés. Dejó la biblioteca para ir directamente al ascensor. Subió a la planta tercera con rapidez. Salió de la cabina, precipitándose pasillo adelante, hacia el cuarto número treinta y nueve. Antes de ello, hubo de cruzar ante cuatro celadores de uniforme blanco, con aspecto de luchadores profesionales, que le saludaron respetuosamente. Todo ello, tras una puerta con verja y cierre de seguridad electrónico.

—Esperen —pidió el doctor Strauss, asomando a la puerta de la habitación 39—. No acuesten ahí todavía a la paciente.

La enfermera Dirk le miró, sorprendida, lo mismo que los camilleros. Edward Strauss rectificó:

—Tomen el ascensor de los sótanos. Llévela a la cámara 6.

—¿Cámara 6? —se estremeció la enfermera—. Eso es... el depósito.

—Exacto —suspiró el médico, fijando en ella sus ojos helados, impenetrables—. El depósito.

—Pero allí solamente se llevan los cadáveres, doctor...

—No tiene que recordármelo, señorita Dirk. Lo sé muy bien. Pero da la casualidad de que, dentro de pocos minutos, la señorita Ross será simplemente eso: un cadáver.

—¿Se ponen difíciles las cosas? —brillaron con astucia y temor los ojos de la enfermera, cómplice del doctor en su siniestra labor clínica, como todo el personal elegido en aquel recinto.

—Muy difíciles —convino él secamente—. Además de convertirse en cadáver, la señorita Ross entrará en el horno crematorio. Usted prepare el certificado de defunción a nombre de esa paciente que jamás existió, la pobre señorita Jane McDermott, de la habitación doscientos tres. Y den la impresión de que en esa habitación hubo realmente una enferma. La señorita Ross será enterrada con el nombre de Jane McDermott. Oficialmente, ella no ha aparecido aún. Y cuando la policía venga aquí, con una orden de registro, sólo encontrarán un cadáver medio quemado, conforme a nuestro sistema interior. El cadáver de una pobre dama sin familia, procedente de un lejano Estado, y llamada Jane McDermott...

—En cuanto a ella... —señaló la enfermera Dirk hacia la inmóvil Leilah.

—En cuanto a ella, señorita, vaya preparando la inyección mortal. Hemos de darnos prisa ahora. Antes de las cuatro de la madrugada, tendremos aquí a esa gente, con su desagradable orden de registro...

—Sí, doctor Strauss. Todo estará listo enseguida —prometió fría, eficientemente, la enfermera Dirk.

* * *

Eran justamente las tres y veinte minutos cuando se abrió la puerta de la celda.

Matt Lester giró la cabeza, irritado. No sentía sueño, ni siquiera deseos de cerrar los ojos y dormir. No era una noche adecuada para eso, y todos los nervios de su cuerpo estaban en constante tensión. Pero deseaba sentirse solo, lejos de Murdock y los demás, lejos de los interrogatorios policíacos, tratando de encontrar una cohesión a las piezas de aquel extraño rompecabezas en cuyo centro se encontraba él, como perdido entre los fragmentos del puzzle.

Sin embargo, parecía que no iba a ser nada fácil permanecer en la celda, sin ser molestado nuevamente hasta el nuevo día.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó, malhumorado, a los dos celadores de uniforme que aparecieron ante él, erguidos en la puerta de recia verja.

—Matt Lester, acompáñenos —ordenó uno de los policías.

—¿Ahora? Creí que el teniente Murdock había dicho que pasaría aquí la noche, sin ser molestado de nuevo hasta mañana, cuando el fiscal me interrogue...

—Se trata precisamente de eso —habló uno de los celadores secamente—. El fiscal del distrito ha sido informado del caso, y no quiere demorar su estudio. Ha reclamado verle. Pasará usted a una celda de la fiscalía, donde él le interrogará a primera hora de la mañana. En marcha, Lester.

Matt suspiró, poniéndose en pie. Caminó, entre los dos celadores, en dirección al corredor de los sótanos del Departamento de Policía. Sus pasos sonaban huecos en el frío recinto de muros desnudos. Se estremeció ligeramente, preguntándose si a una hora aproximadamente igual, iría cualquier día camino de la última celda, la de la muerte, a pagar por todo lo que no había hecho.

El paseo terminó en una oficina exterior, donde Matt firmó la salida del Departamento, y también lo hicieron dos agentes de policía, uno de los cuales lo esposó a su propia muñeca, conduciéndole al exterior.

Un automóvil oscuro, con placa oficial, esperaba en la puerta, justamente ante la fachada del departamento. Un policía de uniforme estaba sentado al volante. Matt escudriñó la madrugada, pensativo. Aún era oscuro, y la humedad había ido en aumento. El suelo de la ciudad tenía un tono charolado, como si hubieran sacado brillo al negro asfalto. El aire era fresco, y no lloviznaba, pero lo haría en cualquier momento.

Suspiró, dejándose conducir al automóvil policial, para el traslado a la Fiscalía. Filosóficamente, pensó que bien poco había durado su libertad. Apenas unas horas, y otra vez se cerraba el cerco. Otra vez la policía, las preguntas, las acusaciones, la prisión..., y al final de todo eso, quizá algo peor.

Era inútil protestar, y lo sabía. Lo había intentado todo, había apelado a todo estérilmente. Ni Nyers, ni los esotéricos Hermanos de Osiris ni nada de eso tenía importancia para Murdock. Ni siquiera Ross, perdida en algún lugar de la siniestra noche, acaso muy cerca del doctor Strauss o de la perversa familia Ross. Acaso de nuevo en el nido de terror que era la clínica psiquiátrica. O acaso muerta, silenciados para siempre sus labios, que tanto podían dañar a los culpables de su situación...

Nada de eso valía la pena para Murdock. Posiblemente, estaría investigando, pero en forma rutinaria, sin entusiasmo ni convicción. A él lo que le interesaba era Matt Lester. No se había recatado de

decirlo a primera hora de aquella noche, en el callejón, tras la paliza recibida a manos de los gorilas de Caddox. Y ya lo tenía. Matt Lester era suyo. Completamente suyo. Podía enviarlo para siempre a la penitenciaría. O a la cámara de la muerte.

El automóvil iba a buena velocidad por las calles desiertas, silenciosas, a través de la madrugada de la ciudad, cuando apenas nadie se había levantado aún de su lecho, y cuando ya los noctámbulos y trasnochadores habían ido regresando a sus hogares. Era ese momento mágico y alucinante en que la urbe parece sola, abandonada, en que sus calles no ofrecen ruidos ni signo alguno de vida. Solamente una ambulancia, un coche de la policía, un preso cualquiera, camino de cualquier parte, esposado entre dos agentes...

Empezó a lloviznar, de repente. El suelo se hizo aún más resbaladizo. Matt lo sentía bajo las ruedas, como si se deslizaran sobre una pista de hielo. Miró, preocupado, el cuentamillas del coche. El agente que conducía no era muy prudente. Cuando ningún semáforo guiñaba su ojo escarlata en la noche, el indicador de velocidad llegaba incluso a ochenta o noventa, aprovechando lo despejado de las amplias calles. Demasiada velocidad para un suelo tan sumamente resbaladizo, pensó Matt.

Y un momento después, sus temores se confirmaban.

—¡Cuidado! —aulló uno de los agentes de su escolta personal, señalando ante sí.

De la esquina inmediata surgió un camión lechero, a velocidad regular. El coche policial iba lanzado. El conductor, rápido, manejó el volante, con la intención de frenar y desviarse a la vez. No hizo ninguna de las dos cosas.

Los frenos no actuaron sobre el suelo mojado, ni el volante respondió al esfuerzo del policía.

El coche se fue a estrellar violentamente contra el camión lechero, cuyo conductor chilló, cubriendo sus ojos con horror, al ver estrellarse el vehículo contra la portezuela misma del suyo. Esta se hundió, desgajándose y estallando los vidrios con violencia.

Cuerpos humanos saltaron por los aires, tras el impacto, y el automóvil de la policía comenzó a arder...

* * *

Murdock se puso lívido.

—¿Qué dicen? —aulló, despejándose por completo del leve sueño que había logrado conciliar en la habitación de guardia de que disponía en el Departamento.

La voz, excitada, continuó por teléfono:

—El coche se incendió rápidamente, teniente... No se podía hacer nada por el vehículo. El camión lechero sufrió pocos desperfectos, pero su conductor está conmocionado, ya que, de resultas del choque, fue despedido por la portezuela hendida en el choque, y recibió un violento golpe en la nuca.

—¿Y los agentes? ¿Y el preso?

—Los agentes están heridos de consideración, especialmente el conductor, que se halla grave. El preso pudo sacarles del interior uno a uno.

—¿Matt Lester está bien?

—Él impidió que muriesen todos abrasados, dentro del coche en llamas. Pero después...

—Después, ¿qué? —se impacientó el oficial de policía.

—Después... Lester debió tomar la llave de sus esposas. Las abrió... y escapó.

* * *

—Abra —ordenó Strauss.

El enfermero abrió.

—Buenas noches —saludó el hombre que aparecía en el umbral—. Soy el ayudante del teniente Murdock. Él llegará ahora mismo, con los demás. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto —asintió Strauss, solícito—. Pase, agente, por favor.

—Gracias —el visitante entró. Se quedó mirando a su interlocutor—. ¿Doctor Strauss?

—Sí, el mismo. Director de este establecimiento. ¿Tardará mucho su superior en llegar? —y Strauss sólo pensaba en que la enfermera Dirk y los demás tuvieran tiempo de iniciar la cremación que desfiguraría el rostro de Leilah Ross.

—No, muy poco —el hombre pareció darse cuenta de su impaciencia, y dio unos pasos hacia él—. Doctor Strauss, quiero preguntarle algo...

Súbitamente, la mano del visitante apareció armada con un revólver reglamentario, de chato cañón, que aplicó

instantáneamente sobre el mentón del asombrado médico. Su voz ahora sonó durísima, acerada:

—Doctor Strauss, vengo dispuesto a todo. Los Ross han confesado, y ya los entregué a la policía. Sé que tiene a Leilah, y va a asesinarla antes de que llegue la policía a su clínica. Le aseguro que, si la encuentro muerta, usted morirá en el acto. Lo mismo que si ahora se niega a conducirme donde ella está.

—¿Se ha vuelto loco? —jadeó Strauss—. ¿Quién diablos es usted?

—Matt Lester —la fría sonrisa de Matt le impresionó—. Maté a su enfermero, el asesino Scholl. Pero también he matado a dos personas más, puede preguntarlo a la policía. No me detengo nunca ante nada, Strauss. Y no lo haré ante usted. Por otro lado, doctor, no me importará nada lo que luego me ocurra a mí. Usted va a morir, en cuanto se niegue a cooperar.

Y amartilló el arma, sin separarla del mentón del médico. En los fríos ojos de Lester había una luz implacable, casi feroz, que atemorizó a Strauss. Su enfermero se movió, quizá intentando algo.

—¡No, no haga nada! —gimió Strauss, asustado, deteniendo a su empleado—. Este loco es un asesino, ciertamente. Lester, trate de comprender que yo no...

—No comprendo nada. No acepto nada. Sólo a Leilah con vida. De otro modo, hay aquí seis balas. Seis personas morirán, antes de que yo sea muerto a mi vez. Y la primera va a ser usted, doctor. No le doy más tiempo. Planean algo contra Leilah, y es cuestión de minutos. Dispararé ahora.

Movió el dedo en el gatillo. El rostro del médico brillaba, bajo una película de grasiento sudor. Aulló, exasperado:

—¡No, no! ¡Espere, por Dios...! —las palabras escaparon, rabiosa y atropelladamente entre sus labios—. Lester, yo le acompañaré... Yo le llevaré allá... Usted, Bolton, telefonee desde ahí al depósito. ¡Que detengan lo ordenado!

Bolton fue al teléfono, bajo la mirada helada de Matt. Descolgó el aparato y pulsó un número interior. Luego, habló abruptamente:

—El doctor dice que lo suspendan todo, por el momento. ¿Cómo...? Bien, sí... —colgó, con expresión dramática. Tragó saliva, y miró a Matt y a Strauss—. La enfermera dice que ya empezaron, doctor...

—¡Asesinos! —jadeó Matt—. ¡Pronto, doctor, vamos allá enseguida!

Y le presionó con tal rabia, que clavó el punto de mira del arma en su carne, bajo la barbilla. Al mismo tiempo que Strauss se ponía en marcha, lo hizo su enfermero Bolton, siempre bajo la mirada vigilante de Matt Lester.

La marcha fue dramática, hacia los ascensores que iban a la planta baja. No se cruzaron absolutamente con nadie. Matt Lester estaba dispuesto a iniciar los disparos en cuanto fuese absolutamente preciso. Había ido allí decidido a todo, tal como dijera, y no pensaba volverse atrás, ante nada ni ante nadie. Se trataba de salvar la vida de Leilah Ross, y no importaban los riesgos.

—Betsy Ross fue muy explícita, doctor —explicó Matt por el camino, con voz metálica—. Confesó todo, por miedo a la muerte. Yo imaginé el resto. Usted quería eliminar a Leilah, ante el peligro de cualquier intromisión policial, es evidente. Murdock debería darse más prisa en venir aquí, pero, evidentemente, mi fuga ha demorado las cosas, y ese maldito teniente se preocupa más de mí que de usted. Sin embargo, yo sí he llegado a tiempo. Pida al cielo que Leilah aún esté viva. De otro modo, usted la seguirá en el acto, doctor.

—No sabe lo que hace —musitó Strauss—. No podrá salir vivo de aquí...

—Claro que saldré. Usted es mi rehén. Pero si tengo que matarle, no me importará nada de lo que luego suceda. Habrá valido la pena dar la vida, a cambio de que un ser como usted pague sus vilezas.

El ascensor se detuvo. Salieron al sótano. Un enfermero giró la cabeza, al oírles llegar. Rápido, Matt separó el arma de Strauss y la descargó sobre la nuca del empleado del doctor. Cayó como un fardo, y para cuando golpeó el suelo, ya tenía otra vez Strauss el arma pegada a su piel.

—Sigamos, doctor —silabeó Matt, rotundo—. Y sin perder tiempo...

Observó de soslayo algo: una dirección lateral donde se leía: «Salida de ambulancias». Tomó buena nota de ello, sin demostrar absolutamente nada. La salida formaba una leve rampa hacia

arriba, por donde sin duda subían y bajaban los vehículos de urgencia de la clínica. Más allá, había un acceso al aparcamiento de ambulancias.

—Ya estamos —jadeó Strauss—. Es allí...

Matt se estremeció. El lugar tenía un olor peculiar. A fuego, a algo que se quemaba... ¡Un horno crematorio!

Jurando entre dientes, dio un empuellón a Strauss y corrió hacia allá, empujando despiadadamente a los dos hombres.

Cuando llegaron, una sorpresa aguardaba a todos ellos.

—Dios sea loado —musitó una voz femenina—. ¿Viene a salvar a la señorita Ross?

Matt, asombrado, descubrió el bisturí, aplicado a la nuca de la enfermera Dirk, inmóvil ante el homo crematorio. En tierra, yacía un enfermero, sin conocimiento.

—Doctor Strauss, lo siento —susurró la enfermera Dirk—. Ella se presentó de improviso, golpeó a Scott y me inmovilizó a mí. No pude inyectar la droga a la chica, ni introducirla en el homo...

—¡Hattie, traidora maldita! —aulló Strauss, lívido.

Matt sonrió a la enfermera de color, la misma que ayudara a Leilah a escapar de allí, aquella misma noche.

—Gracias —dijo sencillamente—. Posiblemente, ha salvado usted a esa mujer.

—Al menos, lo intenté —sonrió la enfermera Hattie tristemente—. Este es un lugar maldito, señor. No me importará lo que me ocurra, con tal de que la pobre señorita Ross salve su vida... y vuelva a la libertad. Si pudiera hacer igual con los demás enfermos...

—No se preocupe —respondió Matt—. Esto va a cambiar muy en breve...

La enfermera Dirk, muy pálida, se alineó junto a su superior y al enfermero Bolton. Mientras Matt los vigilaba muy de cerca, Hattie fue a la camilla donde yacía Leilah Ross. Se inclinó sobre ella y la examinó.

—Vive, señor —dijo a Matt, con un suspiro—. Y parece que se le van pasando los efectos del sedante...

—Bien, Hattie. Cuide usted de ellos. Yo ayudaré a Leilah a reponerse. Hemos de salir enseguida de aquí.

—Nunca lo conseguirán —amenazó Strauss, furioso.

Matt entregó el arma a Hattie, y fue hasta Leilah. La examinó. Ella se agitaba ya levemente. La palmeó con energía, dándole suaves cachetes. Al fin, Leilah abrió los ojos. Le miró, aturdida.

—Matt... —susurró—. ¿Usted? Oh, no, será un sueño...

—No, Leilah. Soy yo —sonrió él—. Y voy a sacarla ahora de aquí...

En ese preciso instante, oyó el grito de Hattie. Giró la cabeza, alarmado.

Bolton y la enfermera Dirk habían reaccionado, sorprendiendo a la joven de color. Rápido, Matt se movió, intentando evitar el desastre.

Ella luchaba con la enfermera Dirk. Evidentemente, al verse atacada, no tuvo valor para disparar, y ahora éstas eran las consecuencias de sus dudas. Bolton se precipitaba ya sobre su mano armada, para arrebatarse el revólver...

—¡El arma, Hattie! —rugió Matt—. ¡Tírela al suelo, hacia acá...!

Hattie apenas podía hacer nada, forcejeando con la Dirk y con Bolton. Aun así, tuvo un destello de actividad desesperada, y cuando ya el doctor Strauss intentaba la fuga, sin duda para poner sobre aviso a toda la clínica, la enfermera de color lanzó el revólver por los aires.

Cayó al suelo, no lejos de Matt. Bolton rugió, lanzándose en pos del arma. Matt, también.

La alcanzó Bolton. Sus dedos se aferraron a la culata. Matt, veloz, implacable, le hincó el tacón en la mano, y estrujó fuerte. Bolton aulló, soltando el arma. Lester le soltó un rodillazo al mentón, y le lanzó atrás, tambaleante. Fue cuanto Matt necesitaba. Tomó el revólver de nuevo. Ya con el arma en su mano, aquella arma obtenida de uno de los agentes con los que sufriera el choque de automóviles, se revolvió hacia Strauss.

No perdió tiempo. Hizo fuego.

El médico aulló, deteniéndose en seco, y llevándose una mano crispada a su muslo. Quiso seguir corriendo, y no pudo. Cayó de bruces, dando un vuelco en el suelo, con la pierna súbitamente ensangrentada.

Lester giró el arma hacia Bolton y la Dirk. Esta, asustada, había soltado ya a Hattie, contemplando con inquietud el arma humeante que esgrimía Matt.

—No me obliguen a matarles —silabeó Matt—. Lo haría muy gustoso, créanme.

—No va a poder escapar. El disparo habrá dado ya la alarma en la clínica —le acusó Bolton.

—Ya veremos. Hattie, tome usted consigo a Leilah. Nos vamos de aquí.

—Dios lo quiera —susurró, con fervor, la enfermera negra.

Echaron a andar hacia el ascensor. Pero cuando llegaban a la rampa, Matt señaló prestamente la salida de ambulancias. Ante ellos, iban caminando Bolton y la Dirk, sometidos a la vigilancia del arma de fuego. Atrás, aullando de dolor con su pierna herida, se quedaba el doctor Strauss.

—Por ahí, Hattie —habló Matt—. Nos vamos por el camino más recto.

La enfermera Dirk juró entre dientes, cambiando una mirada de preocupación con Bolton. Era evidente que ellos no habían pensado en tal posibilidad, a favor de Lester.

Alcanzaron un portón amplio. Matt no se entretuvo mucho. Acercó el arma al pestillo, e hizo un disparo. El cierre saltó, desgajado.

Empujó Matt las hojas de madera. Salieron a un pequeño jardín con una senda asfaltada que conducía a la puerta posterior de la clínica. Había una ambulancia, subió a su asiento delantero, y la puso en marcha.

Un momento más tarde, el vehículo sanitario cruzaba vertiginosamente la verja abierta, en la salida de urgencia. Y se perdía en la madrugada, patinando sobre el asfalto mojado.

Capítulo XI

EL FIN DE UNA SENDA

—**M**ATT... ¿Cómo podré agradecerle...?

—Olvidelo, Leilah, se lo ruego —sonrió Lester—. Era lo menos que podía hacer por usted.

—Pero arriesgó su vida por..., por mí.

—Escuche, Leilah. Yo sé lo que es sentirse solo y perseguido. Tenemos casos similares ambos. Sé lo que es que nadie crea en uno. Yo creí en usted, y tenía que sacarla de ese infierno. Valía la pena intentarlo, créame.

—Matt... ¿Cree que el doctor Strauss y sus cómplices pagarán el mal que han hecho?

—Espero que sí, Leilah. La enfermera Hattie ha ido ahora a la policía. Va a declarar todo cuanto sabe. Eso la ayudará a usted mucho.

—A mí... ¿Y a usted, Matt?

—Oh, yo... Eso es diferente —él se encogió de hombros—. Es un caso difícil el mío.

—Pero usted es inocente.

—No basta eso. Hace falta que le crean a uno. Es posible que al final lo consiga, nunca se sabe eso... Ahora, Leilah, lo que importa es dar el último paso, por esta noche.

—¿El último paso?

—Sí. Quiero visitar a la única persona que, entre todos, ha creído en mí y me ha ayudado. Tengo pendiente una cuenta con esa persona, y debo verla.

—¿Quién es?

—El viejo borrachín del ex sargento Nyers —sonrió Matt—. ¿Recuerda el bar de Baiyan? Él nos ayudó a escapar. Él aseguró al teniente Murdock que la secta egipcia existía, aunque no hay ya rastro de ella. Siempre intentó ayudarme, el bueno de Nyers. Nyers puede ayudarme en eso, aunque Murdock crea que es sólo un pelele sin voluntad ni inteligencia. ¿Viene conmigo, Leilah?

—Voy con usted a cualquier parte, Matt —se aferró ella a su brazo firmemente—. Es el único amigo que tengo en el mundo. Y me siento tan segura a su lado...

—La noche se acaba —suspiró Matt, mirando al cielo, que tomaba ya por Oriente un tinte turbio, entre grisáceo y azulado—. Ha sido larga y difícil. Sólo espero que sea, también, el fin de nuestra noche, Leilah...

Siguieron andando. Ya quedaba muy atrás la ambulancia vacía. Y Hattie, camino del Departamento de Policía.

Delante de ellos, en una serie de edificios modestos, de apartamentos baratos, se alojaba el hombre a quien Matt quería ver, el único que había tenido fe en él, durante aquella noche obsesionante: Efraim Nyers, ex sargento de la policía, degradado por alcohólico.

* * *

Era el apartamento 4-F, en el cuarto piso del edificio 197. Allí vivía Nyers. Matt Lester y Leilah subieron las angostas escaleras mal alumbradas, con lentitud. Una vez arriba, no fue difícil encontrar la puerta rotulada con el 4-F.

Matt se detuvo ante ella. Sonrió a Leilah, alentador, y apoyó la mano, para pulsar el llamador.

Sorprendido, observó que la puerta cedía suavemente. No estaba cerrada. Sólo entornada, aunque pareciese cerrada poco antes. Chascó levemente el pestillo. Matt lo examinó, curioso, y suspiró

con alivio. La puerta tenía un leve defecto. A veces se atascaba el pestillo, y no encajaba del todo, pudiendo abrirse al hacer presión desde el exterior. Esa era la razón de todo. Por un momento, había temido que alguien, anticipándose a él, hubiera entrado allí para asesinar al viejo policía beodo.

—Vamos —animó a Leilah—. Daremos una sorpresa a Nyers...

Avanzaron por el corredor. Dentro de la casa, oyeron voces. Matt, alarmado, se detuvo. Frenó a Leilah con una presión en su brazo.

—Parece que hay visitas —musitó.

Ella afirmó. Eran dos las voces que se percibían. Las dos de hombre. Matt escuchó atentamente, ya más cerca de la puerta por la que escapaba una rendija de luz. Le resultaba familiar aquella voz, y no sabía por qué.

—...y creo que lo mejor será largarse de la ciudad, Nyers. Yo, al menos, me marchó por una temporada. Esto se ha puesto feo.

De repente, Matt recordó. Miró vivamente a Leilah. Ella asintió, entendiendo su muda consulta. Sí, también le identificaba.

Era la voz del hermano Smenkaré, de los adoradores de Osiris.

La voz de Nyers, muy tranquila, sin rastros de embriaguez, sonó allá dentro:

—Hoffman, eres un imbécil. No hay necesidad de marcharse. No hay nada en ese almacén ahora. La policía no ha creído una palabra de lo que dijo Matt. Ni de lo que dije yo, por supuesto. Es como esperaba. Creen que hablo de cosas de diez años atrás, y me toman por chiflado y por borracho. No hay peligro, Hoffman. Sólo con que no vuelvas a ocupar el almacén por las noches, con todos los plásticos, apliques y decorados y las estatuas vacías de cartón, será suficiente. Dejaremos pasar un tiempo, ¿entiendes?

—¿Será prudente, Nyers?

—Claro, Hoffman. Murdock es un tipo sin cerebro. No se cree nada de la historia de Lester. Ni lo creerá nunca. Además, Lester irá a la cámara de ejecuciones, por la muerte de Nick Hammer. Esta vez no tiene salvación, Hoffman.

—Siempre tuvo que ser él quien pagase por esa muerte, Nyers.

—Sí, Hoffman. Cuando mi hija murió, matándose porque no recibía más drogas, una vez iniciada en ese horrible vicio por el canalla de Nick Hammer, juré dedicar mi vida entera a su fin. Creí

que era fácil, y maté a otro hombre, a Conrad Lorne, en su almacén de narcóticos. Entonces también pagó Matt Lester, pero eso fue enteramente casual. Luego, aproveché para dejar pruebas en su vivienda. Lo de hoy ha sido diferente. Cuando localicé finalmente al verdadero Hammer escondido, viviendo con nombre falso, volví a ser el de entonces, el que nadie cree ya que pueda ser el viejo Nyers, y maté a Hammer. Era como matarlo dos veces, aunque ni con mil vidas hubiera pagado lo de mi pobre hija... Y el destino, la casualidad, me ponía de nuevo a Lester ante mí. ¿Qué mejor culpable para el caso? Cuando lo encontré en el bar de Baiyan, le hice ir a tu templo provisional y ambulante, para que lo pusieras a mi disposición. Maté a Hammer después, y esperé a Matt en la furgoneta con la que ibais a recogerle al estuario. Le golpeé, y lo dejé junto a Hammer. Era todo muy simple. Y así resultó. Lester paga de nuevo, puesto que todo parece lógico, y otra cosa sería un absurdo completo.

—Nyers, supongo que nadie sospechará de usted... —aventuró Hoffman.

—No, nadie —rio el supuesto borrachín de Efraim Nyers—. Acepté ser degradado y convertido en una piltrafa, sólo porque me olvidaran, porque nadie removiese el pasado y descubrieran que mi hija se drogaba, que se mató por culpa de Hammer, y que yo era quien más motivos podía tener para desearle la muerte.

—Creo que tiene toda la razón, Nyers. Usted hizo bien vengándose. Nosotros le hemos ayudado siempre, porque usted también nos ayudó, encubriendo nuestro verdadero negocio de sacar del país a delincuentes perseguidos y todo eso...

—Sí, Hoffman, amigo. Ha sido una mutua colaboración entre ambos. Aunque todos piensen que el viejo Nyers sólo sirve ya para beber y hacer estupideces, ignoran que ahora hago las cosas a mi manera, que prescindo de la ley, esa ley que ha ignorado crímenes tan monstruosos como los de Hammer, sólo porque no había pruebas, evidencias contra él. Estaba harto de todo eso. Y actué a mi modo. He seguido haciéndolo así, y aunque no sea feliz, porque me falta alguien en la vida que pueda disfrutar conmigo de mis beneficios, hoy en día, gracias a vosotros y a vuestro negocio, yo soy un hombre con medios de fortuna. Aunque esos imbéciles lo ignoren...

—Nyers, usted nos proporcionó siempre los clientes —rio Hoffman—. Todo fugitivo de la ley que tuviera dinero suficiente para pagar nuestros servicios de ponerlo fuera del país, nos era proporcionado por usted. Es una justa colaboración, después de todo. Y, ¿quién va a sospechar de unos religiosos egipcios, Nyers?

Ambos hombres rieron jovialmente. Matt Lester entendía ya, al fin, muchas cosas, en realidad, todas ellas. Las piezas del puzzle encajaban. Nyers...

Matt se dispuso a apartarse sigilosamente del lugar, llevando consigo a Leilah.

Entonces, tras ellos, sonó la voz dura, amenazadora:

—No se mueva ninguno de ustedes dos. Les estoy encañonando con un arma, y tiraré a matar, si me obligan...

Y para que no hubiese la menor duda, sonó el chasquido peculiar del cerrojo de un seguro de arma de fuego, al ser quitado.

* * *

—Bien, Lester... De veras siento que haya escuchado demasiadas cosas —suspiró Efraim Nyers cansadamente—. Lo siento mucho, porque ello me obliga a ser extremadamente duro con usted y con esa jovencita...

—Nyers, no puedo creerlo. Usted... Era usted siempre el que andaba mezclado en mi destino. El asesino de Hammer, de Conrad Lorne...

—Usted ha oído ya mis razones —sonrió Nyers amargamente—. Destrozó mi vida y la de mi hija. Fue una justa venganza. Sólo lamento que tenga que haber un presunto culpable, para que nadie moleste al viejo Nyers. Es lástima, sí... Pero, en fin, esto no va a ofrecer dificultades. Usted es un fugitivo de la ley, ella, una chica a quien todos creen loca. Les encontrarán en cualquier sitio, sin vida. Y se forjarán un melodrama terrible.

Matt miró de reojo a Hoffman, el falso hermano Smenkaré, y al hombre que les había capturado en el corredor. Ambos llevaban pistolas automáticas. Evidentemente, pertenecían al mismo grupo de delinquentes enmascarados con la secta de Osiris.

—Bien, Nyers —suspiró Matt—. Según parece, hemos perdido la partida, justamente en su final. Lo siento. Aún creo en la ley, la justicia y todo eso.

—Yo, no. Dejé de creer cuando vi muerta a mi hija, y no podía

hacer nada legalmente contra el culpable de aquel horror. Sí, Lester. Eso me quitó toda mi fe, y me hizo un hombre diferente.

—Sí, muy diferente. El pobre y beodo Nyers, a quien nadie hace caso... Y es usted ahora peor que el propio Hammer...

—Diga lo que quiera. No va a lograr ofenderme, Lester. Por otro lado, serán sus últimas palabras. Tengo que acabar con ustedes dos. Lo siento muy de veras, pero no me dejan otro remedio.

—Yo me ocuparé del trabajo, Nyers —habló Hoffman—. ¿Conforme?

—Conforme, sí —suspiró el policía—. No me gusta la violencia inútil. Y no tengo nada contra ellos dos, ciertamente. Lo de Hammer era tan distinto... Llévenselos, Hoffman.

—En seguida, Nyers —el hermano Smenkaré se acercó a ellos, empuñando el arma por el cañón—. Vamos, vuélvanse un momento, muchachos. Debo sacarles de esta casa, inconscientes. Tendrán luego tiempo de pedir su última voluntad, en el lugar adonde nos dirigimos...

Matt volvió la cabeza, Leilah, también. Sus manos se oprimían fuertemente. De pronto, Lester soltó la mano de la joven. Disparó ambos codos contra Hoffman.

Este aulló, dolorido, al sentir un impacto en el hígado. El otro golpe le arrebató de las manos su automática, que rebotó en el suelo.

Fue la señal de la lucha. El segundo esbirro disparó, rápido, sobre Matt. Pero éste esperaba ya la acción. De un empujón, había tirado a Leilah tras un sofá, y él mismo voló por el aire, lejos del punto donde se clavó la bala.

Desde el punto en que cayó, vio a su contrario, buscándole de nuevo con el arma, y a Nyers que corría hacia donde colgaba su funda sobaquera con un revólver negro. No podía perder más tiempo Matt Lester. Y no lo perdió.

Aferró la pata de una pesada silla. La arrojó contra el hombre de la pistola. Este disparó, y su bala silbó cerca de la cabeza de Matt, al tiempo que el mueble se estrellaba brutalmente contra su rostro. Pero el individuo no cayó, aunque ya Matt, de un salto felino, alcanzaba la automática de Hoffman, cuando éste, lívido por el dolor de hígado, corría a recuperarla.

Desde el suelo, inexorable, Lester giró la mano armada. Disparó.

Una, dos, tres veces. Una bala tumbó de espaldas, tras un trompicon espasmódico, al amigo de Hoffman. La segunda bala derribó a Hoffman, lanzándole contra el sofá.

La tercera bala alcanzó a Nyers, cuando el viejo policía esgrimía ya su propia arma. Le voló el revólver de los dedos, repentinamente rotos y ensangrentados por el disparo.

Se volvió, patético y encogido, inerme ante Matt Lester, cuya automática humeaba. Leilah, tras el sofá, sollozaba, presa de un ataque nervioso.

—Lo siento yo también, Nyers —habló Lester fríamente—. Es usted el que perdió, después de todo.

De los ojos de Nyers resbaló una lágrima. Inclino la cabeza.

—Sí —suspiró—. He perdido... Tal vez sea lo justo, Lester...

CONCLUSIÓN

AMANECER

—¿PODRÁ perdonarme alguna vez, Lester?

—No lo sé, teniente —confesó Matt—. Será difícil. Pero quizá lo logre.

—He sido muy injusto con usted. Incluso hasta última hora. Cuando Hattie, la enfermera de Strauss, llegó con su historia, ya había estado aquí antes Lena Vaughan, su vieja amiga... Ella fue la que me convenció. Caddox había intentado raptarla, en vano. Lena es dura de pelar. Logró llegar aquí, burlando a los esbirros de Caddox. Lo que me ha contado me permitirá arrestar también a Caddox y a su pandilla.

—La buena de Lena... Tardó años, pero al fin dijo la verdad —sonrió Matt.

—Sí, Lester. Eso, unido a su buen comportamiento en el accidente de coche, al relato de Hattie..., me hicieron comprender, al fin, la verdad. Strauss ha sido arrestado también. Y ahora, Nyers...

—Es el fin, Murdock. No le guardo rencor, si es a eso a lo que se

refiere —Matt miró por la ventana—. La noche ha terminado, teniente. Ya es de día. No es eterna la noche, aunque Osiris lo dijera. Es un lugar del que se puede volver...

—No. Nada es realmente eterno, salvo lo que está más allá de la vida —Murdock le tendió la mano—. Espero que, cuando le vea de nuevo, todo esto se haya olvidado. Usted ha vuelto de la oscuridad. Su pasaje era, por fortuna, de ida y vuelta... Será indemnizado por los años de prisión. Y obtendrá ayuda oficial para rehabilitarse, Lester.

—Gracias, Murdock. Espero que todo sea así. ¿Viene, Leilah?

—Adonde usted diga, Matt —asintió ella, fervorosa.

Salieron del Departamento. Ya no llovía. El sol asomaba entre los nublados. Leilah le sonrió en la acera.

—Mi familia también está en la cárcel ahora —rio—. Lo peor de todo es que creo que dilapidaron casi toda mi fortuna. Tendré que trabajar ahora para vivir.

—Eso es mucho mejor.

—¿Mejor? ¿Por qué?

—Porque entonces tendré más libertad para pedirle algún día que se case conmigo.

—¡Matt!

—Cuando yo también tenga un porvenir, un trabajo...

—Matt, eso sería..., sería maravilloso.

—Sí, Leilah. Maravilloso. Ahora, debo luchar por ello.

Se inclinó. La besó. Ella le devolvió ese beso.

Era como una promesa. Como una esperanza.

Habían vuelto de la noche. Y ya nunca regresarían a ella.

FIN

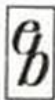


Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España